

Elizabeth y su jardín alemán

Elizabeth von Arnim

7 de mayo

Adoro mi jardín. Ahora estoy en él, escribiendo en el encanto del atardecer, interrumpida continuamente por los mosquitos y por la tentación de pararme a contemplar la maravilla de las tiernas hojas verdes recién bañadas por una fría lluvia. Hay dos búhos posados cerca de mí y sostienen una larga conversación que disfruto tanto como el trinar de los ruiseñores. El caballero búho dice , y ella le contesta desde su árbol un poco apartado: , asintiendo bellamente y completando el comentario de su señor, como corresponde a una señora búho alemana hecha y derecha. Repiten lo mismo una y otra vez con tal énfasis que me da la impresión de que deben estar diciendo algo desagradable de mí; pero no voy a dejarme asustar por el sarcasmo de los búhos.

Esto no es tanto un jardín como una espesura. Nadie ha vivido en la casa, y menos en el jardín, en veinticinco años, y es un precioso lugar tan antiguo que la gente que pudo vivir aquí y no lo hizo —prefiriendo los horrores de un piso en la ciudad— deben de pertenecer a ese vasto número de personas sin ojos y sin oídos de las cuales se compone principalmente el mundo. Y también sin nariz, aunque no suene bien; pero la mayor parte de mi dicha de primavera se debe al olor de la tierra mojada y de los tiernos brotes.

Me siento continuamente feliz (en el exterior, se entiende, ya que en el interior hay sirvientes y muebles), pero de maneras muy diferentes, y mi dicha de primavera no se parece nada a mi dicha de verano o de otoño, aunque no sea más intensa, y hubieron días del pasado invierno en que bailé de pura alegría fuera, en mi jardín congelado, a pesar de mis años y mis hijos. Pero lo hice oculta tras un seto, guardando las debidas consideraciones a la decencia.

Hay tantos cerezos a mi alrededor, grandes árboles con ramas que acarician la hierba, y están tan tupidos ahora de flores blancas y brotes verdes, que el jardín parece una boda. Nunca los había visto en tales cantidades; parecen inundarlo todo. Hasta cruzando el pequeño riachuelo que limita el jardín hacia el este y en mitad del maizal que hay más allá, se encuentra uno inmenso, una imagen de gracia y de gloria contra el frío fondo azul del cielo de primavera.

Mi jardín está rodeado por maizales y praderas, y más allá se encuentran enormes extensiones de arenosas tierras baldías y bosques de pinos, y cuando se acaba el bosque comienzan de nuevo las desnudas tierras baldías; pero los bosques tienen una belleza

especial con esa vastedad elevada sostenida por troncos rosados, muy por encima de las copas de los arbustos más tiernos y a los pies de una brillante alfombra verde de arándanos, y por todas partes el intenso silencio; y las tierras baldías tienen también su belleza, pues a través de ellas casi se puede llegar a divisar la eternidad, y aventurarse en ellas con la cara levantada hacia el sol poniente es como encaminarse a la misma presencia de Dios.

En mitad de esta planicie se encuentra el oasis de cerezos y verdor en donde transcurren mis días más felices, y en mitad del oasis se encuentra la casa de piedra gris con muchos aguilonos en donde, a mi pesar, paso las noches. La casa es muy antigua y ha sido ampliada en numerosas ocasiones. Era un convento antes de la Guerra de los Treinta Años, y su capilla abovedada, con el suelo desgastado por las rodillas de devotos campesinos, es ahora utilizada como recibidor. Gustavo Adolfo y sus suecos pasaron por aquí en más de una ocasión, *como* queda monótonamente consignado en los archivos que aún se conservan, pues nos encontramos en lo que era entonces el camino principal entre Suecia y Brandenburgo, la desafortunada. El León del Norte era sin duda una persona estimable y actuaba siguiendo sus convicciones, pero debió de trastornar tristemente la vida de las pacíficas monjas, que también tenían sus propias convicciones, dejándolas desamparadas en las amplias y desiertas llanuras buscando lastimosamente otra vida que reemplazara la vida silenciosa que disfrutaban aquí.

Desde casi todas las ventanas de la casa puedo contemplar la llanura, sin ningún obstáculo en forma de colina, hasta una línea azul de un bosque distante, y por el oeste sin interrupción hasta el sol poniente; nada sino una verde pradera que se despliega con un borde preciso contra la puesta de sol. Prefiero estas ventanas de poniente a cualquier otra, y he elegido mi dormitorio en esa ala de la casa de manera que hasta los momentos en que me cepillo el pelo no sean completamente perdidos; y la joven que se ocupa de tales menesteres ha sido instruida de manera que atienda a la señora recostada en un sillón frente a la ventana abierta, y a no profanar con la charla ese dulce y solemne instante. La chica parece consternada por mi hábito de pasarme la vida en el jardín, y todas sus ideas preconcebidas de cómo debiera ser la vida que debe llevar una respetable señora alemana han acabado en saco roto desde que está junto a mí. La gente que me rodea está convencida de que soy, para ponerlo de la manera más suave posible, extremadamente excéntrica, pues ya corre la voz de que me paso el día fuera con un libro y que no hay un mortal que me haya visto cosiendo o cocinando. ¿Pero para qué cocinar cuando se puede conseguir a alguien que te cocine? Y en lo que respecta a coser, las criadas pondrán el dobladillo a las sábanas mejor y con más presteza de como yo pudiera hacerlo; además, todos esos complicados trabajos de aguja no son más que inventos del diablo para impedir que las necias pongan sus sentidos en cosas más sabias.

Habíamos pasado cinco años casados antes de que se nos ocurriera hacer uso de este lugar, simplemente viniendo y viviendo aquí. Esos cinco años se pasaron en un piso de una ciudad, y durante todo ese interminable periodo fui perfectamente desgraciada y estuve perfectamente sana, lo cual pone fin a la desagradable idea que a veces me perseguía de que mi felicidad aquí se debía menos al jardín que a la buena digestión. Y mientras malgastábamos nuestra vida allí, aquí se encontraba este adorable lugar con diente de león que llega hasta la misma puerta, con todos los caminos cubiertos de hierba y borrados por completo, tan solitario en invierno, sin nadie más que el viento del norte que pasa sin prestarle atención, y en mayo —en esos cinco deliciosos meses de mayo— sin nadie que

contemplara los maravillosos cerezos y los todavía más maravillosos arbustos de lilas, todo resplandeciente y restallante, con el tinte de la enredadera de Virginia, año tras año hasta que por fin, en octubre, el propio tejado se cubría coronado de trenzas de un rojo sangriento, los búhos y las ardillas y todos los benditos pajarillos acababan reinando en el lugar, sin que ninguna criatura viviente llegara a entrar en la casa vacía excepto las serpientes, que tomaron por costumbre deslizarse por la pared sur hasta meterse en las habitaciones de esa ala de la casa siempre que la casera abría las ventanas. Todo eso se encontraba aquí: paz, y felicidad y una vida razonable y, sin embargo, nunca se me ocurrió venir y disfrutarlo. Si vuelvo atrás la mirada me sorprende y no encuentro la manera de explicar la tardanza en descubrir que aquí, en este rincón apartado, se encontraba mi reino celestial. Hasta tal punto no me cabía en la cabeza hacer uso de este lugar, ni siquiera en el verano, que todos los años me sometía a dos semanas de vida en la costa con los horrores que conlleva; hasta que finalmente, al comienzo de la primavera del año pasado, habiendo venido para la apertura de la escuela del pueblo y paseando después por el desnudo y desolado jardín, no sé qué aroma de tierra mojada o de hojas descompuestas me trajo de golpe mi infancia y todos los días felices que había pasado en un jardín. ¿Olvidaré alguna vez aquel día? Era el comienzo de mi verdadera vida, mi auténtica madurez, y la entrada a mi reino. Principios de marzo, cielos grises y sosegados, y tierra marrón y sosegada; triste y sin hojas, y yo tan sola al aire libre rodeada de humedad y silencio, y sin embargo allí estaba sintiendo el mismo éxtasis de pura delicia con el primer aliento de la primavera que solía experimentar cuando era niña, y aquellos cinco años malgastados se me cayeron como un manto y el mundo se llenó de esperanza, y en ese momento me prometí allí mismo a la naturaleza y desde entonces soy feliz.

Siendo mi otra mitad indulgente, y con la vaga idea de que podría ser bueno para cuidar un poco este lugar, consintió en pasar aquí una temporada; después de la cual siguieron seis semanas especialmente dichosas, desde finales de abril hasta junio, en las que estuve sola, supuestamente para supervisar los trabajos de pintura y empapelado, pero en las que, de hecho, sólo entraba en la casa cuando los trabajadores terminaban.

¡Qué feliz era! No recuerdo una época tan dichosa desde los días en que era demasiado pequeña para asistir a clases y me sacaban con azúcar en mi pan con mantequilla de las once a un prado salpicado de diente de león y margaritas. El azúcar en el pan con mantequilla ya ha perdido aquel encanto, pero mi afecto por el diente de león y las margaritas es ahora más apasionado que en aquellos días, y no podría soportar verlas segadas si no estuviera segura de que en uno o dos días volverán a asomar sus cabecitas con la gallardía de siempre. Durante aquellas seis semanas viví en un mundo de diente de león y de delicias. El diente de león alfombraba los tres céspedes —solían ser céspedes, pero hace ya tiempo que han florecido dando lugar a prados llenos de toda clase de preciosas hierbas — y por debajo y entre los grupos de robles deshojados y de hayas florecían por doquier hepáticas azules, anémonas blancas, violetas y lechos de celidonias. Las celidonias me encantaban particularmente con su brillo limpio y alegre, con su forma recortada tan bellamente y recién barnizadas, como si los pintores también hubieran estado trabajando en ellas. Después, cuando desaparecieron las anémonas aparecieron unas cuantas vincapervincas dispersas y algunos sellos de Salomón, y todos los cerezos florecieron de golpe. Y entonces, antes de que me acostumbrara a disfrutar de sus flores contra el cielo, vinieron las lilas —macizos y macizos de ellas, agrupados sobre la hierba, con otros

arbustos y árboles alrededor de los caminos, y un seto continuo de ellas, de media milla de largo, justo pasado el lado oeste de la casa, tan extenso que se perdía la mirada, brillando gloriosamente contra un fondo de abetos. Cuando llegó esta época y cuando, antes de que se acabara, las acacias florecieron también y cuatro grupos de pálidas peonías doradas y rosadas florecieron bajo las ventanas del ala sur, me sentí tan absolutamente feliz, y bendecida, y agradecida, que en verdad no puedo describirlo. Mis días parecían ir derritiéndose en un sueño de paz rosa y morado.

En la casa sólo estaban la vieja ama de llaves y su asistenta, de manera que, con la excusa de no querer dar mucho trabajo, pude disfrutar de lo que mi otra mitad llama mi *fantaisie déréglée* en lo que respecta a las comidas —esto es, comidas tan sencillas que se pueden llevar en una bandeja y ser disfrutadas entre las lilas; y aún puedo recordar cómo estuve viviendo todo ese tiempo de ensaladas y pan y té, acompañado en ocasiones de un pequeño pichón que la anciana señora incluía en mi comida pensando que así me salvaba de fallecer de inanición. ¿Quién sino una mujer podría vivir de ensaladas durante seis semanas, aun cuando se tratara de ensaladas santificadas por la presencia y el aroma de macizos de hermosas lilas? Yo lo hice y mi gracia se incrementó día a día, aunque desde entonces no me gusta hacerlo. ¡Cuánto me acuerdo hoy en día, cuando me veo oprimida por la necesidad de atender a las tres comidas que se sirven diariamente —de dos de las cuales se hace cargo el servicio que se estima indispensable para la asistencia adecuada de la dignidad de la familia— y en las que nunca falta la carne, cuánto me acuerdo de mis días de ensaladas —unos cuarenta— y de la bendición de estar a solas como estaba entonces!

Y después, por las noches, cuando todos los trabajadores se habían marchado y la casa quedaba abandonada, vacía y llena de ecos, y la vieja ama de llaves había podido arrastrar sus miembros reumáticos hasta su cama y mi pequeña habitación en otro lugar apartado de la casa había quedado dispuesta, ¡cómo me costaba dejar el amistoso sonido de las ranas y los búhos y, con el corazón encogido, cerrar la puerta del jardín detrás de mí, cruzar todas aquellas habitaciones del ala sur, llenas de ecos, sombras, escaleras y fantasmales cubos abandonados por los pintores y, tarareando una canción para hacerme creer a mí misma que me gustaba, avanzar lentamente por el suelo de ladrillos, subir las chirriantes escaleras, aventurarme por el pasillo encalado y, con una precipitación final llena de pánico, deslizarme en mi habitación y echar los cerrojos y darle vuelta al pestillo de mi puerta!

No había timbres en la casa y yo solía llevarme conmigo a la cama una gran campanilla para llamar al servicio y al menos poder hacer ruido si me asustaba por la noche, aunque no sé de qué me hubiera podido servir ya que no me habría oído nadie. La asistenta dormía en otra pequeña celda colindante con la mía en la gran ala oeste de la casa vacía. Evidentemente ella no creía en fantasmas ya que podía oír cómo caía dormida inmediatamente después de meterse en la cama; yo tampoco creo en ellos, «mais je les redoute», como decía una dama francesa que, por sus libros, parecía ser una mujer muy resuelta.

La campanilla era un gran consuelo; nunca tuve que utilizarla pero me tranquilizaba poder verla sobre la silla que estaba junto a mi cama, ya que mis noches, en las que todo me parecía tan extraño y se oían crujidos misteriosos y otros ruidos, no tenían nada de plácidas. Yo solía quedarme despierta, con mi ligero sueño sobresaltado por el crujido de alguna madera, escuchando el roncar indiferente de la muchacha que dormía en la habitación

contigua. A la mañana siguiente, por supuesto, me consideraba tan valiente como un león y me reía de los sudores fríos de la noche anterior; pero ahora hasta me parecen deliciosas aquellas noches y me veo a mí misma como uno de esos típicos muchachos que oyen voces en el viento y que se ven arrebatados por un exaltante temor. A mí no me importaría volver a estremecerme de nuevo con todos aquellos sonidos con tal de experimentar la hermosa pureza de la casa despoblada de sirvientes y de muebles.

¡Qué preciosas se veían las habitaciones sin nada más que aquellos recientes papeles pintados tan alegres! A veces pasaba por las habitaciones que ya estaban terminadas y construía toda clase de castillos en el aire sobre su futuro y su pasado. ¿Reconocerían las monjas que habían vivido allí sus pequeñas celdas encaladas, ahora radiantes con delicados papeles florales y limpia pintura blanca? ¿Y cómo se sorprenderían de ver la celda número 14 convertida en un cuarto de baño con una bañera suficientemente grande como para asegurar una limpieza del cuerpo equivalente a la pureza de sus almas? Seguramente lo verían como una celada del gran tentador; y yo misma soy consciente de que comencé a sorprenderme de la suciedad de mis uñas el día que empecé a perder la blancura de mi alma cuando, a los quince años, me volví loca por el organista de la parroquia —o mejor dicho, me enamoré de lo poco que podía vislumbrar de él: el roquete, una nariz romana y un encendido bigote—, de quien estuve perdidamente enamorada por lo menos seis meses; al final, paseando un día con mi señorita de compañía, me crucé con él por la calle descubriendo que su vestimenta habitual se componía de un hábito combinado con un cuello alto y un sombrero de hongo, y dejé de amarlo inmediatamente.

La primera etapa de aquella época de felicidad fue la más perfecta porque no tenía otra cosa en la cabeza que no fuera la paz y la belleza que me rodeaba. Después apareció de repente aquel que tiene derecho a aparecer cuando y como le plazca y me reprochó que no le hubiera escrito en todo aquel tiempo, y cuando le dije literalmente que había estado demasiado feliz como para pensar en escribir, él pareció entenderlo como una reflexión sobre su persona que venía a significar que yo no necesitaba a nadie para ser feliz. Lo llevé por el jardín, por los nuevos senderos que había hecho construir y le mostré la acacia y las maravillosas lilas, y él dijo que era el puro egoísmo el que me permitía disfrutar de todo aquello cuando no estaban él y nuestras hijas, y que las lilas necesitaban una poda exhaustiva. Yo traté de calmarlo ofreciéndole mi cena de pan y ensalada que tenía dispuesta en los pequeños escalones de la terraza adonde habíamos regresado, pero nada parecía calmar a aquel Hombre Airado, y me dijo que volvería inmediatamente al lado de la abandonada familia. Y eso hizo; y el resto de aquella maravillosa época se vio turbada por remordimientos (a los que soy muy dada) siempre que me sentía con ganas de saltar de alegría. Me iba a ver a los pintores cuando en realidad mis pies querían llevarme a contemplar el jardín; me paseaba diligentemente por los pasillos y salieron de mi boca más críticas y sugerencias y órdenes en un solo día de lo que había hecho en todo el tiempo hasta entonces; escribía con regularidad y les mandaba mi amor; pero no podía impacientarme y añorar. ¿Qué puede hacerse si se tiene la conciencia tranquila y el hígado en condiciones bajo un sol brillante?

10 de mayo

El año pasado no sabía nada de jardinería y este año sigo sin saber mucho más, pero al menos empiezo a darme cuenta de lo que se puede hacer y he dado un paso importante al pasar de las ipomeas a las rosas de té.

El jardín era una floresta completamente silvestre. Rodea toda la casa, aunque la parte más importante se encuentra en el lado sur y al parecer siempre ha sido así. El ala sur de la casa es de una planta con una serie de habitaciones que se comunican y cuyas paredes exteriores están todas cubiertas de enredadera de Virginia. Frente a esa ala de la casa hay una pequeña terraza por la que, a través de unos desvencijados escalones de madera, se baja a lo que al parecer ha sido el único rincón de todo el jardín que se ha venido cuidando. Se trata de un semicírculo cortado en el césped y bordeado por un seto de aligustre en el que hay once parterres de diferentes tamaños rodeados de boj y dispuestos alrededor de un reloj de sol muy venerable, cubierto de musgo, por el que siento un especial aprecio. Tales cuadros aparecían a simple vista como el único signo evidente de cierta práctica de jardinería (a excepción del azafrán que brotaba por sí mismo en el césped cada primavera, no porque quisiera, sino porque no podía evitarlo), y entonces me decidí a plantar los once parterres con ipomeas, pues aprendí en un libro alemán de jardinería que la ipomea es lo único que se necesita para transformar el más espantoso desierto en un paraíso. No había otra cosa que el libro recomendara con parecido entusiasmo y, desconociendo por completo la cantidad de semillas que se necesitaban, compré cinco kilos e hice que las sembraran, no sólo en los once parterres, sino alrededor de casi todos los árboles, quedándome a continuación presa de una gran impaciencia en espera de que apareciera el paraíso prometido. Jamás apareció, y así aprendí mi primera lección.

Afortunadamente también había sembrado dos grandes áreas del jardín con guisantes que me hicieron feliz todo el verano, y también había algunos girasoles y algunas malvarrosas bajo las ventanas del ala sur, mezcladas con algunos lirios blancos. Pero para mi desgracia, los lirios desaparecieron tras ser trasplantados pues ¿cómo iba yo a saber lo que le convenía a los lirios? Y las malvarrosas salieron de colores bastante feos, de manera que mi primer verano se vio decorado y embellecido únicamente por los guisantes.

Actualmente ya estamos empezando a respirar tras todo el ajeteo que hemos pasado preparando nuevos lechos de flores, setos y senderos a tiempo para el verano. Los once parterres alrededor del reloj de sol están plantados de rosas, pero ahora me doy cuenta de que he cometido errores en alguno de ellos. Como aquí no hay un alma con quien compartir problemas de este tipo ni de otra clase, mi única forma de aprender consiste en equivocarme. Los once parterres deberían haber sido sembrados con pensamientos morados, pero al darme cuenta de que no contaba con suficientes semillas y no haber nadie que pudiera vendérmelas, tan sólo pude poner pensamientos en seis parterres, sembrando el resto con resedas enanas. Dos de los once parterres están llenos de rosas Marie von Houtte, otros dos con rosas Laurette Messimy, uno con rosas Souvenir de la Malmaison, otro con rosas de Adán y Devonensis, dos con rosas persas amarillas y bicolors y, finalmente, un gran parterre detrás del reloj de arena cuenta con tres tipos de rosas (setenta y dos en total),

Duque de Teck, escarlatas de Cheshunt y Prefet de Limburg. Ahora estoy convencida de que este lecho de flores ha sido una equivocación, como también creo que lo son algunos de los otros, pero por supuesto, debido a mi absoluta ignorancia, tendré que esperar y ver. También he dispuesto que preparen dos grandes lechos de flores en el césped a ambos lados del semicírculo, ambos sembrados con resedas; en uno de ellos se han plantado rosas Marie von Houtte y en el otro rosas Jules Finger y Novia; y en una soleada esquina bajo las ventanas del salón hay un lecho de rosas Madame Lambard, Madame de Watteville y Condesa Riza du Parc; mientras que en un extremo del jardín, protegido del norte y el oeste por un grupo de hayas y de lilas, se encuentra otro gran lecho con rosas Rubens, Madame Joseph Schwartz y de la Honorable Edith Gifford. Todas estas rosas son enanas; tengo sólo dos rosas comunes en todo el jardín, dos rosas Madame George Bruants, y ambas parecen más palos de escoba que otra cosa. ¡Con qué ansiedad espero el día en que las rosas de té abran sus capullos! ¡Nunca he esperado nada con tanta intensidad! y cada día hago la ronda, admirando lo que esas cosas tan pequeñas han conseguido en veinticuatro horas, ya sea en forma de una nueva hoja o de un aumento de la preciosa yema roja.

Las malvarrosas y los lirios (que ahora están floreciendo) siguen bajo las ventanas del ala sur en un estrecho parterre en lo alto de una ladera del césped, a cuyo pie he sembrado dos largos parterres de guisantes que quedan frente a los lechos de rosas, de manera que mis rosas puedan contemplar algo tan agradable como ellas hasta el otoño, cuando desaparezcan los guisantes para hacer sitio a más rosas de té. El sendero que desde este semicírculo baja hasta el jardín está rodeado de rosas de la China, blancas y rosadas, salpicadas aquí y allá con rosas persas amarillas. Ahora me gustaría haber plantado rosas de té ahí, y tengo reservas acerca del efecto que pueden producir las rosas persas amarillas entre las rosas chinas, ya que las chinas son muy pequeñas y delicadas mientras que las persas amarillas parecen dispuestas como si fueran enormes setos.

No hay una criatura viviente en esta parte del mundo que pueda entender lo más mínimo con qué palpitaciones de mi corazón espero que florezcan estas rosas; desde luego no un libro alemán de jardinería que relega todas las rosas de té a un invernadero, encerrándolas de por vida y privándoles para siempre el aliento de Dios. No cabe duda de que se debe a mi absoluta ignorancia el hecho de haberme apresurado por donde ni los ángeles teutones se aventuran a pisar, disponiendo mis rosas de té de cara al norte en el invierno; pero se enfrentaron a él bajo las ramas y hojas de los abetos y ninguna de ellas ha sufrido lo más mínimo, mostrándose hoy día tan contentas y dispuestas a disfrutar, estoy segura, como cualquier otra rosa de Europa.

14 de mayo

Hoy estoy escribiendo en la terraza con las tres pequeñas, más persistentes que los mosquitos, haciendo travesuras a mi alrededor, y a estas alturas algunos de sus treinta dedos ya se han metido en el tintero y sus dueñas han sido consoladas cuando el deber apuntaba al regaño. Pero ¿quién puede regañar a tales arrepentidos y lánguidos sombreritos? Porque lo único que se puede ver son sombreritos y delantales y ágiles piernecitas tiznadas.

Ellas tres, su paciente niñera, yo misma, el jardinero y el asistente del jardinero son las únicas personas que tienen acceso a mi jardín, aunque lo cierto es que tampoco salimos mucho de allí. El jardinero lleva un año trabajando y cada primero de mes, sin falta, me advierte que se marcha, pero hasta ahora he conseguido convencerlo de que se quede. El día primero de este mes vino como de costumbre, y con una determinación patente en todos sus rasgos me anunció que pensaba marcharse en junio y que nada le haría variar su decisión. No creo que sepa mucho de jardinería, pero al menos cava y riega, y algunas de las cosas que siembra llegan a brotar, y algunas de las matas que planta llegan a crecer, aparte de lo cual es la persona más incansablemente trabajadora que he visto jamás y tiene el gran mérito de no aparentar nunca el menor interés por lo que hacemos en el jardín. De manera que ante la incertidumbre de las aptitudes del siguiente siempre he procurado que se quede. Cuando le pregunté si tenía alguna queja, me respondió: «Ninguna», ante lo cual sólo pude concluir que debía de tratarse de una objeción hacia mi persona motivada por mis excéntricas preferencias a la hora de agrupar las plantas en lugar de disponerlas en hileras. Es posible también que no le gusten los pasajes de libros de jardinería que a veces le leo, cuando se pone a sembrar algo nuevo. Al no poder hacerlo yo misma pensé que, en lugar de explicárselo, sería más fácil tomar el libro y transmitirle los sabios consejos directamente de la fuente original, administrándoselos en dosis mientras trabajaba. Tengo que reconocer que es algo que puede llegar a resultar molesto y que sólo me he atrevido a hacer ante el temor a perder un año entero por un estúpido error. A veces me encuentro riéndome escondida tras el libro ante su cara de desagrado, y desearía que nos tomaran una fotografía para que dentro de veinte años, cuando el jardín sea un maravilloso vergel y conozca ya todos sus secretos, pueda recordar mis primeros esfuerzos y fracasos.

Se ha pasado todo abril poniendo en sus lugares definitivos los árboles perennes que sembramos en el otoño, y durante todo el mes no se separó de un largo cordel con el que fue haciendo líneas paralelas en los márgenes, de una bella exactitud, para colocar las plantas como soldados listos para pasar revista. Un día que estuve ausente se hicieron dos largos arriates, y cuando le expliqué que me gustaría que en el tercero las plantas estuvieran dispuestas en grupos y no en hileras, y que lo que quería era un efecto natural sin que se vieran espacios de tierra vacíos, me dirigió una mirada de desesperación más sombría de lo habitual; y cuando volví más tarde para ver el resultado me encontré con que había plantado dos largos arriates a los lados de un camino recto con pequeñas hileras de cinco plantas en fila: primero cinco claveles, y a continuación cinco ruquetas, y detrás de las ruquetas cinco claveles, y detrás de los claveles cinco ruquetas, y así una y otra vez con plantas diferentes de toda clase y tamaño hasta el final. Cuando le expresé mi queja me

respondió que se había limitado a seguir mis órdenes y que ya sabía que no iba a quedar bien; de modo que me rendí y los arriates restantes se realizaron siguiendo el modelo de los dos primeros, y yo me armaré de paciencia y veré cómo quedan este verano antes de desplantarlas otra vez; a los principiantes les toca ser humildes.

¡Si pudiera cavar y plantar yo misma! ¡Qué fácil y fascinante sería hacer los agujeros exactamente donde una quiere y poner a continuación las plantas exactamente como una desea, en lugar de tener que estar dando órdenes que sólo pueden ser medio entendidas desde el momento en que se empiezan trazando líneas con un largo cordel! En mi primer éxtasis por tener un jardín propio, y en mi acuciante impaciencia por hacer que los lugares baldíos florecieran como una rosa, llegué a hacerlo yo misma un caluroso domingo de abril del pasado año, cuando los sirvientes cenaban, doblemente protegida de las miradas del jardinero por el día y la hora de la cena, y así salí furtivamente con una pala y un rastrillo y me puse arduosamente a cavar y remover un pedazo de tierra, sembrándola a continuación con ipomeas y volviendo a la casa acalorada y sintiéndome culpable para sentarme en una silla y ocultarme detrás de un libro con un deje lánguido, a tiempo para salvar mi reputación. ¿Y por qué no? No es ciertamente una actividad grácil y acaba una acalorada; pero es de esas tareas que parecen una bendición, y si Eva hubiera contado con una pala en el Paraíso y hubiera sabido lo que hacer con ella, nunca habríamos tenido que pasar por ese triste asunto de la manzana.

¡Qué mujer tan feliz soy viviendo en un jardín, con libros, niños, pájaros y flores y todo el tiempo del mundo para disfrutarlos! Y sin embargo mis conocidos lo ven como si estuviera en una prisión, o enterrada en vida, y no sé qué otras cosas; cortarían el aire con sus alaridos si se vieran condenados a una vida así. A veces siento como si hubiera sido agraciada entre mis congéneres por poder encontrar tan fácilmente la felicidad. Sólo necesito que brille el sol para sentirme bien, y en un día radiante sería feliz incluso en Siberia. ¿Y qué placeres puede ofrecer la vida de la ciudad equiparables a la delicia de cualquiera de las apacibles noches que he pasado este mes, sentada a solas en los escalones de la terraza, rodeada por el perfume de los brotes de alerce y la luna de mayo colgada bajo las hayas, y el hermoso silencio que se hace todavía más profundo en su paz con el distante croar de las ranas y el ulular de los búhos? El intenso zumbido de un abejorro que pasa junto a mi oreja hace que un escalofrío me recorra el cuerpo, en parte de placer por el recuerdo de los pasados veranos, en parte de miedo a que se enrede en mi pelo. El Hombre Airado afirma que son criaturas perniciosas y que hay que matarlas. Yo preferiría matarlas al final del verano y no aplastarlas y desterrarlas de este maravilloso mundo en este momento de alegría.

Esta tarde ha estado llena de acontecimientos. Mi hija mayor, nacida en abril, tiene cinco años, y la más pequeña, nacida en junio, tiene tres; así no resultará difícil a los perspicaces adivinar la edad de la niña de en medio, o niña de mayo. Estando agachada sobre un lecho de malvarrosas plantadas en la única elevación que existe en el jardín, la niña de abril, que había estado sentada pensativa en un árbol caído cerca de allí, se levantó repentinamente y comenzó a correr sin dirección, chillando y retorciendo las manos haciendo gestos de terror. Me quedé pasmada preguntándome qué le podría pasar; y en ese instante vi que un completo ejército de jóvenes terneras que pastaban en un prado próximo al jardín habían cruzado el seto y pacían peligrosamente cerca de mis rosas de té y mis seres más queridos. La niñera y yo hemos conseguido alejarlas pero no sin que antes

pisotearan un arriate de claveles y lirios del modo más cruel, y de que hicieran enormes boquetes en un lecho de rosas chinas, y de que incluso empezaran a mordisquear las clemátides Jackmani a las que estoy intentando convencer de que se trepen al tronco de un árbol. Daba la casualidad de que el lúgubre jardinero se encontraba enfermo en cama y el asistente estaba en vísperas —como llaman en la Alemania luterana al té de la tarde o su equivalente—, de modo que la niñera tapó los agujeros lo mejor que pudo con pedazos de musgo y enterró las rosas aplastadas y despedazadas, defraudadas para siempre sus esperanzas de la gloria del verano, mientras yo lo observaba todo abatida. Como no había ningún vaquero a la vista, la niña de junio, de unos sesenta centímetros cuadrados y más valiente de lo que su edad y sus años dejarían pensar, agarró un palo mucho más grande que ella y se fue a por las vacas. Llegó hasta ellas blandiendo el palo y se quedaron en fila mirándola fijamente con verdadera sorpresa; y así las mantuvo apartadas hasta que uno de los hombres de la granja llegó con una fusta y, encontrando al vaquero dormido plácidamente a la sombra de un árbol, le dio una buena paliza. El vaquero es un joven grandote, mayor que el hombre que le golpeó, pero se tomó el azote como parte de su trabajo y no rechistó. No creo que le dolieran mucho los azotes pues llevaba una pelliza de cuero, y además creo que se lo merecía; pero debe de ser un trabajo bastante desmoralizador para un joven fornido sin mucho cerebro tener que cuidar de unas vacas. Nadie con menos imaginación de la que tiene un poeta debería hacer de esa tarea su profesión.

Después de que la niña de junio y yo fuéramos recibidas victoriosamente por las otros dos con tales abrazos que parecía que hubiéramos escapado de los más increíbles peligros, y cuando nos pusimos a tomar el té bajo una haya, se me ocurrió mirar la verde fronda del árbol y allí, en una rama cerca de mi cabeza, estaba posada una pequeña cría de búho. Me encaramé en mi asiento y la pude agarrar fácilmente ya que no podía volar, siendo todavía un misterio cómo pudo llegar hasta la rama. Era una bola redonda de plumones grises con la cara más curiosa, sabia y solemne que imaginar se pueda. ¡Pobrecita! Tenía que haberla dejado ir, pero no pude resistir la tentación de retenerla hasta que el Hombre Airado, que estaba en ese momento de viaje, la viera, ya que siempre estaba diciendo cuánto le gustaría tener un pequeño búho para intentar amaestrarlo. De manera que la metí en una espaciosa jaula que colgué de una rama cerca de donde había estado posada y que no debía de estar muy lejos del nido y de su madre. Apenas habíamos vuelto a nuestro té cuando vi otras dos bolitas emplumadas en el suelo del amplio prado que a distancia apenas si se distinguían de dos toperas. Ambas se reunieron enseguida con su pariente en la jaula de tal modo que cuando el Hombre Airado vuelva a casa, no sólo será recibido por las sonrisas de rigor de su esposa, sino también por tres pequeños búhos deseados. Pero al mismo tiempo me parece malvado separarlos de su madre y sé que algún día volveré a dejarlos en libertad, quizás la próxima vez que el Hombre Airado parta de viaje. Les puse un pequeño recipiente con agua en la jaula, aunque seguramente todavía no han probado el agua, a no ser que beban las gotas de lluvia de las hojas de haya. Supongo que consiguen todo el agua necesaria de los cuerpos de ratones y demás exquisiteces que les proveen sus amorosos padres. Pero la idea de las gotas de lluvia me gusta más.

15 de mayo

¡Qué crueldad ha sido meter a esos pequeños búhos en una jaula, aunque haya sido sólo por una noche! No puedo perdonármelo y jamás volveré a intentar complacer los deseos del Hombre Airado. Esta mañana me levanté temprano para ver cómo estaban y me he encontrado abierta la puerta de la jaula y ningún búho a la vista. Lo primero que pensé fue que alguien los había robado: algún muchacho del pueblo o quizás el escaldado vaquero. Pero cuando miré alrededor pude ver a uno de ellos posado en una alta rama de la haya y a continuación, divisé con pesar otro de ellos muerto en el suelo. Del tercero no había rastro y pensé que seguramente estaba a salvo en el nido. Los padres debieron de forzar los alambres de la jaula, abriendo la puerta por casualidad y llevándose las crías a lo alto del árbol. El que está muerto debió de caerse de la rama barrido por el viento que soplaba esta noche y se rompió el cuello. El jardín ha perdido hoy una vida feliz por mi culpa, y hace un día tan bonito y soleado, uno de esos días perfectos para que esas pequeñas bolas de plumones disfruten y crezcan. Las niñas están muy afligidas y se han puesto a cavar una tumba y a preparar coronas fúnebres de malvarrosas.

Justo cuando acababa de escribir lo anterior oí que alguien llegaba y corrí sin aliento a decirle al Hombre Airado lo cerca que había estado de procurarle los búhos que siempre había deseado, y cómo sentía que se hubieran escapado, y lo apesadumbrada que estaba por la muerte de uno de ellos, todo ello con un torrente de palabras sin fin muy propio de las mujeres.

Me escuchó hasta que paré para recobrar el aliento y entonces dijo: «Me sorprende mucho esa crueldad. ¿Cómo puedes hacer sufrir a una madre de esa manera? Ella nunca te ha hecho daño».

Con lo cual me escapé de la casa y me fui al jardín, más convencida que nunca de la verdad que encierra esa canción que dice:

Dos paraísos disfruta quien vive a solas en el Paraíso

16 de mayo

El jardín es el lugar en donde busco refugio y protección, no la casa. En la casa me esperan deberes y disgustos, sirvientes a los que aconsejar y amonestar, muebles y comidas; mientras que fuera me veo rodeada de bendiciones por todas partes. En el jardín me arrepiento de toda la crueldad que hay en mí, de esas ideas egoístas que son mucho peores de lo que me parecen; es ahí en donde todos mis pecados y necesidades me son perdonadas, en donde me siento protegida y a resguardo, y en cada flor y en cada brizna de hierba encuentro una amiga, y en cada árbol un amante. Cuando me siento angustiada corro allí para tranquilizarme, y cuando me he enfadado sin motivo es allí en donde encuentro la absolución. ¿Hay alguna mujer que haya tenido tantos amigos? Y siempre permanece igual, siempre dispuesto a recibirme y a colmarme de pensamientos alegres. Hijos felices de un Padre común, ¿por qué voy a estar yo, su propia hermana, menos contenta que ellos? Incluso bajo los truenos de una tormenta, cuando otra gente se pone a correr hacia la casa, yo corro afuera. No me gustan las tormentas con truenos, me asustan durante horas antes de llegar porque siempre las siento aproximarse; pero es extraño que corra a buscar abrigo al jardín. Me encuentro mejor allí, más protegida, más arropada. Cuando truena, la niña de abril dice: «Ahí está *lieber Gott* regañando otra vez a esos ángeles». Y una vez que había una tormenta nocturna se quejó amargamente y quería saber por qué *lieber Gott* no se dedicaba a regañar durante el día en lugar de hacerlo a esas horas en que estaba tan profundamente dormida. Las tres hablan una mezcla de alemán e inglés, adulterando la pureza de su lengua natal con palabras en inglés que entremeten en una frase en alemán. Esa mezcla siempre me recuerda a la Justicia moderada por la Compasión.

Hoy estuvimos cogiendo primulas en un bosquecillo enaltecido con el nombre de Hirschwald por ser un maravilloso coto de caza de ciervos que luchan en las tardes de otoño, llamándose unos a otros al combate con berridos que resuenan en el silencio y que provocan escalofríos en el solitario que los escucha. A menudo paseo por allí en septiembre, al anochecer, y me siento sobre un árbol caído fascinada por sus gritos furiosos.

Hacemos ramilletes de primulas sentadas en la hierba. Las niñas nunca habían visto tales flores y nunca imaginaron nada tan fragante. Hirschwald es un pequeño bosque abierto poblado de plateados abedules; un paraje lleno de manantiales salpicado de flores con un riachuelo que serpentea dulcemente, y que en junio se engalana con gladiolos amarillos. Siempre sueño con levantar una cabaña en este sitio, con las margaritas llegando hasta la puerta y sin caminos de ninguna clase; del tamaño justo para poder estar con una niña y tener una clemátide morada fuera. Dos habitaciones: un dormitorio y una cocina. ¡Qué asustadas pasaríamos las noches y qué felices seríamos de día! Sé exactamente el lugar de su emplazamiento, de cara al sudeste para poder recibir toda la alegría de la mañana, y cerca de un riachuelo, para poder lavar los platos entre gladiolos. Cuando nos apeteciera relacionarnos, invitaríamos a las otras niñas a tomar el té y les ofreceríamos fresas salvajes en platos hechos de hojas de castaños de Indias; pero a nadie menos inocente y fácil de agradar que un bebé se le permitiría oscurecer el esplendor de nuestra soleada cabaña; además, no creo que nadie con mayor cordura se tomara la molestia de venir. La

gente cuerda necesita demasiadas cosas para llegar a disfrutar verdaderamente de la vida, y cuando estoy con ellos me paso el rato excusándome por no poder ofrecerles otra cosa que lo que a mí me gusta; excusándome y avergonzada por contentarme con tan poco.

El otro día, en una cena a la que asistimos en la ciudad más cercana (nos llevó toda la tarde llegar allí), al final de la velada las mujeres mostraron su curiosidad por saber cómo había podido yo soportar el invierno, apartada de todo el mundo y en ocasiones aislada por la nieve durante semanas.

—¡Ah, esos maridos! —suspiró una voluminosa señora sacudiendo lúgubrementemente la cabeza—. Encierran a sus mujeres porque les conviene y no les importa qué sufrimientos tengan que pasar.

Las demás mujeres también suspiraron y asintieron con la cabeza, porque la voluminosa señora era una gran potentada local, y una comenzó a contar cómo otro terrible marido había traído a su joven esposa al campo y la había encerrado allí, ocultando su belleza y cualidades a los ojos de la gente del modo más cruel, y cómo, tras pasar varios años llorando y procreando alternativamente, hacía poco que se había escapado con alguien impensable; creo que era el mayordomo, o el panadero, o alguien por el estilo.

—Pues lo cierto es que soy feliz —comencé a decir en cuanto pude meter baza.

—Ah, una buena mujercita, que está encantada con su situación —y la potentada me dio unas palmaditas en la espalda mientras seguía sacudiendo lúgubrementemente la cabeza.

—Es imposible que sea feliz completamente sola en invierno —afirmó otra señora, la esposa de un alto cargo militar que no estaba acostumbrada a que la contradijeran.

—Pues lo soy.

—Pero ¿cómo puede ser feliz a su edad? No, no es posible.

—Pues lo *soy*.

—Su marido debería traerla a la ciudad en invierno.

—Pero yo no quiero que me traiga a la ciudad.

—Y no dejar que malgaste sus mejores años enterrada.

—Pues a mí me gusta estar enterrada.

—Esa soledad no es buena.

—Pero si no soy una persona solitaria.

—Y no puede salir nada bueno de todo eso. —Se estaba enfadando por momentos.

Entonces, ante su último comentario se produjo un coro de Por Supuesto que No acompañado de renovadas sacudidas de cabeza.

—Este invierno he disfrutado inmensamente —persistí yo cuando se calmaron un poco—. Paseaba en trineo y patinaba, y además tenía a las niñas, y estantes y estantes llenos de... —Iba a decir libros pero me detuve. La lectura es una ocupación de hombres; para las mujeres es una reprobable pérdida de tiempo. ¿Y cómo podía yo hablarles de la felicidad que me invadía cuando el sol brillaba en la nieve, o de la profunda delicia de los días de helada?

—Ha sido exclusivamente a instancias mías por lo que hemos venido aquí —continué— y mi marido accedió sólo para complacerme.

—Qué mujercita tan buena —repetía condescendiente la potentada mientras volvía a darme palmaditas en la mano con un aire de entenderlo todo—, una mujercita verdaderamente excelente. Pero no debe dejar que su marido se salga demasiado con la suya, querida, y acepte mi consejo e insista en que la traiga a la ciudad el próximo invierno.

Y a continuación se pusieron a hablar de sus cocineras, una vez dejaron bien sentado que mi destino estaba esperando a ser descubierto, tal vez oculto en ese mismo instante tras los aparentemente inofensivos botones de bronce del hombre que recoge mi abrigo en el vestíbulo.

Me pasé el camino de vuelta riéndome, y volví a reírme de pura satisfacción cuando llegamos al jardín y circulamos por entre los árboles silenciosos hasta llegar al precioso caserón; y cuando me fui a la biblioteca, con sus cuatro ventanas abiertas a la luz de la luna y a los olores de la noche, y contemplé mis queridos anaqueles sin oír otro sonido que el de la quietud, sabiendo que podía ponerme a leer, o a soñar, o a no hacer nada, exactamente lo que deseara sin que ninguna criatura me molestara; qué agradecida me sentí entonces al amable Destino que me había traído hasta allí y me había proporcionado un corazón para apreciar mi propia felicidad y me había rescatado de una vida que acababa de ver: una vida que transcurre con los olores de las cenas de otra gente metidos en la nariz, y con el ruido de los sirvientes pendencieros metido en los oídos, y fiestas y cháchara como única diversión.

Pero tengo que confesar que en ocasiones me he sentido abrumada cuando alguien importante, tras examinar los detalles de mi casa desde detrás de sus lentes y disecar fríamente todo aquello que tanto aprecio desde la conveniente distancia de la ventana abierta, ha acabado compadeciéndose de mi soledad; y cuando he replicado que me gusta, ha murmurado «*Sehr anspruchslos*», expresando con el tono su opinión sobre la modestia de mis aspiraciones. Entonces me he sentido avergonzada de la pequeñez de mis deseos; pero sólo por un momento y únicamente bajo la influencia de una fulminante mirada tras un monóculo; porque después de todo, el espíritu de ese propietario es el mismo espíritu que mora en mis sirvientas: chicas cuya única idea de la felicidad consiste en vivir en una ciudad en donde haya gente como ellas con quien beber cerveza y bailar los domingos por la tarde. La obsesión por estar siempre acompañado por tus semejantes es para mí absolutamente incomprensible. Yo puedo entretenerme durante semanas sin llegar a reparar que he estado sola, a excepción de la paz que inunda todo. Y sin embargo me gusta recibir a invitados que se quedan por unos días, o incluso por unas semanas, si son tan *anspruchslos* como yo y se contentan con placeres simples; la única condición es que cualquiera que venga y se sienta feliz debe tener algo dentro de él; si se trata de una criatura plana, vacía de cabeza y corazón, probablemente lo encontrará todo muy aburrido. Me encantaría que mi casa estuviera llena con más frecuencia si encontrara a gente capaz de disfrutar de la vida. Serían bienvenidos y despedidos con el mismo afecto; pues la verdad me obliga a reconocer que, aunque me encanta verles llegar, me agrada igualmente verlos marcharse.

En algunos días particularmente divinos, como hoy, la verdad es que añoro la presencia de alguien que pudiera disfrutar junto a mí de toda esta belleza. Ha llovido toda la noche y el jardín entero parece estar cantando: no sólo los incansables pájaros, sino las vigorosas plantas, la hierba y los árboles alegres, los arbustos de lilas; ¡oh, esos arbustos de lilas! Hoy se ven por todas partes y el jardín está henchido de su olor. Me he traído brazadas de ellas pues es un placer cogerlas, y todos los cuencos y tinas de la casa están llenas de esa gloria morada, y los sirvientes creen que va a haber una fiesta y parecen estar más alerta, y yo voy de habitación en habitación contemplando esa dulzura y las ventanas están abiertas de par en par de modo que se mezclen los olores de dentro con los olores de fuera; y los sirvientes se van dando cuenta de que no va a haber ninguna fiesta y se

preguntan por qué está la casa llena de flores para una mujer sola, y yo anhele más y más la compañía de un espíritu afin —parece tan egoísta disfrutar de tanta hermosura para una misma—, pero los espíritus afines son tan difíciles de encontrar; es lo mismo que si me pusiera a suspirar por la luna. Es verdad que mi jardín está lleno de amigos, pero desgraciadamente son mudos.

3 de junio

Es éste un rincón tan apartado del mundo que se requiere una energía poco corriente para llegar hasta aquí y, por ello, me veo privada de las visitas improvisadas; aunque, por otra parte, las personas que quiero, o las personas que me quieren, que en el fondo es lo mismo, probablemente no se verán disuadidas de venir por el tortuoso viaje en tren y el largo trayecto hasta aquí. Una de mis mayores dichas consiste en no tener más que un vecino. Si no hay más remedio que tener vecinos, al menos resulta una bendición tener sólo uno; porque si la gente se dedica a dejarse caer por tu casa a todas horas y a tratar de charlar contigo, me pregunto cómo va una a poder organizar su vida, y a leer los libros que quiere leer y a soñar tranquilamente. Además siempre existe la certeza de que o tú o el visitante inesperado va a decir algo que habría sido mejor no decir. Me horrorizan el cotilleo y los enredos de todo tipo. La lengua de una mujer es un arma mortífera y es lo más difícil que hay en el mundo de mantener a raya, y las cosas se le escapan con una facilidad pasmosa en el momento justo en que debiera estar más callada. En esos casos la única salida airosa consiste en rezar para que la visita no se alargue demasiado, pues si eso ocurre estás perdida. Me he dado cuenta de que el tema favorito son las cocineras, cuya mera mención les da un soplo de vida, pues las alegrías y sufrimientos relacionados con ellas es algo que todas compartimos.

Afortunadamente, nuestro vecino y su esposa son una pareja muy atareada y encantadora con toda una tropa de niños rubios que les mantienen ocupados, además de los asuntos de su granja. Nuestra relación está organizada en líneas de la más hermosa simplicidad. Yo llamo a mi vecina una vez al año y ella me responde dos semanas después; nos invitan a cenar en verano y nosotros les invitamos a cenar en invierno. Ateniéndonos estrictamente a tal esquema hemos evitado cualquier peligro de caer en una amistad más íntima, que es el otro nombre por el que se conocen las frecuentes disputas. Ella representa el paradigma de lo que debe ser la perfecta señora rural alemana, y no sólo es una mujer bella sino también vigorosa y pragmática, y la combinación resulta, cuanto menos, efectiva. Se levanta al alba para supervisar la alimentación del ganado, la fabricación de mantequilla y el envío de la leche al mercado; mil cosas hechas cuando la mayoría de la gente todavía no se ha levantado, y antes de que los perezosos se dispongan a desayunar ella ya se encuentra montada en su coche tirado por un poni camino de las otras granjas del lugar para supervisar a las *mamsells*, como se llama aquí a las mujeres que están a cargo de aquéllas, contar los huevos recién puestos y, si lo estima necesario, dar un pescozón en la oreja de una descuidada vaquera. La ley nos permite aplicar «leves castigos corporales» a nuestros sirvientes, dejándose a la libre interpretación de cada cual decidir lo que significa «leve», y mi vecina parece disfrutar verdaderamente de tal privilegio a juzgar por el modo en que habla de ello. Daría cualquier cosa por poder espiar por el ojo de una cerradura y observar a la pequeña e intrépida señora, terrible en su ira y dignidad, poniéndose de puntillas para propinarle un pescozón en las orejas a una enorme muchacha en delantal de tirantes, una muchacha tan grande que podría comérsela.

La elaboración de queso, mantequilla y embutidos, todos de excelente calidad, es

una labor que requiere cabeza y, en mi opinión, un tipo de actividad muy admirable que merece la atención y el cuidado de gente inteligente. La inteligencia de mi vecina se hace evidente enseguida por la brillante agudeza de sus ojos: ojos a los que nada se les escapa y que ganan en belleza por ser utilizados para un buen propósito. En todos los alrededores se la reconoce como una autoridad en la misteriosa elaboración de embutidos, en la crianza de los terneros y en la matanza del cerdo; y con todas sus múltiples ocupaciones y sus prolongadas ausencias diarias de la casa, sus hijos son un modelo de salud y limpieza, y de lo que deben ser los entrañables alemanitos, con sus blancas trenzas, sus ojos intrépidos y sus piernas robustas. ¿Quién diría que una vida tal es sórdida y aburrida e indigna de un alto orden en la escala de la inteligencia? Yo afirmo que me parece una vida dichosa, llena de sano trabajo al aire libre y sin tiempo para esos apáticos momentos de depresión y aburrimiento, y de pensar en qué hacer a continuación, actitud que va dejando arrugas alrededor de los bonitos ojos de una mujer y que conocen hasta las más brillantes. Pero, aun admirando a mi vecina, no creo que trate jamás de seguir sus pasos pues mis talentos no gozan de la misma cualidad enérgica y organizativa, siendo más bien de esos que dejan a su poseedora con una lamentable tendencia a coger un volumen de poesía y pasear por donde crecen los ranúnculos y, sentada al pie de un sauce, en la ribera de un riachuelo, olvidarse de la existencia de todo lo que no sean prados verdes y aguas tranquilas, y el amable soplo del viento entre los alegres campos. Y me sentiría verdaderamente desgraciada si tuviera que enfrentarme a oídos tan indóciles que requirieran pescozones.

A veces mi soledad se ve invadida por visitantes que vienen de lejos, y es en esas ocasiones cuando me doy cuenta de la soledad absoluta de las personas, de lo lejos que están de sus vecinos; y mientras hablan (generalmente de los niños, de los que tienen, de los que acaban de nacer y de los que vendrán), yo me dedico a considerar la tremenda e insoslayable distancia que separa tu propia alma de la de la persona que está sentada en la silla de al lado. Hablo de extraños relativos, gente que se ve forzada a quedarse un cierto tiempo por las excentricidades de los trenes y ante cuya presencia una se pone a buscar a tientas intereses comunes y acaba retrayéndose en su propia concha cuando descubre que no comparte ninguno. A continuación una helada invade mi cuerpo y voy quedándome entumecida y sin habla por momentos, y las niñas sienten la escarcha en el aire y parecen quedarse sin expresión, y los visitantes se ponen entonces a hacerse las típicas preguntas de a quién se parecen más las niñas, que generalmente resuelven diciendo que la niña de mayo, que es la pura belleza, se parece a su padre, y que las otras dos, más o menos corrientes, son mi viva imagen; y tal resolución, aunque la conozco de otras veces y la veo venir de lejos, nunca deja de deprimirme tanto como si la oyera por primera vez. Las niñas son muy pequeñas, inofensivas y buenas, y resulta difícil aceptar que sean utilizadas para rellenar vacíos en la conversación y que se desmenuen sus rasgos uno por uno, y se señalen y critiquen sus puntos débiles mientras ellas se quedan sonriendo tímidamente delante de la cara de quien perpetra tal acto, dando pie con tales sonrisas a comentarios sobre la forma de sus bocas; pero después de todo tampoco ocurre tan a menudo, y es cierto que son uno de los pocos intereses comunes que una comparte con otra gente ya que todo el mundo parece tener niños. Un jardín, por lo que he descubierto, no resulta un tema muy fructífero y es increíble darse cuenta de lo poco que la gente aprecia los suyos; y todos pretenden apreciarlos, pero hasta en el tono de voz se puede descubrir que se trata de un afecto muy frío. Alrededor de junio el afecto que muestran es de lo más caluroso,

alimentado por agradables cantidades de fresas y rosas, pero si lo pienso detenidamente, no conozco a una sola persona en veinte millas a la redonda a quien verdaderamente le importe su jardín o que haya descubierto los tesoros de la felicidad que se encuentran allí escondidos y que sólo se pueden hallar si se buscan con diligencia y, si es necesario, con lágrimas.

Es después de una de estas excepcionales visitas cuando experimento los únicos momentos de depresión que padezco en mi vida, y a continuación me enfado conmigo misma, una persona bien criada, por permitir que se llegue a desperdiciar una sola hora de vida en algo tan insustancial. Eso es lo peor de estar bien alimentada, bien vestida, y de tener todo lo que razonablemente deseas: a la menor provocación se siente una incómoda e infeliz por inconveniencias tan abstractas como estar excluida de un mayor acercamiento al alma de tu prójimo; lo cual, si se considera detenidamente, es algo ridículo, pues lo más probable es que no tengan alma.

Las ruquetas están todas florecidas. El jardinero, en un arrebato de inspiración, las sembró todas en fila delante de dos arriates y no sé qué debe de pensar ahora que están todas floreciendo y las plantas que hay detrás se quedan completamente tapadas; pero es otra lección que he aprendido, y a partir de ahora no habrá un jardinero que se ponga a plantar mis ruquetas a lo loco de manera tan inconsciente. Son tan encantadoras, tan delicadas en el color como en el aroma, y un cuenco de ellas sobre mi escritorio inunda la habitación con su fragancia. Sin embargo, es un error plantarlas en hileras; yo las plantaba en lechos sobre la hierba, y así se mostraban en toda su belleza. Un arriate lleno de ruquetas, blancas y malvas, sin nada más, debe resultar precioso; pero no sé cuánto duran ni cómo se verán cuando florezcan. Lo averiguaré en una semana o dos, supongo. ¿Existió alguna vez un aprendiz de jardinero tan completamente abandonado a sus propios errores? No hay duda de que significaría un adelanto de años para el jardín si no me viera forzada a aprender únicamente de mis errores y si pudiera contar con una amable criatura que me indicara cuándo hacer las cosas. Actualmente las únicas flores del jardín son las ruquetas, los pensamientos en los lechos de rosas y dos grupos de azaleas: mollis y pontica. Las azaleas se ven todavía espléndidas; sólo tuve que plantarlas esta primavera y casi inmediatamente comenzaron a florecer, y el rincón protegido en que se encuentran parece siempre rebosante de aprisionadas y perpetuas puestas de sol. Naranja, amarillo limón, rosa en cada uno de sus tonos delicados; por el modo en que han comenzado su vida puedo imaginar cómo se verán el año que viene y en años sucesivos, cuando hayan crecido las matas. En días grises y nublados el efecto resulta asombroso. El próximo otoño pondré un gran lecho de ellas frente a una zona de abetos, en un rincón un poco lúgubre. Mis rosas de té están cubiertas con capullos que no se abrirán al menos hasta dentro de otra semana, de modo que me parece que éste no es el tipo de clima en el que florecen desde comienzos de junio hasta noviembre, como dicen.

11 de julio

No ha caído una gota de lluvia desde la víspera del domingo de Pentecostés, hace cinco semanas, lo cual explica, aunque no completamente, la decepción que he sufrido con mis lechos de flores. El abatido jardinero se volvió loco poco después del domingo de Pentecostés y tuvo que ser enviado a un sanatorio. Le dio por andar por ahí con la pala en una mano y un revólver en la otra, explicando que así se sentía más seguro, y todos lo soportamos con infinita paciencia, como corresponde a seres civilizados que respetan los prejuicios de unos y otros, hasta que un día, cuando le pedí amablemente que atara a la pared una enredadera caída —desde que se compró el revólver mi tono al dirigirme a él se había vuelto de lo más apacible y había dejado de leerle en voz alta—, se volvió, me miró directamente a la cara por vez primera desde que estaba aquí, y dijo:

—¿Me parezco a Graf X —una importante celebridad local— o a un mono?

Después de lo cual no quedó otra solución que internarlo en un sanatorio cuanto antes. No ha sido posible encontrar un jardinero que ocupara su lugar hasta hace poco, cuando por fin he logrado conseguir uno; de manera que entre la sequía, el abandono y la locura del jardinero y mis equivocaciones, el jardín está en condiciones penosas; pero incluso en este triste estado es para mí el lugar máspreciado en el mundo, y todos mis errores tan sólo me animan a seguir determinada a perseverar.

Los largos arriates en donde se encontraban las ruquetas tienen un aspecto horrible. Las ruquetas han florecido y, como cualquier otra ruqueta, se han convertido en tallos desnudos; y no parece que nada vaya a florecer en esos arriates este verano. Las amapolas gigantes que planté en abril, o se han marchitado o se han quedado muy pequeñas, al igual que ha ocurrido con las aguileñas; todo lo que queda son algunos delfinios que se dejan caer a su pesar. Supongo que las amapolas no soportan que se las trasplante, o quizás no se regaron suficientemente al trasplantarlas; de todos modos, mañana mismo voy a sembrar esos arriates con amapolas para el año que viene; estoy determinada a tener amapolas, les guste o no les guste, y no se tocarán, a no ser para aligerarlas un poco cuando estén muy espesas.

Bueno, no sirve de nada afligirse y, después de todo, lo primero que hago es salir afuera y sentarme bajo los árboles y mirar el cielo moteado de nubes, y contemplar los rayos de sol sobre los maizales a lo lejos, sobre la llanura, y todas las pesadumbres desaparecen por sí solas, y entonces me parece imposible estar triste y descontenta cuando todo lo que me rodea es tan radiante y acogedor.

Hoy es domingo y el jardín está tan tranquilo que, aquí sentada en este rincón a la sombra, mientras observo las perezosas sombras alargándose sobre la hierba y escucho los cuervos disputando en las copas de los árboles, me da la impresión de que voy a oír el tañido de las campanas de una iglesia en Inglaterra anunciando el servicio de la tarde. Pero la iglesia está a tres millas, no tiene campanas ni servicio vespertino. Una vez cada quince días vamos al servicio de la mañana, a las once, y nos sentamos en una especie de palco privado con una habitación detrás a la que podemos retirarnos sin ser observados cuando el sermón es demasiado largo o nuestra carne demasiado débil, y oír cómo reza por nosotros

el pastor de la negra sotana. En invierno la iglesia resulta glacialmente fría; no está acondicionada y nos sentamos arrebozados en más pieles de las que llevamos nunca fuera; pero como sería un escándalo que, a pesar del frío que pasa, el rector se pusiera un abrigo de pieles, se pone un montón de abrigos debajo de la sotana y, a medida que avanza el invierno, se va hinchando hasta lograr un tamaño prodigioso. Nos enteramos de que está llegando la primavera por el adelgazamiento de su figura. La congregación se sienta tranquilamente cuando el rector entona una plegaria, y cuando los asistentes comienzan sus monótonos e inacabables cantos corales, él se retira a un pequeño cubículo de madera en el que apenas cabe. No sale de allí hasta que cree que hemos cantado suficiente, y nosotros no nos detenemos hasta que su aparición nos da la señal. Muchas veces se me ha ocurrido pensar lo espantoso que sería si cayera enfermo en su cubículo y nos dejara allí cantando. Estoy segura de que nunca osaría parar de cantar sin la autorización de la Iglesia. Una vez le pregunté qué era lo que hacía allí: me miró sorprendido ante una pregunta tan profana y me respondió con una evasiva.

Si no fuera por el jardín, un domingo alemán sería un día terrible; pero ese día se puede encontrar en el jardín un suspiro de alivio y una paz más profunda, sin nadie rastrillando, o barriendo, o zascandileando; tan sólo las florecillas y el susurro de los árboles.

Últimamente he vuelto a encontrarme muy afligida por las visitas, no visitas de paso de las que una se puede desembarazar tras ofrecerles la obligada taza de té y decir cosas de las que una se arrepiente después, sino gente que se queda en la casa y de la no puedes librarte. He perdido todo el mes de junio de esa manera, un mes radiante de calor y belleza de principio a fin; pero un jardín en donde te encuentras a la gente que has visto en el desayuno y volverás a ver a la hora de la comida y de la cena no es un lugar en donde se pueda ser feliz. Además tenían la habilidad de encontrar mis rincones favoritos y acomodarse en ellos precisamente cuando yo más deseaba descansar allí; y sacaban los libros de la biblioteca, dejándolos abiertos boca arriba en los asientos de la terraza, encontrándomelos por la mañana empapados de rocío, a pesar de que debían de saber muy bien que lo que es alimento para las rosas es veneno para los libros; y me daban a entender que si hubieran tenido que arreglar ellos el jardín ya lo habrían acabado hace tiempo (a pesar de que creo que un jardín no se termina nunca). Gracias a Dios ya se han marchado todas las visitas excepto una, de modo que puedo respirar un poco más tranquila antes de que lleguen las siguientes. Parece que este lugar atrae a la gente, y que se ha puesto de moda quedarse en este rincón apartado del mundo, a juzgar por el perpetuo estado de apacible diversión en el que viven cuando se hallan aquí.

Irais es la única que queda. Es una joven con un rostro bello, refinado, y sus ojos y sus rectas y finas cejas son particularmente adorables. En las comidas mete un pedazo de pan en el cuenco de la sal, le da un mordisco y repite el proceso, a pesar de que la providencia (encarnada en mi persona) ha hecho que aparezcan cucharillas para la sal colocadas estratégicamente a intervalos sobre la mesa. Hoy ha almorzado con cerveza, *Schweinekoteletten* y ensalada de col con semillas de alcaravea, y ahora mismo puedo oírla por la ventana abierta, improvisando conmovedoras melodías con su encantadora voz arrulladora. Es delgada, frágil, inteligente y adorable, todo ello bajo la mencionada dieta. ¿Qué mejor prueba se puede aducir para establecer la superioridad del teutón que el hecho de que después de tales comidas pueda producir una música así? La ensalada de col es una

horrible invención, pero no pongo en duda su utilidad como un medio de promover la admiración; ni tampoco discutiré acerca de ello a la vista de un resultado tan poético, como no discutiría sobre el hecho de que el estiércol dé como resultado las rosas, y por esa razón le sigo poniendo a Irais todos los días la mencionada ensalada para hacerla cantar. Es la cantante más dulce que he oído jamás, y tiene una encantadora habilidad para inventarse canciones una vez comienza. Cuando empieza a cantar yo me voy hasta la ventana y me quedo allí apoyada, contemplando cómo mis pequeñas amigas también escuchan la música en sus arriates, y me siento henchida de una pena y tristeza placenteras. Es una delicia estar triste cuando no se tienen razones para ello.

La niña de abril llegó resollando cuando acababa de escribir esto, con las otras corriendo detrás, y con las mejillas encendidas me hizo admirar tres gatitos recién nacidos, diminutos y con los ojos cerrados, que llevaba en su delantal y que acababa de encontrar sin su madre en la leñera.

—Mira —exclamó sin aliento— ¡qué muchos!

Me alegré de que esta vez se tratara sólo de gatitos, porque aquella misma tarde ya había venido expresamente, como ella misma me informó tras sentarse a mis pies sobre la hierba, para preguntarme sobre el *lieber Gott*, pues era domingo y, según parece, la devota niñera le había dado una charla sobre el cielo y los ángeles.

Será mejor que pasemos por alto sus preguntas sobre el *lieber Gott* y que reconozca que me sentí aliviada cuando empezó a preguntar sobre los ángeles.

—¿Qué ropa se ponen? —preguntó medio en alemán medio en inglés.

—¿Por qué lo preguntas si los has visto en los cuadros? —respondí—. Pues se visten con largas túnicas y con enormes alas blancas.

—¿Plumas? —preguntó.

—Supongo que sí, y con túnicas largas, muy blancas y bonitas.

—¿Son niñitas?

—¿Niñas? Pues... sí.

—¿Y los niños no van al *Himmel*?

—Sí, por supuesto, si se portan bien.

—Y entonces cómo se visten.

—Pues igual que los otros ángeles, supongo.

—¿*Dúnicas*?

Y se puso a reír mirándome de reojo, como si sospechara que estaba bromeando.

—¿Qué mamá tan bromista! —soltó, divertida claramente con aquello. Tiene una risita regordeta que es muy contagiosa.

—Yo creo —dije muy seria— que lo mejor será que te vayas a jugar con tus hermanas.

No respondió y se quedó sentada un momento mirando las nubes. Yo entonces continué escribiendo.

—Mami —dijo ella en ese momento.

—¿Sí?

—¿Dónde consiguen los ángeles sus *dúnicas*?

Yo dudé un instante.

—De *lieber Gott* —respondí.

—¿Hay tiendas en el *Himmel*?

—¿Tiendas? No.

—Entonces ¿de dónde saca *lieber Gott* sus *dúnicas*?

—Venga, vete a jugar como una niña buena; ahora estoy ocupada.

—Pero ayer dijiste que cuando te preguntara sobre *lieber Gott* me hablarías de Él el domingo, y hoy *es* domingo. Cuéntame una historia sobre Él.

No quedaba más que resignarse, de manera que dejé a un lado la pluma con un suspiro.

—Bueno, pero ve a buscar a las otras.

Se fue corriendo y en un momento aparecieron las tres por entre los arbustos, una detrás de otra, y se pusieron todas a intentar trepar a mi rodilla. La niña de abril consiguió la rodilla, como parece conseguirlo todo, y las otras dos se sentaron sobre la hierba.

Comencé con Adán y Eva, con un ojo puesto en las posibles indagaciones futuras del rector. Los ojos de la niña de abril se fueron abriendo más y más y su carita se fue enrojeciendo. Yo estaba sorprendida por el concentrado interés que mostraba en la historia; las otras dos se dedicaban a arrancar briznas de hierba y apenas prestaban atención. Cuando llegué a los ángeles con las espadas flamígeras y anuncié que aquello era todo por el momento, exclamó de repente:

—Ahora te lo cuento *yo*. Era una vez Adán y Eva, que tenían *mucha* ropa, y no había serpiente, y *lieber Gott no estaba* enfadado con ellos, y podían comer *tantas* manzanas como quisieran, y fueron felices y comieron perdices. *¡Ahí tienes!*

Y empezó a saltar arriba y abajo desafiante sobre mi rodilla.

—Pero si la historia no es así —dije yo un poco desesperada.

—¡Sí, sí! ¡Así queda más bonita! Ahora cuéntame otra.

—Pero estas historias son *verdaderas* —dije yo seriamente— y no sirve de nada que te las cuente si después tú vas y te las inventas.

—¡Otra, otra! —rompió a chillar dando saltos con renovada alegría, con todos sus ricitos plateados volando por el aire.

Comencé esta vez con Noé y el diluvio.

—¿Tanto llegó a llover? —preguntó poniendo una cara de tremenda preocupación e interés.

—Sí, todo el día y toda la noche durante semanas y semanas...

—¿Y estaba todo el mundo tan empapado?

—Sí...

—Pero ¿por qué no abrían sus paraguas?

Justo en ese momento divisé a la niñera trayendo la bandeja con el té.

—Otro día te cuento el final —le dije bajándola de mis rodillas con gran alivio—. Ahora vete con Anna y tómate el té.

—No me gusta Anna —observó la niña de junio, que hasta el momento no había abierto la boca—; es una chica estúpida.

Las otras dos se quedaron paralizadas de horror ante aquellas palabras porque, además de ser muy corteses de natural, y de evitar siempre herir los sentimientos de los demás, habían sido educadas para querer y respetar a su afectuosa niñera.

La niña de abril fue la primera en abrir la boca y, levantando el dedo índice señaló a la autora del crimen con justa indignación.

—Una niña así nunca entrará en el *Himmel* —dijo con gran énfasis y con el tono de

quien dicta una sentencia.

15 de septiembre

Éste es el mes de los días tranquilos, de las enredaderas carmesíes y de las zarzamoras; de las dulces tardes del jardín en flor; del té bajo las acacias en lugar de bajo las hayas demasiado frondosas; de la chimenea encendida en la biblioteca en las noches frías. Las niñas salen afuera por la tarde y las zarzamoras salen en los arriates; los tres gatitos, crecidos y gordos, se sientan a limpiarse mutuamente en los soleados escalones de la terraza; el Hombre Airado dispara a las perdices en los lejanos rastrojales; y el verano parece un sueño sin fin. Es difícil creer que en apenas tres meses estaremos otra vez cubiertos de nieve y, sin duda, pasando frío. Hay ciertas sensaciones en este mes que me recuerdan a marzo y los primeros días de abril, cuando la primavera todavía parece vacilante en el umbral y el jardín contiene la respiración expectante. La misma dulzura se aprecia en el aire, y el cielo y la hierba tienen el mismo aspecto que entonces; pero las hojas cuentan una historia diferente, y la hiedra enrojecida de la casa se acerca rápidamente a su encantadora gloria final.

Mis rosas también se han portado bien en conjunto, como cabía esperar, y las que han salido más bonitas han sido las Viscountess Folkestones y las Laurette Mesimys. Estas últimas han acabado siendo el detalle más precioso del jardín, cada flor como un exquisito racimo desordenado de pétalos de un rosa coralino que palidecen en la base, tirando hacia un blanco amarillento. He pedido un centenar de rosas de té comunes para plantarlas el mes que viene, y la mitad de ellas son de la variedad Viscountess Folkestones porque las rosas de té tienen esa forma particular de dejar caer su cabecita que hace que una se tenga que arrodillar para apreciarlas bien en su diminuto tamaño; y no es que no me parezca bien arrodillarse ante una belleza tan perfecta, pero tiene el inconveniente de que una se ensucia el vestido. De manera que voy a plantar rosas de té corrientes a ambos lados del sendero, bajo las ventanas del ala sur, y así tendré las flores a la altura perfecta para ser veneradas. Mi único temor estriba en que en el invierno estarán menos radiantes que las de la variedad enana, ya que les resulta más difícil agruparse. Tal como predije, ha resultado un error colocar las rosas persas amarillas y bicolor entre las rosas de té; tan sólo florecen dos veces en la estación y el resto del tiempo se ven deslustradas y abatidas; y además, las rosas persas amarillas tienen un olor tan extraño que atraen a multitud de insectos que se las comen por dentro. Para sustituirlas he encargado rosas de té Safrano, ya que florecen el mes que viene, y las agruparé en el césped; porque como el semicírculo estará inmediatamente debajo de las ventanas, ocupando así el mejor sitio del jardín, se reservará únicamente para mis tesoros más preciados. He pasado por muchas decepciones, pero tengo la impresión de que ya he comenzado a aprender. La humildad y la perseverancia más paciente parecen ser en jardinería casi tan importantes como la lluvia y el sol, y cada fracaso debe servir como un escalón hacia algo mejor.

La semana pasada tuve un visitante que sabe mucho de jardinería y que ha tenido mucha experiencia práctica. Cuando supe que venía quise abarcar todo el jardín con mis brazos y esconderlo de su vista; pero cuál sería mi dicha y mi sorpresa cuando, tras haberlo recorrido entero, comentó:

—Bueno, por lo que veo ha hecho maravillas.

¡Dios mío, qué orgullosa me sentí! Fue algo tan inesperado y tan sorprendente después de todos los comentarios que había estado oyendo durante el verano. Hubiera abrazado a aquel crítico tan conocedor e indulgente, que más que en los resultados se fijaba en las intenciones, alguien capaz de apreciar las dificultades de todo tipo que se habían interpuesto en mi camino. Después de aquello le abrí mi corazón y escuché con reverencia todo lo que tenía que decir, atesorando con especial cuidado sus amables y animosos consejos, y deseé que se pudiera quedar todo el año para ayudarme en todas las estaciones. Pero se marchó, como sucede siempre con la gente que nos gusta, y él fue el único invitado cuya partida me apenó.

La gente que quiero siempre está en otra parte y no puede venir a verme, mientras que siempre tengo la casa llena de visitantes a los que apenas conozco y que me importan menos todavía. Es posible que si viera con más frecuencia a aquellos a los que quiero de verdad ya no los quisiera tanto; al menos eso es lo que pienso en los días húmedos en que el viento sopla alrededor de la casa y la naturaleza se cubre de pesar; y más de una vez me ha ocurrido que, al partir unos grandes amigos, he deseado no volver a verlos al menos en diez años. Supongo que lo que ocurre es que no hay amistad que resista la prueba del desayuno, y aquí, en el campo, siempre nos parece un deber aparecer a la hora del desayuno. La civilización parece haber acabado con los *papillotes* en el pelo a primera hora de la mañana, y sin embargo, en ese momento el alma de la *Hausfrau* está tan firmemente enrollada en ellos como lo estaban los cabellos de su abuela; y a pesar de que mi cuerpo, educada por unos padres puntuales, se levanta mecánicamente, a mi alma nunca se le ocurre comenzar a despertarse para otra gente hasta la hora de la comida, y nunca lo hace del todo antes de salir afuera y haberse aireado al sol. ¿Quién puede comenzar a practicar esa afabilidad convencional a primera hora de la mañana? Es la hora de los instintos salvajes y de las tendencias naturales; es el triunfo de lo Desagradable y de la Cruz. Estoy convencida de que a las Musas y las Gracias nunca se les ocurrió desayunar en otra parte que no fuera la cama.

10 de noviembre

Anoche la temperatura cayó hasta los doce grados bajo cero, y a primera hora salí afuera para ver cómo habían resistido las rosas de té, y pude contemplar que estaban bien despiertas y felices, cubiertas de escarcha, eso sí, pero no oscurecidas ni marchitas. Incluso aquellas que estaban en arriates a cada lado de los escalones de la terraza se encontraban perfectamente vivas y llenas de capullos, y una en particular, una Bouquet d'Or, era un racimo de capullos y hubiera florecido con la menor palabra de ánimo. Estoy empezando a pensar que la delicadeza de las rosas de té se ha exagerado mucho, y estoy ciertamente encantada de haberme atrevido a probarlas en este rincón al norte del jardín. Pero tampoco debiera aparecer demasiado osada ante la Providencia y por ello he ordenado que las que están en los arriates se lleven al invernadero para pasar el invierno, y espero que la Bouquet d'Or pueda ser inducida a abrir esos capullos en un lugar soleado protegida por el cristal. El invernadero sólo se utiliza como refugio y se mantiene a una temperatura un poco por encima de cero, y se reserva completamente para esas plantas incapaces de soportar la época más fría del invierno. No lo utilizo para plantar porque no me gustan las flores que sólo soportan el jardín tres o cuatro meses y que requieren mimos y paciencia el resto del año. Prefiero un jardín lleno de criaturas fuertes y saludables que puedan soportar la dureza y el frío sin desmayo, sin rendirse y morir. Nunca he creído en la belleza de una constitución delicada, ni en las plantas ni en las mujeres. No hay duda de que a base de calor y constantes mimos se pueden lograr flores maravillosas, pero por cada una podremos conseguir cincuenta aún más bellas que crecerán agradecidas en el saludable aire de Dios y que a cambio nos regalarán una mayor intensidad de color y de aroma.

Hemos estado muy ocupados hasta ahora poniendo en orden los lechos permanentes y plantando las nuevas rosas de té, y a pesar de mis numerosos errores miro más esperanzada que nunca hacia el próximo verano. ¡Ojalá pasaran como una exhalación los años que me traerán mi perfecto jardín! Las rosas persas se han colocado en su nuevo emplazamiento, y su lugar está ahora ocupado por las rosas de té Safrano; todos los lechos de rosas están alfombrados con pensamientos sembrados en julio y trasplantados en octubre, y cada lecho presenta un color distinto. Los de color morado son los más bonitos y van bien con todas las rosas, pero también tengo blancos con las rosas Messimy, y amarillos con las Safrano, y una nueva variedad roja en un amplio lecho central de rosas rojas. Alrededor del semicírculo en el lado sur del pequeño seto de aligustre se han plantado dos hileras de consueltas anuales con todos sus delicados tonos, y justo detrás de las consueltas, en el césped, hay un semicírculo de rosas corrientes de té y rosas de pilar. Frente a la casa, los largos arriates se han llenado de consueltas, anuales y perennes, aguileñas, amapolas gigantes, claveles, lirios de Madonna, alelíos amarillos, malvarrosas, floxes perennes, peonías, lavándulas, estrelladas, acianos, licnis calcedónica y bulbos agrupados allí donde encajaran. Éstos son los arriates que apenas eran utilizados por el otro jardinero. Los arriates de primavera junto a los escalones de la terraza se han llenado de tulipanes rosas, blancos y amarillos. Me gustan los tulipanes más que ninguna otra flor de primavera; son la personificación de la alegría jovialidad y de la gracia más pura, y junto a

un jacinto parecen una saludable jovencita recién bañada al lado de una gruesa señora que a cada movimiento vaya dejando el aire impregnado de pachulí. Su tenue y delicado aroma es el símbolo del refinamiento; y ¿hay en este mundo algo más encantador que esa viveza con la que alzan sus caritas al sol? Se dice que son arrogantes y ostentosos, pero a mí me parecen la encarnación de la gracia más modesta, siempre tan dispuestos a disfrutar de la vida tanto como puedan y sin temer mirar de cara al sol o a cualquier otra cosa más alta que ellos. Sobre el césped hay dos lechos de tulipanes alfombrados con nomeolvides; y por la hierba, en grupos dispersos, narcisos atrompetados y narcisos corrientes. Por los senderos de maleza más silvestre las dedaleras y las candelarias brillarán (espero) majestuosas; y un fresco rincón, protegido por un grupo de hayas, ha sido agraciado con lirios de Madonna, dedaleras blancas y aguileñas. En un claro distante he levantado un pequeño jardín de primavera alrededor de un roble que se alza aislado bajo el sol: grupos de azafrán, narcisos atrompetados, narcisos corrientes, jacintos y tulipanes entre arbustos y árboles tales como *Pirus Malus spectabilis*, floribunda y coronaria; *Prunus Juliana*, Mahaleb, serotina, triloba y Pissardi; *Cydonias* y *Weigelias* de todos los colores, y varias clases de *Crataegus*, entre otras maravillas de mayo. Si el clima lo permite y tenemos lluvias suaves a su debido tiempo, creo que este pequeño rincón quedará precioso, pero, ¡de que «si» tan grande depende eso! La sequía es nuestro gran enemigo, y los dos veranos pasados se compusieron de cinco semanas de calor abrasador y sin nubes que hicieron que las acequias se secaran y que la tierra pareciera de hojaldre caliente. En momentos así, por supuesto, la labor del riego desborda la capacidad de trabajo y las energías de dos hombres; pero como un jardín es un lugar para ser feliz y no un sitio en donde encontrar una docena de ojos curiosos a la vuelta de la esquina, no me gustaría tener más de los dos que tengo o, mejor, uno y medio, ya que el asistente sigue las costumbres de las cigüeñas y en el otoño se vuelve a su Rusia natal, retornando en primavera con los primeros vientos templados. Me gustaría que se quedara durante el invierno ya que, aun entonces, hay muchas cosas que hacer, y lo tanteé al respecto el otro día. Es el ser humano con la apariencia más abyecta que he visto jamás: es cojo y padece de una horrible enfermedad de los ojos; pero es un hombre laborioso y trabaja sin descanso desde que sale el sol hasta el ocaso.

—Te lo ruego, mi buena cigüeña —le dije yo, con palabras alemanas a tal efecto—, ¿por qué no te quedas ya aquí en lugar de irte a casa y malgastar todo lo que has ganado?

—Me quedaría —contestó— pero tengo a mi mujer allí, en Rusia.

—¡A tu mujer! —exclamé yo, absurdamente sorprendida de que la pobre criatura deforme hubiera encontrado a una compañera, como si no hubiera una superabundancia de compañeras en el mundo—. No sabía que estuvieras casado.

—Sí, y tengo dos hijos pequeños, y no sé lo que harían si no volviera a casa. Pero el viaje a Rusia es muy caro; cada vez me cuesta siete marcos.

—¡Siete marcos!

—Sí, es una suma muy grande.

Me pregunté si yo podría llegar a Rusia por siete marcos, suponiendo que me entraran unas ganas locas de ir allí.

Todos los jornaleros que trabajan aquí de marzo a diciembre son rusos o polacos, o una mezcla de ambos. A principios de año mandamos allí a un hombre que habla un poco su lengua para que se traiga tantos como pueda, y llegan todos con sus hatillos, hombres, mujeres y niños y, en cuanto están aquí y se les paga su jornal, desaparecen por la noche si

pueden, a veces cincuenta a la vez, para irse a trabajar individualmente o en parejas para los labradores, que les pagan uno o dos *pfennings* más al día de lo que les pagamos nosotros y además les dejan comer con la familia. De nosotros reciben de un marco y medio a dos marcos al día y todas las patatas que puedan comer. Las mujeres reciben menos, no porque trabajen menos, sino porque son mujeres y no se les debe alentar a que trabajen. El capataz vive con ellos y lleva siempre un revólver cargado en el bolsillo y un perro salvaje pegado a sus talones. Las primeras semanas tras la llegada de los jornaleros los capataces hacen guardia por la noche en las casas en donde se instalan. Supongo que encuentran el trabajo soporífero; lo cierto es que primavera tras primavera ocurre siempre lo mismo, cincuenta de ellos se escapan a pesar de nuestras precauciones y nos quedamos con la boca abierta y habiendo perdido mucho dinero. Esta primavera, por error, llegaron sin sus hatillos, que se habían extraviado por el camino y, como viajan con sus mejores ropas, se negaron en redondo a trabajar hasta que llegara el equipaje. Así se perdió casi una semana esperando, para desesperación de todos.

Igualmente resulta imposible convencerlos de que hagan algo en sus días festivos, y estoy segura de que no ha habido nunca una iglesia con tantas festividades como la Iglesia rusa. En primavera, cuando cada hora resulta de vital importancia, el trabajo se ve interrumpido constantemente por tales festividades, y los trabajadores se echan a dormir al sol todo el día, felices de acatar a un tiempo los deseos de la Iglesia y los suyos: un estado de perfección tan raro como deseable. La razón, abandonada por la Fe, lleva al colmo esa pérdida de tiempo tan precioso, y tengo que confesar que durante los primeros días de calor después del largo invierno helado, cuando es posible comenzar a trabajar la tierra, he llegado a simpatizar con el desaliento del Hombre Airado, confrontado en una misma semana con dos o tres días perdidos en los que nadie trabaja, y he escuchado en silencio sus comentarios sobre los distantes santos rusos.

Supongo que ha sido mi propia carga superflua de civilización la que me hizo compadecerme de esa gente cuando llegué por vez primera a vivir entre ellos. Siempre van agrupados, como un rebaño de animales, y hacen un trabajo de animales; pero a pesar del capataz armado, de la suciedad y los trapos que llevan, y de las comidas a base de patatas acompañadas con un poco de vinagre y de agua, empiezo a creer que pondrían grandes reparos al uso de jabón y estoy segura de que no se cambian de ropa pues al anochecer los oigo volver a casa del trabajo cantando. En su absoluta incapacidad de comprender la idea de un futuro son como niños pequeños o animales; después de todo, si se trabaja todo el día bajo el sol de Dios, cuando llega la noche uno se encuentra agradablemente cansado y no muy inclinado a sacarle faltas a la vida que le ha tocado. Sin embargo, todavía no comprendo cómo pueden ser felices las mujeres. Tienen que trabajar tan duro como los hombres y les pagan menos por lo mismo; tienen que producir descendencia sin poder considerar siquiera época y estación del año, o el momento más propicio para ello; tienen que hacerlo tan rápidamente como puedan para no interrumpir demasiado el trabajo que tengan entre manos; nadie las ayuda, ni les presta atención, ni se preocupa de ellas, y menos que nadie sus maridos. Es bastante corriente verlas trabajar en los campos por la mañana, y ver como se reincorporan al trabajo por la tarde después de haber dado a luz a un niño en el intervalo. Se deja al bebé con una anciana cuya labor consiste en cuidar colectivamente a todos los niños. Cuando expresé mi horror ante el hecho de que las pobres criaturas se pusieran a trabajar inmediatamente después, como si nada hubiera pasado, el Hombre

Airado me informó que no sufren porque nunca llevan corsé, como no los llevaban sus madres ni sus abuelas. Íbamos paseando a caballo y, tras adelantar a unos trabajadores, mi marido se había puesto a hablar con el capataz, cuando una mujer llegó sola y, agarrando una pala, comenzó a cavar. Nos saludó con un gesto alegre mientras hacía una reverencia, y el capataz comentó que hacía un rato había vuelto a la casa para alumbrar a un niño.

—¡Pobre, *pobre* mujer! —exclamé yo mientras proseguíamos nuestro paseo, sintiéndome, por alguna oculta razón, furiosa, con el Hombre Airado—. Y a su miserable marido no le importa un comino, y lo más probable es que le pegue una paliza al llegar a casa por no tener la sopa lista. ¡Qué estupidez es esa de hablar de la igualdad de los sexos cuando las mujeres son las que dan a luz a los hijos!

—Pues yo creo que tiene mucho sentido, querida —replicó el Hombre Airado con una sonrisa de condescendencia—. Acabas de tocar el punto clave del asunto. La Naturaleza, al imponer un deber tan agradable a la mujer, la hace más débil y la incapacita para competir seriamente con el hombre. ¿Cómo puede una persona que pierde un año tras otro de la mejor época de su vida competir con un joven que nunca se ve obligado a perder el tiempo? Él cuenta con la fuerza bruta y su puño siempre tiene la última palabra.

Yo no dije nada. Era una tarde gris y nublada de principios de noviembre y las hojas caían lenta y silenciosamente a los pies de nuestros caballos mientras nos encaminábamos a Hirschwald.

—Es una costumbre generalizada —continuó diciendo el Hombre Airado— entre los rusos, y creo que también entre las clases bajas de todo el mundo, y ciertamente recomendable con miras a simplificar las cosas, silenciar las objeciones y aspiraciones de una mujer derribándola de un puñetazo. He oído decir que tal acción, aparentemente brutal, no tiene en absoluto el efecto enloquecedor que alguien criado con ternura puede suponer y que, por el contrario, la mujer que lo padece se tranquiliza y queda satisfecha con una rapidez y entereza que parece imposible lograr mediante otros medios más refinados. ¿Acaso crees —continuó, arrancando la ramita de un árbol con la fusta al pasar— que el esposo que se dedica a argumentar con los vivos deseos de su caótica esposa consigue alguna vez los resultados a los que aspira? Puede que siga batallando hasta quedar exhausto, pero nunca podrá apartarla ni un ápice de su error; mientras su hermano, con su abrigo desarrapado, ha acabado con todo el asunto en menos que canta un gallo. No hay duda de que esa pobre mujer consigue realizar su vocación mucho más satisfactoriamente que las mujeres de nuestra clase y, como la verdadera felicidad consiste en encontrar rápidamente la vocación propia y seguirla todos los días de la vida, considero que son más dignas de envidia que de otra cosa, porque desde niñas aprenden, ante la imposibilidad de discutir con los músculos maritales, la impotencia de los empeños de la mujer y las alegrías de la complacencia.

—Te ruego que continúes —dije educadamente.

—Estas mujeres aceptan las palizas con una naturalidad digna de todo elogio y, lejos de considerarse insultadas, admiran la fuerza y la energía del hombre que puede administrar réplicas tan contundentes. En Rusia no se trata únicamente de que un hombre *pueda* golpear a su mujer, ya que es algo establecido en el catecismo y que se enseña a los niños a la hora de su confirmación como una costumbre necesaria al menos una vez a la semana, haya hecho ella algo para merecerlo o no, en razón del bienestar y la felicidad de todos.

Me pareció observar en el Hombre Airado una perversa satisfacción cuando hablaba de tales castigos.

—Por favor, querido —le dije señalando con mi fusta— mira la naciente luna espiándonos inocentemente entre la bruma por detrás de aquel abedul plateado y no hables tanto de las mujeres y de cosas que no sabes. ¿De qué te sirve preocuparte por puños, fustas y músculos y todas esas horribles cosas que se han inventado para confundir a las mujeres revoltosas? Tú sabes bien que eres un marido civilizado, y un marido civilizado es una criatura que ha dejado de ser un hombre.

—¿Y una mujer civilizada? —preguntó acercando su caballo a mi lado y rodeando con su brazo mi cintura—, ¿ha dejado de ser una mujer?

—Yo diría también que sí; es una diosa y nunca será suficientemente adorada y reverenciada como se merece.

—Me parece —dijo él— que la conversación está tomando un sesgo personal.

Comencé un trote por aquel prado de hierba corta y primaveral. En noches como esa el Hirschwald parece un lugar encantado, cuando la bruma está baja sobre la hierba y por encima destacan las delicadas ramas desnudas de los abedules plateados, y la lejana luna observa apaciblemente desde arriba el húmedo mundo de noviembre. Allí donde los árboles se espesan hasta formar un bosque, la fragancia de la tierra húmeda y de las hojas podridas, despertada por las pisadas de los cascos de los caballos me llena el alma de dicha. Amo especialmente ese olor por traerme toda la benevolencia de la Naturaleza que convierte la muerte y la decadencia, tan dignas de compasión, en medios de vida y gloria renovadas, y por despedir esos dulces aromas en el proceso.

7 de diciembre

He estado en Inglaterra. Me fui con la intención de pasar al menos un mes pero me quedé una semana entre la niebla y fui devuelta a casa con un vendaval. Dos veces conseguí escabullirme entre la niebla hasta la campiña para ver a amigos que tienen jardines, pero estaba lloviendo y, a excepción de los preciosos céspedes (que no se consiguen aquí) y de las infinitas posibilidades, no encontré nada de interés por la sencilla razón de que es imposible interesarse en jardines debajo de un paraguas. De manera que volví a las nieblas y, tras pasar unos días más andando a tientas, empecé a añorar extrañamente Alemania. Una terrible tempestad se levantó nada más comenzar el viaje de vuelta, plagado de horrores tanto por mar como por tierra, ya que la calefacción de los trenes alemanes es tan extremada, esos chorros de aire caliente que salen por debajo de unos asientos que arden y que impiden que el viajero, abrasado de calor, pueda sentarse quieto.

Pero cuando llegué a casa y salí del tren a la más pura y brillante atmósfera nevada, con aquel aire tan estático que parecía que el mundo entero estuviera escuchando, con el cielo sin nubes y la nieve escarchada brillando a mis pies y en los árboles, y ante aquella alegre fila de tres resplandecientes niñas que me esperaban, me consolé de todos mis tormentos, recordándolos apenas para preguntarme cómo se me había ocurrido marcharme.

Cada una de las niñas sostenía un gatito en una mano y un elegante ramo de briznas de pino y hierba en la otra y, con la debida presentación de los ramos y la lucha de los gatitos por soltarse, los besos y abrazos se vieron grandemente entorpecidos. Gatitos, ramos y niñas se apretujaron todos en el trineo y así partimos de la estación, entre el sonido de los cascabeles y las voces de alegría.

—*Directamente tu llegar a casa comienza la diversión* —dijo la niña de mayo, sentada junto a mí.

—¡Cómo *ronronea* la nieve! —exclamó la niña de abril ante el sonido que hacían los caballos aplastándola con los cascos.

—El Rey del Amor es mi pastor —comenzó a cantar en voz alta la niña de junio mientras mecía a su gatito por la cola para seguir el ritmo.

La casa, medio enterrada en la nieve, parecía la morada misma de la paz; y yo fui recorriendo nerviosa todas las habitaciones para volver a tomar posesión de ellas, sintiendo como si hubiese faltado toda una vida. Cuando llegué a la biblioteca me detuve: ¡ah, mi querida habitación, cuántos momentos inolvidables he pasado allí buscando entre libros, haciendo planes para mi jardín, construyendo castillos en el aire, escribiendo, soñando, no haciendo nada! Un gran fuego de turba llameaba en la chimenea, y la vieja ama de llaves había puesto jarrones con flores por todas partes, como la mesa del escritorio, en la que un gran ramo de violetas perfumaba la habitación.

—Oh, ¡qué maravilla estar en casa otra vez! —suspiré con satisfacción. Las niñas se agarraban a mis piernas con sus caritas alzadas, mirándome con ojos llenos de amor. Fuera la deslumbrante nieve y el sol, dentro la habitación resplandeciente y las caras felices. Pensé en aquellas nieblas amarillas y me dieron escalofríos.

El Hombre Airado no hace uso de la biblioteca; es el terreno neutral en donde nos encontramos todas las noches durante una hora antes de que desaparezca en sus aposentos: una serie de cuartos privados llenos de humo situados en el ala sudeste de la casa. Me temo que resulta demasiado alegre para ser una biblioteca ideal; y su colorido, blanco y amarillo, es tan festivo que puede llegar a resultar frívolo. Las paredes están cubiertas por estanterías blancas y hay una gran chimenea y cuatro ventanas que dan plenamente al sur y que se abren al rincón máspreciado de mi jardín, el recodo junto al reloj de sol; así que, a pesar de los volúmenes que llenan los anaqueles, con tanto colorido, con la enorme chimenea y el tremendo torrente de luz tiene poco de ese aire de sobriedad que se espera en un lugar así. Es más, la verdad es que no me sorprendería si un día saltaran de donde están y, recogiendo sus hojas como faldas, se pusieran a bailar.

Contando con una habitación así en donde pasar los días, puedo dedicarme, sin perder la calma, a esperar que todo se cubra de nieve por el tiempo que la Providencia estime necesario; y salir al jardín cuando está nevado es como sumergirse en un baño de pureza. El aire que se respira al abrir la puerta es de una pureza tan inefable que me deja sin aliento, y entonces me siento como una mancha negra y pecaminosa entre aquel paisaje immaculado. Ayer pasé toda la tarde sentada junto al reloj de sol con el termómetro a tantos grados bajo cero que tardará un tiempo en poder volver a subir; pero no hacía viento y lucía un sol radiante, y yo estaba bien envuelta en pieles. Hasta hice que me trajeran el té aquí fuera para asombro de los sirvientes, y me quedé sentada hasta después de la caída del sol disfrutando del aire helado. Me tuve que tomar el té a toda prisa pues se enfriaba rápidamente. Cuando el sol se puso los grajos volvieron a sus nidos en el jardín con gran fanfarria y revoloteos, y muchas vueltas y disputas antes de acomodarse en sus respectivos árboles. Volaban sobre mi cabeza a centenares con un sonoro silbido de alas y, cuando por fin se hubieron asentado con comodidad, un intenso silencio se abatió sobre el jardín y la casa se empezó a parecer a una tarjeta de Navidad, con su techo blanco contra el fondo verde claro del cielo de poniente y las luces resplandeciendo en las ventanas.

Había estado leyendo la *Vida de Lutero* que me había prestado nuestro rector. Un día apareció con el libro y me pidió que lo leyera, pues había descubierto que mi interés por Lutero no era tan vivo como debiera; así que me lo llevé al jardín, pues hasta el más aburrido de los libros adquiere cierta gracia redentora si es leído al aire libre, como ocurre con el pan y la mantequilla, que no tienen ningún encanto en el salón y que se convierten en ambrosía cuando se comen bajo un árbol. Estuve leyendo Lutero toda la tarde, con refrescantes pausas en las que contemplaba el jardín y el cielo, y mucha gratitud en mi corazón. Sus luchas con los demonios me dejaron sorprendida; y me pregunté si un día como el que estaba disfrutando, lleno de gracia y de indulgencia, nunca le impresionó de manera que aplacara su enojo incluso hacia los demonios. Al parecer nunca se permitió a sí mismo llegar a ser feliz. Era un hombre maravilloso, pero me alegre de no haber sido su esposa.

Nuestro rector es una persona interesante y parece incansable en sus esfuerzos por mejorarse a sí mismo. Tanto él como su mujer se dedican a estudiar siempre que tienen un momento libre, y de ella se cuenta que cuando está haciendo un budín lo va removiendo con una mano mientras con la otra sostiene una gramática latina que, por supuesto, absorbe la mayor parte de su atención. Para la mayoría de las *Hausfraus* alemanas, las cenas y los budines son de importancia capital, y se enorgullecen de tener las habitaciones de sus casas

que están a la vista en un permanente estado de inmaculada limpieza, y tal cosa es digna de elogio; pero yo preguntaría humildemente, ¿no hay cosas más importantes? ¿No es mejor una vida sencilla y un pensamiento elevado que lo contrario? Y el perfeccionismo a la hora de preparar la cena y quitar el polvo ¿no roba una enorme cantidad de tiempo precioso?; ante lo cual tengo que confesar avergonzada que mis simpatías están con el budín y la gramática. No puede ser justo convertirse en esclava de los dioses domésticos, y yo afirmo que si algún día los muebles requieren que se les quite el polvo cuando yo esté haciendo otra cosa, y no encuentro a nadie que pueda desempolvarlos por mí, los arrojaré a la hoguera más cercana, me sentaré más feliz que unas pascuas a calentarme los pies junto a las llamas y venderé triunfante los plumeros para el polvo al primer buhonero que fuera tan infeliz de comprarlos. Las esposas de los rectores tienen que hacer las tareas de la casa y cocinar ellas mismas, y no sólo son amas de casa y cocineras, ya que si tienen hijos —y siempre tienen hijos— también son nodrizas y niñeras; y además de tales menudencias también se ocupan de las frutas y vegetales de su jardín y, por supuesto, del gallinero. Siendo así, ¿no resulta conmovedor encontrarse a una de ellas luchando valerosamente por aprender idiomas y cuidando al mismo tiempo de su marido? Si yo fuera tal marido, preferiría mil veces el dulce sabor de los budines servidos con salsa de latín. Ambos son de una devoción austera y siempre están esforzándose por practicar lo que predicán; lo cual, como todos sabemos, es la cosa más difícil del mundo. Él trabaja en la parroquia con la más noble de las devociones y nunca pierde el ánimo, a pesar de que sus esfuerzos hayan sido recompensados en ocasiones con desagradables libelos pegados en las esquinas, pasados bajo las puertas o incluso clavados en la valla de su propio jardín. El campesino de por aquí es de creencias del pasado, bajas y animales, y un rector intelectual y con sensibilidad entre ellos es como darle margaritas a los cerdos. Durante años ha continuado su labor sin desánimo, henchido de la más viva fe, esperanza y caridad, y a veces me pregunto si los parroquianos están ahora mejor que con su predecesor, un hombre que se pasaba del lunes al sábado por la noche bebiendo y fumando, que nunca pegó golpe y que a menudo hacía que los escasos fieles que asistían a los servicios se quedaran esperando los domingos por la tarde mientras él terminaba su siesta de sobremesa. Ya es bastante desalentador ver cómo la mayoría de los hombres se rinden y abandonan la congregación para ir al cielo, o no, según el caso; pero él no parece desanimarse y sigue sacrificando los mejores años de su vida para esa gente cuando todos sus gustos tienden a lo literario y sus inclinaciones hacia la vida de estudiante. Sus convicciones lo sacan de su pequeña casa a cualquier hora para asistir a los enfermos y amonestar a los malvados; no le dan descanso y nunca se lo agradecen lo suficiente; y cuando llega cansado a su hogar después de un día de batallar con las almas de sus parroquianos, se tiene que confrontar con insultos clavados en su propia puerta. Él nunca habla de tales cosas, pero ¿cómo no nos vamos a enterar? Aquí todo el mundo sabe todo lo que ha pasado antes de que se ponga el sol, y por lo visto despierta mayor interés lo que tenemos para cenar que el más increíble terremoto político. El rector y su esposa disfrutaban de una bonita y espaciosa casita de campo y un buen pedazo del terreno adyacente a la iglesia. Su predecesor solía poner la ropa a secar sobre las tumbas, pero como se trataba de una persona que había perdido cualquier sentido de la decencia, finalmente tuvo que ser destituido; en su agresivo sermón de despedida se dedicó a insultar al Hombre Airado, quien, sentado en su palco se deleitó con cada palabra, disfrutando enormemente del momento. El Hombre Airado disfrutaba con las novedades, y nunca antes se

había oído tal sermón por aquí. Hasta hoy se sigue hablando de ello en el pueblo con el aliento entrecortado y tremenda alegría.

22 de diciembre

Hasta ahora hemos disfrutado de un invierno delicioso. Cielos despejados, escarcha, vientos moderados y, con excepción de algún día de frío intenso, muy pocos días verdaderamente fríos. Mis ventanas se ven alegres con los jacintos y lirios del valle; y aunque, como ya he dicho, no me entusiasma el olor de los jacintos en primavera cuando parecen estar necesitados de juventud y castidad alrededor de las otras flores, ahora me encuentro feliz de poder enterrar la nariz en su intensa dulzura. En diciembre una no se puede permitir ser demasiado exigente; además, en invierno siempre se es menos exigente con todas las cosas. El aire cortante vigoriza el cuerpo y el alma, robusteciéndolos, y la comida y los perfumes que no nos gustan en verano se reciben entonces con los brazos abiertos.

Ahora estoy muy ocupada preparando la Navidad, pero a menudo me encierro en una habitación del piso de arriba, abandonando mis deberes inacabados, para estudiar catálogos de flores y hacer mis listas de semillas y arbustos y árboles para la primavera. Es una tarea fascinante que adquiere un encanto adicional cuando sabes que deberías estar haciendo otra cosa, que la Navidad está a la vuelta de la esquina, que el placer de los niños y los sirvientes y los jornaleros de la granja depende de ti y que, si no me ocupo de la decoración de los árboles y de la casa o no voy a comprar los regalos, nadie lo hará. Las horas se me pasan volando cuando estoy encerrada con esos catálogos mientras el Deber está refunfuñando detrás de la puerta. No me gusta el Deber: todo aquello que tenga algo de desagradable es seguro que se trata de un deber que una debe cumplir. ¿Por qué no iba a poder ser mi deber planificar mi querido jardín?

—Pues *sí* que lo es —insistí yo cuando el Hombre Airado me acusó de lo que él consideraba una pérdida de tiempo.

—No —replicó él con sensatez—. Tu jardín no es tu Deber; es tu Placer.

¡Qué tranquilidad me da tener a mi disposición tales pozos de sabiduría! Cualquiera puede tener un marido, pero a algunas nos es dado tener un sabio, y la combinación de ambos es tan rara como útil. La verdad es que la única cosa que he encontrado que puede competir en utilidad es un sofá que ha comprado mi vecina como regalo sorpresa de Navidad para su marido y que me mostró la última vez que le hice una visita: un invento maravilloso, como ella misma me explicó, que combina el armazón de una cama, un sofá y una cómoda de cajones en donde se guarda la ropa, y encima de todo ello se sienta una, y si alguien llama a la puerta en mitad de la noche cuando una está utilizando el salón como dormitorio sólo tienes que meter la ropa de cama en los cajones para que te encuentren sentada en tu sofá y que parezca, a ojos de cualquiera, que has estado todo el tiempo esperando a las visitas.

—Dígame si lleva pijama —le pregunté.

Pero ella no tenía ni idea de lo que era un pijama.

Me lleva mucho tiempo elaborar mis listas de primavera. Quiero tener un arriate todo amarillo, con todos los tonos del amarillo, desde el naranja más vivo hasta casi el blanco, y la cantidad de trabajo y de estudio que me cuesta sólo podría ser apreciado por

una principiante como yo. He pasado semanas planeándolo y todavía no veo cerca el final. Quiero que sea una sucesión de esplendores desde mayo hasta las heladas, y el detalle principal va a ser el número de «ardientes caléndulas», flores que adoro tiernamente, y capuchinas. Las capuchinas tienen que ser de todos los tipos y tonos, y tienen que trepar y crecer en matas, y exhibir sus preciosas flores y hojas para que resalten. También habrán eschscholtzias, dalias, girasoles, zinias, escabiosas, verdolagas, violetas amarillas, alhelios amarillos, guisantes amarillos, altramuces amarillos; en suma, todo lo que sea amarillo o que tenga una variedad amarilla. El lugar que he escogido para todas ellas es un arriate largo y ancho en un rincón soleado al pie de una ladera de césped coronada con lilas y pinos que da al sudeste. Se cruza un pequeño bosque de pinos y, girando en un recodo, se encuentra de repente este pedazo de gloria matinal encapsulada. Quiero que su resplandor resulte cegador tras el oscuro y húmedo sendero que cruza el bosque.

Ésa es la idea. Cuando pienso en la probable diferencia que habrá entre la idea y el resultado final, me sumo en la depresión. Soy una ignorante y, según me parece, el jardinero lo es más; hace poco se dedicó a forzar la maduración de los tulipanes y todos se marchitaron y murieron, y él dice que no comprende cómo puede haber ocurrido. Además está enamorado de la cocinera y se van a casar después de Navidad, con lo cual rehúye participar en mis planes con el entusiasmo que me gustaría, dedicándose en cambio a pasar el tiempo sentado con la mirada perdida cortando leña de la mañana a la noche para mantener bien abastecido el fuego de la cocina de su amada. No entiendo cómo alguien puede preferir cocineras a caléndulas; esas futuras caléndulas, casi incorpóreas, cuyas semillas están aún durmientes en el almacén de semillas, y que han brillado en mis días de invierno como lámparas doradas.

Desearía con todo mi corazón ser un hombre, pues lo primero que haría sería conseguir una pala y salir al jardín, y entonces podría tener el placer de trabajar para mis flores con mis propias manos sin tener que perder el tiempo explicándole a alguien lo que quiero hacer. Resulta aburrido pasarse el día dando órdenes y tratar de describir las resplandecientes visiones que una tiene en la cabeza a alguien que carece de cabeza y cuya idea de un lecho amarillo son calceolarias bordeadas de azul.

He tenido cuidado en escoger mis plantas amarillas entre aquellas más humildes que se conforman con poco y son agradecidas, ya que mi tierra no es de ningún modo lo que debería ser, y para la mayoría de las plantas el clima resulta difícil. Me siento profundamente agradecida a cualquier flor que sea resistente y que tenga suficiente voluntad como para florecer aquí. A los pensamientos, como a los guisantes, parece gustarles el lugar; a los claveles no les gusta demasiado, pues tras muchos esfuerzos apenas dieron flores el verano pasado. Casi todas las rosas fueron un éxito a pesar del suelo arenoso, a excepción de la rosa de Adán que, cuando se había cubierto de capullos a punto de florecer, se pusieron marrones y se murieron, y tres rosas corrientes Dr. Grill que estaban en hilera y simplemente se marchitaron. Yo había puesto mucha ilusión en las rosas Dr. Grill ya que la descripción que se hacía de ellas en los catálogos resultaba fascinante, y sin duda merecía la humillación que me depararon. «Nunca os ilusionéis por nada, queridas mías», sería el consejo que les daría a mis tres niñas cuando les llegue el momento de asistir a fiestas, «y si lo hacéis, no lo demostréis nunca. Si sois volcanes por naturaleza, no dejéis que vean sino los rescoldos. No os mostréis encantadas ni interesadas y, sobre todo, no os mostréis ansiosas. La calmada indiferencia debería estar marcada en los rasgos de vuestros

rostros. No demostréis nunca que os gusta una persona o una cosa. Mostraos distantes, lánguidas y reservadas. Y si no hacéis como os dice vuestra madre y os dedicáis en cambio a ser efusivas, fogosas y jóvenes idiotas, entonces os tocará experimentar la humillación. Si seguís los consejos de vuestra madre, os casaréis con príncipes y viviréis felices el resto de vuestra vida».

La rosa Dr. Grill debe de ser una variedad alemana. En esta parte del mundo, cuanto más contenta se muestre una de ver a alguien, menos contenta estará esa persona de verla a una; de lo cual se deduce que, si eres desagradable, puedes ver cómo se acrecienta visiblemente su amabilidad y cómo su expresión se va expandiendo en amplia cordialidad cuanto más estirada y antipática seas. Pero la verdad es que no estaba preparada para comprobar tal cosa en una rosa y quedé muy decepcionada con la Dr. Grill. Tenía el mejor rincón del jardín —caliente, soleado y protegido— y su hoyo se preparó con el mayor esmero; se le proporcionó la más delicada mezcla de estiércol, arcilla y abono; se regó con asiduidad incluso en la peor época de sequía, cuando otras flores más voluntariosas no recibieron nada; y aun así se negó a hacer nada excepto ponerse negra y arrugarse. No murió, pero tampoco vivió: tan sólo existió; y al final del verano ninguna de ellas tenía un brote ni una hoja más de las que tenían cuando fueron plantadas en abril. Habría sido mejor si hubiera muerto enseguida pues así habría sabido a qué atenerme; pero tal como están las cosas, ahí sigue todavía, ocupando el mejor sitio, envuelta cuidadosamente para el invierno, excluyendo a rosas más agradecidas y probablemente albergando las mismas intenciones para el próximo año. Bueno, los ensayos forman parte de la humanidad, y los jardineros tienen su cuota y, en todo caso, es mejor ser juzgada por plantas que por personas ya que con las plantas siempre se sabe que es una quien se equivoca, y con las personas siempre resulta al contrario, y ¿quién hay entre nosotros que no haya sentido las punzadas de la inocencia herida y experimentado el dolor que causa?

Ahora hay dos visitas acompañándome, aunque no me parece haber hecho nada para provocar tal castigo y he estado esperando la llegada de una íntima Navidad feliz a solas con el Hombre Airado y las niñas. El destino parece haber decretado otra cosa. Con cierta regularidad, siempre que hago planes para algo, el Destino se cruza en mi camino y dispone otra cosa distinta; no entiendo por qué pero así sucede. Yo ni siquiera había invitado a estas buenas señoras que, como la grandeza sobre el modesto, me fueron impuestas. Una es Irais, la dulce cantante del verano, a quien amo como se merece, y a quien pensaba haber visto lo suficiente por un año cuando me escribió de repente preguntándome si no me importaría que pasara las Navidades entre nosotros ya que su marido estaba indispuerto y cuando está así no lo puede soportar. Tampoco a mí me gustan los maridos enfermos, de manera que, por simpatía, le rogué que viniera y aquí la tenemos. Y la otra es Minora.

Todavía no entiendo por qué tengo que recibir a Minora cuando ni siquiera había oído hablar de ella hace dos semanas. Entonces, al llegar una mañana tan contenta para desayunar —era el primer día después de mi regreso de Inglaterra— me encontré con una carta de una amiga inglesa, que hasta entonces había sido absolutamente anodina, pidiéndome que conociera a Minora. Leí en alto la carta para que se enterara el Hombre Airado, quien estaba comiendo *spickgangs*, un manjar muy apreciado por estas partes.

«Hazlo, mi querida Elizabeth», me escribía mi amiga, préstale atención a la pobrecita. Está estudiando en Dresde y no tiene literalmente adonde ir por Navidad. Es muy

ambiciosa y muy trabajadora...»

—Entonces —me interrumpió el Hombre Airado—, eso significa que no es bonita. Sólo las mujeres feas trabajan duro.

«...y es muy inteligente...»

—No me gustan las chicas inteligentes, son tan estúpidas —volvió a interrumpirme el Hombre Airado.

«...y a menos que una amable criatura como tú se apiade de ella va a estar muy sola.»

—Pues deja que esté sola.

—Su madre es mi mejor amiga y estará muy preocupada pensando que su hija va a estar sola en un país extranjero en estas fechas.

—A mí me traen sin cuidado las preocupaciones de su madre.

—¡Válgame Dios —exclamé cansada de todo aquello—, lo siento pero voy a tener que pedirle que venga!

«Si no te importara», continuaba la carta, «hacer de buena samaritana, querida Elizabeth, estoy segura de que encontrarás en Minora una compañía brillante e inteligente...»

—¿Minora? —preguntó el Hombre Airado.

La niña de abril, que tiene a una institutriz del tipo más entusiasta que imaginar se pueda pegada a ella todo el día desde hace seis semanas, me miró levantando la vista de su pan con leche.

—Suenan como islas —señaló pensativa.

La institutriz se atragantó.

—Mayora, Minora, Alderney y Sark —puntualizó su pupila.

Yo la miré con seriedad.

—Si no tienes cuidado, abril —dije yo—, cuando crezcas serás un genio y harás desgraciados a tus padres.

Miss Jonnes puso cara de no gustarle los alemanes. Me temo que nos desprecia porque piensa que somos extranjeros, una actitud bastante británica y que dice mucho de ella; pero, por otro lado, también nosotros la vemos a *ella* como una extranjera, lo que, por supuesto, complica las cosas.

—¿Por qué tendría yo que recibir a esta chica tan extraña? —pregunté yo sin dirigirme a nadie y sin esperar respuesta alguna.

—No tienes por qué recibirla —dijo el Hombre Airado sin perder la compostura—, pero lo harás. Hoy mismo vas a escribirle y la vas a invitar cordialmente, y cuando haya pasado aquí veinticuatro horas te pelearás con ella. Te conozco, querida.

—¡Pelearme! ¿Yo? ¿Con una estudiante de arte?

Miss Jones bajó la mirada. Siempre está anticipando una escena y siempre está preparada para caer sobre nosotros con refuerzos de discreción y tacto y buen gusto, y cuando le parece que estamos discutiendo de manera impropia —algo que ni siquiera a nosotros se nos pasaría por la cabeza— lo hace saber por el modo en que baja los ojos. En esos momentos me armaría de valor y le diría que se marchara, pues además de tal exceso de discreción en la conducta es, aun siendo únicamente una niñera, demasiado entusiasta y está siempre dando lecciones y nunca jugando; pero desgraciadamente la niña de abril la adora y dice que nunca hubo antes una niñera tan bonita. Cada día me viene con noticias

sobre su maravilloso guardarropa y descripciones detalladas de sus sombrillas y sombreros; y miss Jones se muestra ofendida y frunce los labios. Al igual que la mayoría de las institutrices tiene un pequeño lunar sobre el labio superior, y un día la niña de abril apareció a cenar con su propio lunar pintado en fiel imitación, conseguido tras mucho trabajo con la ayuda de un lápiz y un amor desmesurado. Miss Jones la castigó en un rincón por impertinente. Me pregunto por qué las institutrices serán tan antipáticas. El Hombre Airado dice que es porque no están casadas. Sin aventurarme a diferir por completo de la voz de la experiencia, yo añadiría que la tensión de tener que estar continuamente dando ejemplo debe de ser bastante grande. Es más fácil, y a menudo más agradable, ser una amenaza antes que un ejemplo, y las institutrices no son sino mujeres, y las mujeres somos a veces un poco alocadas, y debe de ser muy desagradable tener que ser sensata cuando quieres ser alocada.

Minora e Irais llegaron ayer juntas; o mejor dicho, cuando llegó el carruaje se bajó Irais sola y me informó que había una extraña chica siguiéndola en bicicleta. Mandé el carruaje para recogerla, pues estaba oscureciendo y las carreteras son terribles.

—Pero ¿cómo se te ocurre recibir a chicas tan raras? —preguntó Irais bastante quisquillosa mientras se quitaba el sombrero en la biblioteca frente a la chimenea encendida, y sintiéndose demasiado como en su casa—. No me gustan. Me parece que son peores que los maridos indispuestos. ¿Quién es? Ha venido en bicicleta desde la estación, y estoy segura de que es la primera mujer que ha hecho una cosa así. Los niños le tiraban piedras.

—Oh, querida, eso es sólo una muestra de la ignorancia de los niños. No te preocupes por ella. Vamos a tomar el té en paz antes de que llegue.

—Pero si estaríamos mucho mejor sin ella —refunfuñó—. ¿No lo pasamos bien este verano tú y yo solas, Elizabeth?

—Sí, sí que lo pasamos bien —le respondí gustosamente rodeándola con mis brazos. La llama de mi afecto por Irais arde muy rápido el día de su llegada; además, y en previsión de sus pecados con los saleros, he ordenado prudentemente que el servicio pasara la sal como si se tratara de un plato de vegetales. Terminamos el té y ella se marchó a su habitación a vestirse antes de que apareciera Minora con su bicicleta. Yo fui corriendo a recibirla, compadeciéndome de ella por acabar en un círculo de extraños en una época tan familiar como la Navidad. Pero no parecía muy tímida; por el contrario, era menos tímida que yo pues se quedó en el recibidor dando órdenes a los criados sobre cómo limpiar la nieve de las ruedas de su bicicleta antes de prestar atención a mis palabras de bienvenida.

—No podía hacer que tu hombre me entendiera en la estación —dijo finalmente cuando se quitó de la cabeza lo de su bicicleta—. Le pregunté a qué distancia estaba la casa y cómo estaban las carreteras y se quedó sonriéndome. ¿Es alemán? Pues claro que lo es; no es raro que no me entendiera. Usted habla muy bien inglés, pero que muy bien, ¿sabe?

Por entonces habíamos llegado a la biblioteca y ella estaba sentada en la alfombra frente a la chimenea calentándose la espalda mientras yo servía el té.

—Qué habitación tan pintoresca —comentó mirando a su alrededor—, y el recibidor también es de lo más curioso. Es muy vieja, ¿no? Por aquí hay mucha materia prima.

El Hombre Airado, que se había quedado en el recibidor desde su llegada y nos había seguido a la biblioteca, empezó a mirar alrededor de la alfombra.

—¿Materia prima? —preguntó—. ¿Dónde hay materia prima?

—Oh, no se preocupe, quiero decir material para un libro. Es sólo que tomo nota de lo que me llama la atención en su país y cuando tenga tiempo lo pondré en forma de libro. —Hablaba en voz alta, como hacen siempre los ingleses cuando están con extranjeros.

—Querida —dije sin aliento a Irais cuando llegué por fin a su habitación y, tras cerciorarme de que Minora se encontraba en la suya, pude cerrar la puerta tras de mí—, ¿qué me dices? ¡Escribe libros!

—¿Cómo? ¿La chica de la bicicleta?

—Sí, Minora. ¡Imagínate!

Nos quedamos mirándonos la una a la otra con cara de estupefacción.

—¡Que horror! —murmuró Irais—. Nunca me he encontrado antes con una jovencita que hiciera eso.

—Dice que este sitio está lleno de materia prima.

—¿Lleno de qué?

—Con eso es con lo que se hacen libros.

—Oh, querida, ¡esto es peor de lo que me imaginaba! Una chica rara puede ser un aburrimiento entre buenos amigos, pero generalmente una puede soportarlo. Pero una chica que escribe libros..., ¡pues eso no es muy respetable! Y además a ese tipo de gente no se le pueden parar los pies; no se dan por aludidos.

—Bueno, ¡pero lo intentaremos! —exclamé yo con tal entusiasmo que ambas nos pusimos a reír.

El recibidor y la biblioteca fueron las habitaciones que más impresionaron a Minora. Después de la cena se quedó tanto tiempo en el recibidor, con el frío que hace allí, que el Hombre Airado se tuvo que poner su abrigo de piel para lanzarle una indirecta. Sus indirectas siempre son muy sutiles.

Quería oír la historia completa de la capilla y de las monjas y de Gustavo Adolfo, y sacando una gruesa libreta se puso a tomar nota de todo lo que yo decía. Enseguida me quedé en silencio.

—¿Y bien? —dijo ella.

—Eso es todo.

—Oh, pero si acaba de empezar.

—Pues ahí se acaba todo. ¿No se viene a la biblioteca?

En la biblioteca volvió a colocarse en su sitio frente a la chimenea para entrar en calor y los demás nos colocamos en una hilera muertos de frío. Tiene un perfil precioso, lo cual resulta irritante. Menos mal que Dios aprieta pero no ahoga, pues a pesar de ese perfil tiene los ojos demasiado juntos.

Irais encendió un cigarrillo y, recostándose en su sillón, se puso a observarla con ojos críticos bajo sus largas pestañas.

—¿Está escribiendo un libro? —preguntó de inmediato.

—Pues sí, se podría decir que estoy en eso. Bueno, son sólo mis impresiones de su país. Tomo nota de cualquier cosa que me llame la atención o me parezca divertida, y cuando tenga más tiempo me dedicaré a darle forma.

—¿No está estudiando pintura?

—Sí, pero no me puedo pasar la vida estudiando eso. En inglés tenemos un proverbio: «La Vida es corta y el Arte es inacabable», demasiado inacabable, pienso a

veces, y la escritura me relaja muchísimo cuando estoy cansada.

—¿Cómo lo titularía?

—Oh, he pensado titularlo *Viajando por Alemania*. Suena bien y resultaría apropiado. O *Notas de viajes por Alemania*... Todavía no me he decidido por uno de los dos.

—Por la autora de *Vagabundeando por Pomerania*, podrías añadir —sugirió Irais.

—*Y Naderías desde Dresde* —dije yo.

—*Y Fruslerías de Berlín* —añadió Irais.

Minora se quedó mirándonos.

—No creo que los dos últimos sean apropiados —dijo—, porque no va a ser un libro humorístico. Pero el primero que han mencionado me parece un buen título —añadió mirando a Irais y sacando su libreta—. Creo que voy a anotarlo.

—Si toma nota de todo lo que decimos y después lo publica, ¿seguirá siendo su libro? —preguntó Irais.

Pero Minora estaba tan ocupada escribiendo que ni siquiera la oyó.

—¿Y tú no tienes ninguna sugerencia que hacer, Sabio? —preguntó Irais volviéndose hacia el Hombre Airado, quien se dedicaba a expulsar volutas de humo en silencio.

—Oh, ¿siempre le llaman a él así? ¿Sabio? —exclamó Minora.

Irais y yo nos miramos en silencio. Sabíamos muy bien cómo le llamábamos y temíamos que Minora lo descubriera algún día y lo anotara en su libreta. El Hombre Airado no parecía demasiado contento de que nuestra reciente invitada aludiera a su persona como «él».

—Los esposos son siempre sabios —dije yo con seriedad.

—A pesar de que los sabios no son siempre esposos —dijo Irais con igual seriedad—. Sabios y esposos, esposos y sabios... —se puso a murmurar—. ¿A qué le recuerda eso, miss Minora?

—Oh, ya lo sé, ¡que estúpida soy! —exclamó Minora con ansiedad, lápiz en mano y dándole vueltas a la cabeza ante aquel recuerdo escurridizo—, sabio y... pues, ...no, ...sí, pues claro..., oh —decepcionada—, pero eso es muy vulgar..., no puedo poner eso.

—¿Qué es lo que es vulgar? —pregunté yo.

—Piensa que los sapos y osos son algo vulgar —dijo Irais con languidez—, pero no lo son, son simplemente animales. —Se levantó y fue hasta el piano y, tras sentarse y practicar brevemente con el teclado, comenzó a cantar.

—¿Toca el piano? —le pregunté a Minora.

—Sí, pero me temo que ahora llevo mucho tiempo sin practicar.

No insistí. Con su respuesta me podía imaginar muy bien lo que ella entendía por tocar.

Cuando estábamos encendiendo las velas de nuestra habitación, Minora comenzó de repente a hablar en una lengua desconocida. Nos quedamos mirándola.

—¿Qué le pasa a ésta? —murmuró Irais.

—Pensé —dijo Minora en inglés— que quizás preferían hablar en alemán, y a mí me da igual hablar en una u otra lengua...

—Oh, por favor, no se moleste —dijo Irais—. A nosotras nos gusta airear nuestro inglés, ¿no, Elizabeth?

—Pero no quiero perder la práctica de mi alemán —dijo Minora—. No quisiera que se me olvidara.

—Oh, ¿pero no hay una canción inglesa que dice —exclamó Irais volviendo la cabeza mientras subía las escaleras—: «Es una tontería recordar, es más sabio olvidar»?

—Espero que no le importe dormir sola —dije yo sin pensarlo dos veces.

—¿En qué habitación se queda? —preguntó Irais.

—En la número doce.

—¡Oh!... ¿Cree en los fantasmas?

Minora se puso pálida.

—Valiente tontería —dije yo—. Aquí no tenemos fantasmas. Buenas noches. Si necesita algo no dude en llamar.

—Y si ve algo fuera de lo normal en la habitación —dijo Irais desde la puerta de su habitación—, no se olvide de tomar nota.

27 de diciembre

Creo que ahora está de moda ver la Navidad como un aburrimiento bastante vulgar y como una época del año en que se supone que debes atiborrarte y estar feliz sin causa justificada. De hecho, a mí me parece una de las tradiciones más bonitas y poéticas si se mira desde el punto de vista adecuado y, después de haber sido más o menos desagradable con otra gente durante todo el año, es una bendición verse obligada a ser amistosa en ese día concreto, y resulta verdaderamente delicioso poder hacer regalos sin verse acosada por la sensación de que estás malacostumbrando a quienes los reciben y que sufrirán por ello en el futuro. Los sirvientes son como niños grandes y se contentan igual que los niños con regalitos y chucherías para comer, y las tres niñas se pasan los días anteriores a la Navidad saliendo al jardín y esperando encontrarse al Niño Jesús con los brazos cargados de regalos. Tienen la certeza de que es así como llegan los regalos, y trata de una idea tan bonita que sólo por eso merece la pena celebrar la Navidad.

Como se guarda un gran secreto, yo soy la única persona que se encarga de los preparativos, y no se trata de un trabajo fácil, con tanta gente en la casa y en cada una de las granjas, y todos los niños, grandes y pequeños, que esperan porción de felicidad. La biblioteca resulta inhabitable durante unos días antes y después, y allí es donde colocamos los árboles y los regalos. Cuando se iluminan los árboles y muestran su esplendor derramando su luz sobre las caritas felices de los niños, entonces me olvido de todos los problemas que he tenido que pasar y del número de veces que he tenido que ir corriendo de arriba abajo, y de todos los dolores de cabeza, y entonces disfruto tanto como cualquiera. Primero traen a la niña de junio, después entran las otras y nosotros, de acuerdo con la edad, después los sirvientes, después viene el capataz principal con su familia, después los capataces de las diferentes granjas, las camareras, los contables y las secretarias, y a continuación todos los niños, tropas y tropas de niños; los mayores llevando de la mano a los más pequeños y a los bebés en brazos, y sus madres vigilando desde la puerta. Entran tantos como pueden caber y se ponen frente a los árboles y cantan uno o dos villancicos; después se les entregan sus regalos y salen triunfantes dejando sitio para la siguiente ronda. Mis tres niñas cantan también con entusiasmo, sepan o no lo que se esté cantando. En honor de la ocasión las tres visten de blanco, y la niña de junio hasta llevaba un trajecito de cuello bajo y mangas cortas, que es la manera teutona de vestir a los niños sea cual sea la temperatura. Sus brazos son como los de un boxeador de peso pesado en miniatura —nunca he visto una cosa igual—, y son el orgullo de su joven niñera, quien le había atado cintas azules y no dejaba de besarlos. Me temo que si sigue con esos brazos no podré llevarla a los bailes cuando crezca.

Cuando vinieron a decir las buenas noches estaban todas pálidas y agotadas. La niña de abril sostenía un muñeco japonés con aspecto de estar rendido y dijo que se lo llevaba a la cama, no porque le gustara sino porque le daba pena porque parecía tan cansado. Me dieron un beso casi sin enterarse y se fueron, y la niña de abril fue la única que al pasar le echó una última mirada a los árboles y les hizo una reverencia.

—Adiós, árboles —la oí decir; y entonces hizo que el muñeco japonés también

bajara la cabeza, algo que hizo de manera lánguida e indiferente—. No *volverás* a ver más los árboles —le dijo con una sacudida vengativa—, porque vas a estar roto *mucho antes* de que llegue la próxima Navidad.

Salió pero volvió enseguida, como si se hubiera olvidado algo.

—Dale *muchas* gracias al *Christkind*, mamá, ¿lo harás?, por todas las cosas maravillosas que Él nos ha traído. Supongo que estás escribiéndole ahora, ¿no?

No puedo pensar en nada desagradable que ocurriera durante nuestras Navidades, y las pasamos perfectamente felices sin necesidad de pretender otra cosa, y durante al menos dos días nos sentimos todos más unidos y más buenos. La felicidad es de lo más saludable; tonifica y templata mi espíritu disponiéndolo a la piedad mucho más efectivamente que cualquier carga de pesares y desgracias, y un placer inesperado es la manera más segura de hacerme caer de rodillas. A pesar de que alguna gente hecha de una pasta especial afirma que son mejores ante la adversidad, yo no lo creo. Tales situaciones nos amargan, mientras que la felicidad nos dulcifica y nos hace más bondadosos y más amables. ¿Y puede afirmarse que es más propio de los humanos estar más agradecidos por la adversidad que por las bendiciones? Estamos hechos para ser felices y para aceptar la felicidad que se nos ofrece con agradecimiento; de hecho, no creo que llegemos nunca a ser suficientemente agradecidos a pesar de todo lo que recibimos, tanto más de lo que nos merecemos. Conozco a una mujer —pasó una temporada conmigo el pasado verano— que se alegra téticamente cuando ve sufrir a los que ama. Ella cree verdaderamente que es lo que nos toca, que nos endurece y nos hace mejores, y nunca se molestaría en proteger a nadie de un dolor innecesario; acompaña en el llanto al que sufre, pero está convencida que es por su bien. Bueno, pues dejemos que siga con sus lúgubres ideas; no cuenta con un jardín que le enseñe lo que es la belleza, la felicidad y la santidad, ni tiene el menor deseo de llegar a tener uno; sus convicciones tienen el triste colorido gris de las deslustradas calles en donde vive; el triste color de la humanidad en masa. Someterse a lo que la gente llama «lo que les toca» es algo sencillamente innoble. Si lo que te toca te hace llorar y sentirte infeliz, pues deshazte de eso y cámbialo por otra cosa; actúa conforme a tus ideas; no hagas caso de las risotadas de los que te rodean, ni de sus burlas ni de sus ruegos; no dejes que el ambiente microscópico que te rodea prescriba tus idas y venidas; no temas a la opinión pública encarnada en el vecino de la casa de al lado, cuando tienes frente a ti el mundo entero, nuevo y deslumbrante, y todo es posible siempre que pongas tus energías y seas independiente y aproveches las oportunidades cuando las tengas cogidas por el cogote.

—Oyéndote hablar —dijo Irais—, nadie diría que imaginas tu futuro en un jardín con un libro en las manos y que nunca agarraste nada en esta vida por el cogote. Y, ¿qué es el cogote? Espero no tener una cosa así. —Y estiró el cuello frente al cristal.

Ella y Minora iban a ayudarme a decorar los árboles, pero Irais no tardó en sentarse al piano y Minora estaba cansada y cogió un libro; de manera que llamé a miss Jones y las niñas, —fue la última aparición pública de miss Jones, como relataré más adelante— y después de trabajar dos días casi enteros terminamos; y los árboles parecían señoras con amplias enaguas brillantes sosteniéndose las faldas con dedos relucientes. Minora escribió una extensa descripción de los árboles para un capítulo de su libro titulado *Navidad* —fue todo lo que pude vislumbrar porque se lo dejó abierto sobre la mesa cuando se fue a hablar con miss Jones—. Se hicieron amigas enseguida y, aunque se dice que es normal que alguien se sienta más cercano a sus compatriotas, la verdad es que no puedo simpatizar con

la idea de que ello sea suficiente para provocar un afecto inmediato.

—Me pregunto de qué estarán hablando —comenté a Irais ayer, cuando no había manera de conseguir que Minora dejara su conversación con miss Jones y viniera a tomar el té.

—Oh, querida, ¿qué quieres que te diga? De amantes, supongo, o si no es que se creen tan inteligentes como para hablar de necesidades.

—Bueno, está claro que Minora se cree muy inteligente.

—Supongo que sí. ¿Qué importa lo que piense? ¿Por qué tu institutriz está siempre tan lúgubre? Cuando me fijo en ella durante las comidas tengo siempre la impresión de que acaba de enterarse de la muerte de alguien. Pero no es posible que le lleguen esas noticias todos los días. ¿Qué le pasa a esa chica?

—Todo ese decoro no creo que sea más que apariencia —dije yo expresando mis reservas; siempre me encontraba intentando descifrar la expresión de miss Jones.

—Bueno, pues eso está bien —intervino Irais—. Sería horrible sentirse tal como da a entender por la expresión de su rostro.

En ese momento se abrió silenciosamente la puerta que daba al aula de las niñas y apareció la niña de abril que, cansada de jugar, vino y se sentó a mis pies dejando la puerta abierta; y esto fue lo que oímos decir a miss Jones...

—Los padres no suelen ser muy prudentes, y la tensión que padecen los que se imponen aparentarlo delante de sus niñas y su institutriz debe resultar insoportable. Del mismo modo que los clérigos tampoco son más piadosos que los demás mortales y, sin embargo, tienen que mostrarse ante su rebaño como tales. Y hablando de institutrices, miss Minora, sé lo que me digo cuando afirmo que no hay nada más intolerable que tener que mostrarse educada, e incluso humilde, ante personas cuyas debilidades y extravagancias se evidencian de tal modo cada vez que abren la boca, y verse forzada por la presencia de las niñas y los empleados a aparentar una dignidad en el porte que de ninguna manera se corresponde con los sentimientos de una. Resulta muy interesante estudiar la seriedad de un padre de familia, que probablemente fue un soltero poco respetable, sentado a la mesa, en donde se ve obligado a asumir un aire de infalibilidad simplemente porque le observan sus hijos. El hecho de ser un padre no le otorga sin más una virtud suprema; y puedo asegurarle que entre los ojos que se hayan fijos en él, no son precisamente los menos críticos y divertidos los de la persona que ocupa el cargo de institutriz.

—¡Oh, miss Jones, qué bonito! —oímos decir a Minora con tono de éxtasis mientras permanecíamos paralizadas de horror ante tales palabras—. ¿Le importa si tomo nota en mi libro? Dice usted las cosas de una manera tan bonita.

—Si una no tuviera unas horas para relajarse —continuó miss Jones—, un rato de intimidad para compensar las trabajosas virtudes que tiene que desplegar en público, ¿quién podría soportar tantos días de conducta ejemplar? No habría reacción, no quedaría espacio para mejores impulsos, no habría lugar para el arrepentimiento. Padres, curas e institutrices estarían todos en la situación de una señora gorda que no tiene un momento de tranquilidad para quitarse sus corsés.

—Querida Elizabeth, ¡vaya revolucionaria! —susurró Irais.

Me levanté y entré. Estaban sentadas en el sofá, Minora con las manos enlazadas, contemplando absorta y admirada el rostro de miss Jones, que lucía una expresión muy diferente a la del amargo y renuente decoro que yo estaba acostumbrada a ver.

—¿Quiere venir a tomar el té? —le dije a Minora—. Y me gustaría tener a las niñas un rato.

Se levantó con desgana, pero esperé con la puerta abierta hasta que salió seguida de las dos niñas. Habían estado jugando a meterse pedazos de papel de periódico en los oídos mientras miss Jones facilitaba a Minora sus nobles reflexiones para su libro, y después tuvieron que sufrir la tortura de las pinzas para sacárselos. No le dije nada a Minora, pero hice que permaneciera con nosotros hasta la hora de la cena, y esa mañana nos fuimos a dar un largo paseo en trineo. Cuando volvimos a la hora de comer miss Jones había desaparecido.

—¿Está enferma miss Jones? —preguntó Minora.

—Se ha marchado —dije yo.

—¿Marchado?

—¿Ha oído hablar alguna vez de las madres enfermas? —preguntó inocentemente Irais; y entonces nos pusimos a hablar de otras cosas.

Minora se ha pasado toda la tarde llorando. Había encontrado un alma gemela que le ha sido arrebatada despiadadamente de sus brazos, como suele ocurrir con las almas gemelas. Ya es bastante con hacerla llorar, y no es su culpa, pobrecita, el haber preferido la compañía de miss Jones a la Irais y mía.

A la hora de la cena Irais la encontró con la cabeza caída a un lado.

—Estás muy pálida —dijo—. ¿No te encuentras bien?

Minora levantó la mirada con el aire paciente de quien prefiere que la vean como alguien que sufre.

—Tengo un ligero dolor de cabeza —respondió con amabilidad.

—Espero que no vaya a caer enferma —dijo Irais muy preocupada— porque aquí sólo tienen un médico de vacas y, aunque hace lo que puede, me parece que es un poco brusco.

Minora se quedó de piedra.

—¿Pero qué hacen cuando están enfermos? —preguntó.

—Oh, aquí nunca estamos enfermos —dije yo—; la idea misma de que no habría nadie que pudiera curarnos nos mantiene sanos.

—Y si alguien se tiene que meter en la cama —dijo Irais—, Elizabeth llama al médico de vacas.

Minora se quedó callada. Estoy segura de que piensa que se ha metido en un rincón del mundo habitado únicamente por bárbaros y que la única criatura civilizada, además de ella, acaba de abandonarla a su suerte. Cualquiera que sean sus pensamientos, sus síntomas están remitiendo claramente.

1 de enero

El oficio que se celebra en nuestra pequeña iglesia por el Año Nuevo es el que menos me impresiona en todo el año, a lo que hay que añadir que la misma austeridad y fealdad del lugar y la propia ceremonia producen un efecto que jamás tendría un oficio bien dispuesto en una iglesia bien iluminada. Anoche fuimos con Irais y Minora, y recorrimos las tres solitarias millas en trineo. Estaba oscuro como la boca de un lobo y soplaban vendavales. Nos sentamos cubiertas con las pieles hasta los ojos y tan mudas como si fuéramos a un funeral.

—Vamos al entierro de nuestros pecados del año pasado —dijo Irais cuando salíamos; y la verdad es que en el ambiente se respiraba un aire de funeral.

En el banco de la galería que tenemos arriba tratamos de descifrar los cánticos a la luz de las chisporroteantes velas de sebo que había encajadas en agujeros del enmaderado, y las llamas eran sacudidas violentamente por las corrientes de aire. El viento azotaba las ventanas con poderosas ráfagas haciendo más ruido que el órgano y amenazando con apagar completamente las velas. El rector, en su lúgubre púlpito, rodeado por un marco de angelitos tallados en madera llenos de polvo, pareció adoptar un terrible aspecto de Autoridad amenazante al tener que alzar la voz para hacerse oír entre aquel escándalo. Sentada en la oscuridad me sentí muy pequeña, y solitaria, e indefensa, abandonada en un mundo inmenso y oscuro. La iglesia estaba fría como una tumba; algunas de las velas se fundieron y se apagaron; el rector, vestido con su sotana negra, hablaba de la muerte y del juicio final; creí oír la voz de un niño llorando sin acabar de creer que se trataba del viento, y me sentí intranquila y llena de presagios funestos; me vi abandonada por mi fe y mi filosofía de la vida y tuve la horrible impresión de que probablemente iba a recibir un merecido castigo, aunque la verdad es que no tenía idea de por qué. Si no hubiera estado tan oscuro y el viento no hubiera soplado tan desesperadamente, la verdad es que no habría prestado mucha atención a las amenazas que se vertían desde el púlpito; pero tal como estaban las cosas me encontré haciendo promesas para el futuro. Eso es siempre una mala señal —los únicos que las hacen son los que las rompen— pues si una se dedica simplemente a hacer de manera natural lo que es justo tal como va llegando, entonces cualquier promesa previa resulta completamente superflua. Yo ya he dejado de hacerlas por Año Nuevo desde hace varios años, y tan sólo el vendaval que sufrimos anoche me obligó a hacerlas de nuevo; porque hace ya un tiempo que he descubierto que, aunque el año y las promesas sean nuevos, yo no lo soy, y no tiene ningún sentido poner vino nuevo en odres viejos.

—Pero yo no soy un odre viejo —dijo Irais indignada cuando, unas horas más tarde, le expuse detenidamente lo anterior en la biblioteca, sintiendo que la luz y el calor me habían devuelto mi filosofía de la vida— y además encuentro que mis promesas de Año Nuevo me vienen muy bien en la primavera. Las reconsidero cada fin de mes y descarto las que me parecen innecesarias. A fines de abril las he reconsiderado tanto que no queda ninguna.

—¿Te das cuenta cómo tengo razón? Si no fueras un odre viejo tu nuevo contenido

se iría adaptando graciosamente como parte de ti misma y la práctica de tus promesas haría que perdieran el sabor amargo al convertirse en un hábito.

Ella sacudió la cabeza.

—Esas cosas nunca pierden el sabor amargo —dijo— y precisamente por eso no dejo que me duren hasta el verano. Cuando llega mayo me entrego por entero al regocijo con el resto del mundo, y estoy tan ocupada en ser feliz que no quiero molestarme en recordar nada que pueda haber prometido cuando los días eran oscuros y fríos.

«Y por eso mismo te tengo tanto cariño», pensé yo. A menudo expresa exactamente lo que pienso.

—Me pregunto —continuó después de una pausa—, si los hombres suelen hacer promesas de Año Nuevo.

—No creo que las hagan. Sólo las mujeres se permiten tales lujos. Cuando no se tiene nada mejor que hacer es una sensación agradable entregarse a interminables pesares y penitencias, y enfangarse hasta las cejas en arrepentimiento; pero es una tontería. ¿Por qué llorar por cosas que ya están hechas? ¿Por qué hacer cosas desagradables si después te vas a arrepentir? Nadie es desagradable a menos que le guste ser desagradable; y nadie se arrepiente verdaderamente a menos que tema ser descubierto.

—Doy por supuesto que con «nadie» te refieres a las mujeres —dijo Irais.

—Naturalmente; los términos son sinónimos. Además, los hombres suelen tener el valor de mantener sus decisiones.

—Espero que esté escuchando, miss Minora —dijo Irais con el educado tono amistoso que asume siempre que habla con la jovencita.

Era cerca de la medianoche y estábamos todos sentados alrededor del fuego esperando el Año Nuevo y bebiendo *Glühwein*, dispuesto en una pequeña mesa por el Hombre Airado. Estaba caliente y tiene un sabor dulzón y bastante desagradable, pero resulta apropiado beberlo en una noche como ésta, así que lo hicimos.

A Minora no le gustamos ni Irais ni yo. Enseguida nos dimos cuenta y siempre nos reímos de eso cuando estamos solas. Puedo entender que no le guste Irais, pero tiene que ser una criatura perversa para que no le guste yo. Irais siempre se burla de ella, pero yo creo haber sido siempre de lo más amable; y sin embargo hemos acabado juntas en su lista negra. También resulta evidente que ve al Hombre Airado como un ejemplo interesante de marido desaprovechado e incomprendido y está dispuesta a aceptarlo bajo su protección y a defenderlo en cualquier ocasión frente a nosotras. Él nunca le habla; siempre ha sido un hombre de pocas palabras pero, en lo que respecta a Minora, se le ha comido la lengua el gato y se sienta como una esfinge impenetrable mientras ella nos regaña por algún comentario irreverente que hayamos podido hacer sobre él. Una noche, poco después de su llegada, intentó mostrar un carácter frívolo que desde entonces ha desaparecido, y se puso a jugar con él; pero intentar eso es lo mismo que tratar de jugar con una imagen grabada. La esposa de uno de los sirvientes acababa de tener un niño, el primero tras una serie de cinco niñas, y a la hora de la cena bebimos para celebrarlo a la salud de todos ellos. El Hombre Airado hizo beber al feliz padre una copa de un trago, con los tacones unidos a la manera militar. Minora pensó que la escena era típicamente alemana y no sólo tomó notas, sino que se sumó encantada a beber a la salud de todos con espíritu juguetón.

Lo primero que hizo fue proponernos aprender un baile que creo que se llamaba el Washington Post y que, según decía, se bailaba mucho en Inglaterra; y para persuadirnos

nos tocó la melodía al piano. Nosotros seguimos sin conmovernos ante tal belleza, apoltronados en los sillones y calentándonos las puntas de los pies frente a la chimenea. Entre aquellas puntas de pies se encontraban las del Hombre Airado, que estaba sentado leyendo tranquilamente un libro y fumando. Minora se ofreció a enseñarnos los pasos y, como seguíamos sin movernos, se puso a bailar sola detrás de los sillones. Irais ni siquiera volvió la cabeza para mirarla, y yo fui la única tan amable o educada para hacerlo. ¿Merezco acaso que Minora me incluya en la lista de personas desagradables junto a Irais? Ciertamente, no. Y sin embargo estoy segura de que allí estoy.

—Falta la música, por supuesto —señaló Minora sin aliento mientras iba dando vueltas alrededor de los sillones, al parecer dirigiéndose a mí, pero mirando al Hombre Airado.

Nadie abrió la boca.

—Es un baile *tan* bonito —dijo jadeante mientras seguía girando entre nosotros.

No hubo respuesta.

—Déjeme que le enseñe. Venga, ¿por qué no lo intenta, herr Sabio?

Se acercó a él y le hizo una pequeña reverencia. Es así como siempre se dirige a él, sin ni siquiera darse cuenta del hecho, tan patente para todos los demás, de que a él no le hace ninguna gracia.

—Oh, vamos, deje ya ese libro tan aburrido —siguió alegremente al ver que no se movía—. Estoy segura de que se trata de un árido tratado de agricultura de efectos soporíferos. Bailar es mucho más divertido.

Irais y yo nos miramos asustadas. Estoy convencida de que nos pusimos pálidas cuando la infortunada joven agarró con fuerza el libro y, con un chillido juguetón, se fue corriendo a la habitación de al lado apretándolo contra su busto y mirándole pícaramente con la cara vuelta. Hubo una horrible pausa. Entonces el Hombre Airado se levantó lentamente, golpeó su cigarro en el cenicero para desprender la ceniza, echó un vistazo al reloj y salió por la puerta opuesta en dirección a sus aposentos, en donde permaneció el resto de la noche. Ni que decir tiene que, desde entonces, no ha vuelto a ser tan juguetona.

—Espero que preste atención, miss Minora —dijo Irais—, porque esta clase de conversación le puede venir muy bien.

—Yo siempre escucho cuando habla la gente —replicó Minora removiendo su vaso de ponche.

Irais la miró con las cejas alzadas por la duda.

—¿Está de acuerdo con la descripción que nuestra anfitriona ha hecho de las mujeres? —preguntó tras una pausa.

—¿Como unas don nadie? No, por supuesto que no.

—Y sin embargo no deja de estar en lo cierto. Ante los ojos de la ley en este país no somos literalmente nadie. ¿Sabía usted que las mujeres tienen prohibido asistir a reuniones políticas?

—¿De verdad? —Inmediatamente hizo su aparición el cuaderno de notas.

—La ley prohíbe expresamente la asistencia a tales reuniones de mujeres, niños e idiotas.

—Lo de los niños y lo de los idiotas puedo entenderlo —dijo Minora—, ¿pero las mujeres..., y metidas en el mismo saco que los niños y los idiotas?

—En el mismo saco que los niños y los idiotas —repitió Irais asintiendo muy

seriamente con la cabeza—. ¿Sabía usted que la ley prohíbe a las mujeres de cualquier edad viajar en el piso superior de los omnibuses y tranvías?

—¿De verdad?

—¿Sabe usted por qué?

—Pues no me lo puedo imaginar.

—Porque al tener que subir y bajar las escaleras, los que están dentro podrían echar un vistazo a las medias que cubren sus tobillos.

—Pero qué...

—¿Sabía que la moral de los alemanes es en estos momentos tan voluble que una mirada de éstas podría resultar fatal para ellos?

—Pero la verdad es que no comprendo cómo una media...

—Con rayas —añadió Irais.

—Y llena de zurcidos —añadí yo.

—...podría resultar perniciosa.

—*La perniciosa media; o reflexiones acerca de la ética de las enaguas* —dijo Irais—. Tome nota de esto como posible título de su próximo libro sobre Alemania.

—Nunca sé si hablan en serio o no —se quejó Minora dejando caer su libreta de notas.

—¿De verdad? —preguntó Irais dulcemente.

—¿Es cierto —inquirió entonces Minora al Hombre Airado, quien se encontraba ocupado con sus limones en el patio trasero— que la ley de su país incluye a las mujeres en el mismo grupo que niños e idiotas?

—Completamente cierto —respondió él al instante—, y me parece una clasificación de lo más adecuada.

Todas nos quedamos desconcertadas.

—Eso es una grosería —dije yo finalmente.

—La verdad siempre resulta grosera, querida —respondió él complaciente. Y a continuación, añadió—: Si me encargaran la elaboración de un nuevo código legal y hubiera disfrutado del privilegio, como tengo el placer de hacer últimamente, de escuchar las conversaciones que mantienen ustedes, no me cabe duda de que haría la misma clasificación.

Hasta Minora estaba furiosa ante sus palabras.

—Nos estás diciendo, del modo menos elegante posible, que somos idiotas —dijo Irais.

—¿Idiotas? No, no, de ningún modo. Pero sí niños, encantadores niños pequeños. Disfruto mucho oyéndoos hablar. Todas vuestras reflexiones y creencias resultan tan frescas y juveniles, y tan sin consecuencia alguna.

—¿Sin consecuencia alguna? —exclamó Minora—. Nuestras creencias tienen una gran importancia para nosotras.

—¿Acaso te estás burlando de nuestras creencias? —preguntó Irais con aire severo.

—No, por Dios. Por nada del mundo me gustaría cambiar ni meterme en vuestras fascinantes y cautivadoras creencias. Uno de vuestros mayores encantos consiste en que os creéis cualquier cosa. ¡No sé en dónde estaríamos ahora si las jovencitas sólo creyeran en hechos y siempre aceptaran las evidencias que les presentan sus propios ojos antes que las afirmaciones de cualquier persona! No tendrían ilusiones, y una mujer sin ilusiones es la

cosa más aburrida y difícil de tratar.

—¿Cosa? —protestó Irais.

El Hombre Airado, de común tan silencioso, de vez en cuando recupera el tiempo perdido soltando una arenga desmesurada. En esta ocasión la pronunciaba de espaldas a la chimenea y con un vaso de Glüwein en la mano. Como hasta entonces apenas había abierto la boca, aquélla era una de las pocas ocasiones en que Minora pudo oír su voz, y permaneció sentada con el lápiz presto en la mano, dispuesta a inmortalizar la sabiduría que saliera de sus labios.

—¿Qué sería de la poesía si las mujeres se volvieran tan sensibles que hicieran oídos sordos a los lugares comunes poéticos del amor? Supongo que admitiréis que el amor se complace en lugares comunes. —Y se quedó mirando a Irais.

—Sí, todos dicen exactamente las mismas cosas —reconoció ella.

—¿Quién podría susurrar preciosas frases sobre la belleza de un sacrificio común si el deseo imaginativo de la oyente fuera tal que únicamente le permitiera distinguir una víctima en la escena, y que esa víctima fuera ella misma?

Minora tomó nota de aquello con puntos y comas. Y espero que le sirva de algo.

—¿Quién sería tan valiente como para afirmar que si es rechazado morirá, si de sus promesas sólo se deduce una recomendación para hacer una dieta sana y mucho ejercicio al aire libre? Las mujeres son responsables de tales mentiras porque se las creen. Su increíble vanidad les hace tragarse halagos tan desmesurados que resultan insultantes, y los hombres estarán siempre dispuestos a decir todas las mentiras necesarias que una mujer esté dispuesta a escuchar. ¿Quién se complace irresponsablemente en exageraciones entusiastas más que el amante que espera conseguir y que aún no ha conseguido? Como el rui señor, cantará melodías sin fin y exhibirá sus talentos repitiendo incansablemente sus notas más dulces hasta conseguir lo que desea, momento en el que su canción, como la del rui señor, cesará inmediatamente para no volver a oírse jamás.

—Toma nota de eso —murmuró Irais a Minora; consejo innecesario pues su lápiz no cesaba de garabatear el papel.

—La vanidad de una mujer es tan inconmensurable que, después de haber recibido noventa y nueve lecciones sobre la diferencia entre las promesas y los hechos, y sobre la futilidad de las bonitas palabras, al comienzo de la número cien se verá de nuevo prestando el mismo entusiasmo y el mismo oído atento a la elocuencia de los halagos que prestó con ocasión de la primera. ¿Qué pueden lograr las exhortaciones de la hermana más resuelta, que nunca ha pasado por tales experiencias, ante una mujer así? No tiene sentido decirle que es víctima de su hombre, que es su juguete, que la están engañando, que la están esclavizando, que la están oprimiendo, que se están riendo de ella, que está siendo tratada vilmente en todos los respectos; que no son palabras verdaderas. Tal mujer es víctima de su propia vanidad y ¿quién puede esperar que una mujer se rebele contra eso, contra la creencia en su propia fascinación, contra esa precisa parte de ella misma que da color a su vida?

—¿Eres tú tan vanidosa, Elizabeth? —preguntó Irais con el rostro desencajado—. ¿Y has prestado gustosa el oído a las lisonjas de noventa y nueve antes de alcanzar tu destino final?

—Supongo que yo soy una de las sensibles —repliqué—, pues nadie me ha regalado nunca halagos.

Minora suspiraba.

—Me gusta oír hablar sobre la posición de las mujeres —continuó el Hombre Airado— y me pregunto cuándo os daréis cuenta de que las mujeres ocupan exactamente el lugar que les corresponde. Cuando estén preparadas para ocupar otro puesto mejor no habrá nadie en el mundo capaz de detenerlas. Mientras tanto permitidme recordaros que, tal como están ahora las cosas, sólo las mujeres de carácter desean veros como iguales de los hombres, y las mujeres de carácter son invariablemente feas. Las mujeres bellas prefieren ver a los hombres como esclavos antes que como iguales.

—¿Sabes —dijo Irais frunciendo el ceño— que yo me considero una mujer de carácter?

—¿...que no se levanta hasta la hora de comer?

Irais se ruborizó. Aunque no me parece la suya una buena costumbre, a mí me viene muy bien por muchas razones; puedo dedicarme a las labores de la casa sin que me interrumpen, y siempre que trata de darme una lección comienzo a recordarle ese hábito. Debe de tener grandes remordimientos por ello, ya que, por regla general no es muy dada a quedarse callada.

—Una mujer sin vanidad sería inconquistable —prosiguió el Hombre Airado—. Cuando una muchacha se deja arrastrar por el camino que lleva a su ruina, lo hace guiada únicamente por su vanidad; pues en estos días de policía ninguna jovencita puede ser forzada contra su voluntad a salirse del camino de la virtud, y las quejas de la ultrajada no comienzan a oírse hasta que el ultrajador comienza a expresar su penitencia por haber ultrajado. Si puede mantener su pasión en estado febril y seguir alimentando su oído con las quejas que ella tanto adora, no habrán principios de devoción ni de virtud que puedan interrumpir la felicidad de su compañera; pues una experiencia dolorosa enseña que la devoción comienza únicamente cuando acaba la pasión, y que los principios abundan allí donde escasean las tentaciones.

—¿Pero qué tiene todo esto que ver con nosotras? —pregunté con seriedad.

—Estabais descontentas con la clasificación legal de las mujeres, y yo simplemente trataba de justificarla —respondió—. Las criaturas que dicen habitualmente *sí* a todo lo que propone un hombre cuando nadie las obliga a ello, y cuando por regla general lleva a consecuencias fatales, no pueden considerarse seres responsables.

—Pues nunca volveré a decírtelo, querido —dije yo.

—Pero aparte de esa debilidad fatal —continuó—, ¿qué más se podría aducir, pregunto ingenuamente, para distinguiros de los niños? Sois mayores, pero no más sabias; ciertamente no sois más sabias, pues con los años vais perdiendo el sentido común que teniais de niñas. ¿Habéis oído alguna vez a un grupo de mujeres hablando razonablemente entre ellas?

—¡Pues sí... muchas veces! —exclamamos Irais y yo al unísono.

—En mis ratos de ocio —prosiguió el Hombre Airado— me ha parecido interesante escucharlas hablar. Siempre me ha divertido oír esas historias llenas de malicia que cuentan de las amigas ausentes, percibir esos puyazos llenos de mala intención que les lanzan a las amigas presentes, observar la absoluta incredulidad con que escuchan la historia de las conquistas de otra mujer, la radiante buena fe que despliegan cuando cuentan la suya, la inmediata caída en el aburrimiento si, por una increíble casualidad, se introduce un tema de los llamados de interés general.

—Pues tú debes de haber pertenecido a un círculo muy particular —señaló Irais.

—Y en lo que respecta a la política —dijo— nunca he oído el tema mencionado entre mujeres.

—Los niños y los idiotas no se interesan por esos temas —dije yo.

—Y estamos demasiado asustadas de que nos lleven a la cárcel —dijo Irais.

—¿A la cárcel? —repitió Minora.

—¿No sabía —dijo Irais volviéndose hacia ella— que si habla aquí de esos temas corre el riesgo de que la metan en la cárcel?

—Pero ¿por qué?

—¿Por qué? Porque aunque su intención sea de lo más inocente, sus palabras pueden haber sugerido algo menos inocente para las maliciosas mentes de sus oyentes; y ahí es donde entra la ley y lo llama *dolus eventualis*, y todos coinciden en lo horrible del asunto, y la mandan a la cárcel y la castigan como se merece.

Minora parecía desconcertada.

—Y sin embargo, ésa no debería ser su verdadera razón para no discutir esas cosas —dijo el Hombre Airado—. La razón es que simplemente no le interesan. O podría ser que no considere que las opiniones de sus amigas merezcan la pena ser escuchadas y se muestre ansiosa de aprender cuando haya caballeros políticos presentes. He tenido ocasión de ver a una bella joven sentada toda una noche bebiendo en la dudosa fuente de la sabiduría de un viejo trasnochado, toda una estrella de la política, con todo el aspecto de estar interesadísima. El individuo era una estrella del bimetalismo y le estaba soltando un montón de información panfletaria al respecto.

—Ella estaría tratando de compensarle por algo —dijo Irais— y le pediría que le explicara sus aficiones, y él fue tan tonto como para picar. Y bien, ¿quién sería el más tonto en este caso?

Se recostó en el sillón y lanzó una mirada desafiante mientras golpeaba nerviosamente con el pie en la alfombra.

—Ella quería dar la impresión de ser inteligente —dijo el Hombre Airado—. Lo que más me sorprendió —prosiguió divertido— fue que se marchara aparentemente tan serena y feliz como llegó. La explicación de los efectos del bimetalismo produce, por regla general, el efecto contrario.

—Pero, por Dios, si ella no había estado escuchando —exclamó Irais— y tu ignorante estrella de la política se pasó toda la noche haciendo el ganso:

*Charla, charla necia estrella,
Bimetálico wunderbar.
Aunque creas que las
mujeres no son más que
dummes Weib, tú más necio
que nadie eres, ¡pues no
sabes otra cosa que de
bimetalismo charlar!*

—Está claro que Irais no ha entendido nada —dijo el Hombre Airado, que hizo

como si no hubiera oído aquel desahogo poético.

—Y también está claro que el caballero tampoco había entendido nada. —Irais parecía claramente irritada.

—Al parecer —dijo Minora bajando la voz— no tiene usted una opinión muy alta de las mujeres. Pero supongo que coincidirá conmigo en que no hay nadie que la sustituya junto al lecho de un enfermo.

—Si está pensando en las enfermeras de los hospitales —dije yo— tengo que confesarle que creo que la razón principal que le llevó a casarse fue tener a mano a una esposa en lugar de a una extraña que le cuidara cuando está enfermo.

—Pero —dijo Minora, perpleja ante el modo en que se venían abajo sus ilusiones— el lecho de un enfermo es, entre todos los lugares posibles, el lugar en donde la dulzura y el tacto de una mujer resultan más valiosos.

—¿La dulzura y el tacto? —repitió el Hombre Airado—. La verdad es que nunca he encontrado tales cualidades en una enfermera profesional. Según mi experiencia, la enfermera es una persona desagradable que encuentra en el cuidado profesional una ocasión de reafirmar su superioridad sobre seres ordinarios y postrados. No conozco otra situación más humillante para un hombre que tener que estar en la cama teniendo que soportar que le alivie su frente febril una mujer extraña pulcramente vestida con ropas inmaculadas y tiesas de almidón. Seguramente daría la mitad de su fortuna por tener a mano sus ropas y la otra mitad porque le dejara tranquilo y desapareciera de su vista. Puede sentir la superioridad que ella emana por cada uno de sus poros; nunca antes se había sentido tan inferior; ante ella se comporta con una educación que resulta abyecta y con un aire conciliatorio absolutamente ruin; si viene un amigo a visitarlo, lo primero que hace es elogiarla por si acaso está escuchando detrás del biombo; ya no puede afirmar que su alma sea suya y tampoco está seguro de que su cuerpo le pertenezca; había leído de ángeles guardianes y del suave tacto de la mano de una mujer, pero el primer día en que puede llamar a su criado y que puede ponerse solo los calcetines se ve henchido del mismo gozo indescriptible que sentía cuando en la escuela caía enfermo al final del primer mes.

Minora estaba callada. El pie de Irais se agitaba más que nunca. El Hombre Airado se quedó sonriendo, mirándonos imperturbablemente. Es imposible discutir con una persona que está tan convencida de su absoluta infalibilidad que ni siquiera se enfada contigo; de modo que nos quedamos sentadas a su alrededor sin decir nada.

—En caso —prosiguió mirando a Irais, que le observaba con aire rebelde— de que dudes de la verdad de mis palabras y sigas aferrada a la poética idea de la mujer sacrificada que ayuda dulcemente a que el paciente recorra el difícil camino a la muerte o la recuperación, permíteme que te ruegue que la próxima vez que alguien caiga enfermo en tu casa intentes tú misma comprobar si la realidad se corresponde de alguna manera con esa pintoresca imagen. El ángel que llega para aliviar nuestros sufrimientos se encarna en una forma tan cuestionable que, para los que no tienen demasiada imaginación, se aparece simplemente como una jovencita llena de seguridad en sí misma cuya principal preocupación consiste en rodearse de todas las comodidades, muy dada a quejarse de la comida y a sentirse desamparada cuando debería dar amparo, con una extraordinaria capacidad para creer que no la aprecian lo suficiente o que no la consideran como el ser superior que se sabe, con una angustia enfermiza por temor a que los sirvientes cometan el error de tratarla con una cordialidad ofensiva, irritable si el paciente le da más trabajo del

que ella preveía, intensamente dolida y desagradable si éste saca fuerzas de su dolor para despertarla en mitad de la noche; un acto de desesperación del que yo mismo fui culpable una vez, una sola vez. ¡Oh, esas buenas mujeres! ¿Qué hombre sano quiere tener que ver con ángeles? Y nos resistimos a tenerlos alrededor especialmente cuando estamos enfermos y decaídos, cuando sentimos en cada fibra lo poca cosa que somos y cuando necesitamos de todas nuestras fuerzas para que nos permitan superar con paciencia nuestra temporal inferioridad, sin que encima nos tengamos que ver forzados a asumir una humillante actitud de educado servilismo con el ángel de la casa.

Hubo un momento de silencio.

—Nunca me imaginé que pudieras hablar tanto, Sabio —dijo Irais al fin.

—Entonces, ¿que le parece que podrían hacer las mujeres? —preguntó Minora tímidamente. Irais empezó a golpear el pie en el suelo con más intensidad. ¿Qué importaba lo que pensara el Hombre Airado sobre lo que podíamos hacer las mujeres?—. No hay —continuó Minora un poco ruborizada— suficientes maridos para todas, y las demás tendrán que hacer algo.

—Por supuesto —repitió el oráculo—. Estudiar el arte de agradar mediante la vestimenta y los modales mientras tenga una edad que nos resulte interesante y, por encima de todo, dejar a las mujeres, guapas y feas, casadas y solteras, que estudien el arte de la cocina. Si es una artista en la cocina siempre será estimada.

Me quedé helada en mi asiento. Todas las mujeres alemanas, hasta la descarriada Irais, aprenden a cocinar; al parecer soy la única que ha sido mala y no lo ha hecho.

—Aunque cuando estudie ambas artes —prosiguió— tiene que tener cuidado de no olvidar nunca una gran verdad: que la cena viene antes que las zalamerías y nunca las zalamerías antes que la cena. Un hombre debe sentirse a gusto antes de ponerse a galantear; y, aunque es cierto que si le da a elegir entre un plato de *Spickgans* o besos le dirá que quiere ambos, la verdad es que siempre empezaría por los *Spickgans* y dejaría los besos para más tarde.

Ante aquello me levanté. Irais siguió mi ejemplo.

—Tu cinismo es despreciable —dije yo fríamente.

—Vosotras dos siempre sois la excepción de todo lo que yo pueda decir —dijo sonriendo amablemente.

Se inclinó y le besó la mano a Irais. Ella es extraordinariamente vanidosa en lo que se refiere a sus manos, y dice que son la razón por la que su marido se casó con ella, cosa que creo perfectamente. Me alegro que las tenga ella y no Minora, pues si Minora hubiera tenido esas manos me habría molestado. Las de Minora son huesudas, con nudillos que dan escalofríos, uñas dejadas y demasiada muñeca. Cuando me fijo en sus manos soy más condescendiente con ella. En ese momento Minora también alargó una de las suyas pensando que también sería besada.

—¿Sabía que aquí es costumbre besar las manos de las mujeres? —dijo Irais percibiendo el movimiento.

—Pero sólo las de las mujeres casadas —añadí yo tratando de que no se sintiera excluida—, nunca las de las jovencitas solteras.

Entonces la retiró.

—Es una costumbre bonita —dijo con un suspiro; y con aire pensativo tomó nota en su cuaderno.

15 de enero

Cuando bajé esta mañana a desayunar me encontré con las facturas de mis rosas, y bulbos y de todos los caprichos hortícolas de este pasado año. Me dejaron asustada. La verdad es que la jardinería resulta muy cara cuando se tiene que pagar con el dinero de bolsillo de que una dispone. Como el Hombre Airado no quiere para nada rosas, ni arbustos florales, ni arriates, ni nuevos senderos, se pregunta: ¿Por qué tengo que pagar yo esto? De modo que él no lo paga y lo pago yo, y tengo que compensarlo privándome de manera escandalosa de vestidos nuevos, lo cual resulta sin duda bastante austero. Pero lo cierto es que si no puedo tener ambos prefiero comprarme rosales nuevos antes que vestidos nuevos; y veo llegar el día en que la pasión por mi jardín me absorberá de tal modo que no sólo dejaré de comprar ropa nueva, sino que empezaré a vender la que tengo. El jardín es tan grande que todo se tiene que comprar a granel; y me temo que no voy a poder seguir mucho tiempo con un solo hombre y una cigüeña, porque cuanto más plante más tendré que regar cuando llegue la inevitable sequía, y el riego es algo a tener en cuenta seriamente cuando se debe estar todo el día haciendo viajes hasta la bomba de agua que hay junto a la casa con la carretilla de regar. La gente que vive en Inglaterra, rodeada casi permanentemente de ese tiempo benigno y húmedo, no sabe lo que es la sequía. Si pasan unas semanas con los cielos despejados, saben que después vendrán abundantes lluvias; pero aquí tenemos a lo sumo una hora de lluvia a la semana, y después viene un mes o seis semanas de sequía. La tierra está tan suelta y se seca tan rápidamente que después de un chaparrón puedo caminar perfectamente por los senderos con mis zapatos delicados; y para mantener un jardín moderadamente húmedo tendría que llover tres horas al día. Mi único medio de obtener agua consiste en llegarme a la bomba de agua que hay junto a la casa, al riachuelo que se forma en el límite al este de la casa, que también se seca a menos que haya llovido y al cual resulta difícil llegar la mayoría de las veces debido a que está rodeado por laderas empinadas cubiertas de nomeolvides. Cuento con un pequeño pedazo de tierra que siempre está húmedo, y allí voy a plantar abedules plateados a imitación del bosque Hirschwald, y entre los abedules plantaré lechos de radiantes azaleas. El resto del suelo es arenoso, que es el suelo ideal para pinos y acacias pero no para rosas; y sin embargo, hay que ver lo que puede hacer el amor: ¡En mi jardín hay más rosas que cualquier otra flor! La próxima primavera pondré árboles que ya he pedido en los sitios despoblados; pinos detrás de las delicadas acacias, y sorprendentes serbales, y robles, y hayas cobrizas, y arces y alerces y enebros; ¿no fue Elijah quien se sentó a descansar bajo un enebro? A menudo me pregunto cómo consiguió meterse debajo. Es un pequeño árbol compacto, de no más de dos o tres metros de alto y que crece en grupos muy apretados. Quizás en aquella época crecían con más vigor. Cuando las niñas se hayan hecho mayores y desagradables todo esto estará muy bonito, y entonces probablemente no les gustará; y, si heredan la indiferencia del Hombre Airado por los jardines, dejarán que crezca salvaje y que vuelva al estado en que lo encontré. O quizás sus tres maridos se nieguen a vivir aquí, o a venir a un lugar tan apartado, y entonces el destino del jardín habrá quedado sellado para siempre. Mi única esperanza es que los maridos no crecen en el desierto y que las tres tendrán que esperar un

buen tiempo hasta que haya suficientes para que les toque el turno. Las madres me dicen que encontrar un marido es un asunto complicado; ¡cuánto más terrible resultará tener que buscar tres al mismo tiempo! Las niñas tienen tan poca diferencia de edad que parece que se libraron por muy poco de ser gemelas. Pero yo no me dedicaré a buscarlos. No me puedo imaginar nada tan incómodo como un yerno, y además, no creo que un marido sea lo mejor para una chica. Haré lo que esté en mi mano en estos años que tengo a mi disposición para enseñarlas a amar el jardín y la vida al aire libre, e incluso a cultivar, de forma que, si tienen una chispa de su madre en ellas, no deseen nada más en este mundo.

Mis expectativas de éxito son, sin embargo, muy reducidas, y es probable que en el futuro deba pasar un temible periodo durante el cual me veré obligada a acompañarlas diariamente en invierno a ciudades lejanas para asistir a bailes; la pobre madre anciana tiritando a la luz del día con su traje de fiesta, a quien hacen ponerse en marcha después de un breve almuerzo y que no volverá a casa hasta la hora del desayuno del día siguiente. Lo preocupante son las alarmantes ganas de «fiestear», como ellas lo llaman, que han desarrollado a su edad, y la niña de abril ya ha anunciado su intención de empezar a asistir a fiestas cuando cumpla doce años.

—¿Tú tienes doce, mamá? —me preguntó.

El jardinero se marcha el primero de abril y estoy tratando de conseguir otro. Es desesperante tener que cambiar con tanta frecuencia —en dos años habré tenido tres— porque tras cada cambio una gran parte de mis plantas sufren sin remedio. Las semillas se pierden, los brotes no son podados a tiempo, se siembra en lugares en donde ya se ha sembrado otra cosa, y el jardín se llena de confusión y mi corazón de desesperación. Pero el jardinero iba a casarse con la cocinera, y entonces la cocinera vio un fantasma y huyó inmediatamente, y él va a seguirla tan pronto como pueda y, mientras tanto, se dedica a perder el tiempo. Lo que vio la mujer fueron puertas cerradas que se abrían con gran estruendo *por el lado de las bisagras*, y a continuación siempre aparecía alguien que la insultaba. Tales fenómenos son conocidos bajo el nombre de «el fantasma». Solicitó que se le permitiera marcharse enseguida, pues nunca había estado en un sitio en donde hubiera fantasmas. Yo le sugerí que tratara de acostumbrarse pero pensó que sería una pérdida de tiempo, y se la veía tan enferma que dejé que se fuera, motivo por el que mi jardín sufrirá. No comprendo por qué a las cocineras les es dado contemplar cosas tan interesantes que a mí me son vedadas, pero he tenido otras dos desde que se fue y ambas han visto el fantasma. Minora se vuelve muy silenciosa cuando se acerca la hora de irse a la cama y se pone tierna con Irais y conmigo; y después de haberse pasado todo el día demostrándonos en qué baja estima nos tiene, cuando se traen los candelabros para las habitaciones no se aparta de nosotras. Ya ha preguntado una o dos veces si Irais está segura de que no le importa dormir sola.

—Dígale que no se preocupe. Si se pone nerviosa yo puedo hacerle compañía —dijo—. Le aseguro que no me importa en absoluto.

Pero Irais no se va a dejar engatusar con estratagemas tan burdas, y me ha dicho que preferiría dormir con cincuenta perros antes que con Minora.

Desde que miss Jones fue requerida súbitamente junto al lecho de su madre, he pasado muchos ratos con las niñas; y es tan agradable estar sin institutriz que pospondría uno o dos años la contratación de otra si no fuera porque haciendo tal cosa me pondría al alcance del brazo de la ley, que es lo que todo alemán se pasa la vida tratando de evitar. La

niña de abril va a cumplir seis años, y cuando haya pasado su sexto cumpleaños, estaremos expuestos a que cualquier día nos haga una visita un inspector escolar, que indagará con curiosidad sobre su educación, y si no se ajusta a los criterios requeridos por la ley puede hacer recaer sobre los padres todo tipo de horribles consecuencias, comenzando probablemente por multas y aumentando en *crescendo* hasta las mazmorras en caso de que, debido a los periodos de tiempo entre una y otra institutriz y las dificultades para encontrar una nueva, persistiéramos en nuestro malvado proceder. Las sombras de la cárcel-casa se ciernen desde muy pronto sobre los muchachos, y las prisiones acechan por doquier al teutón a lo largo de su vida, hasta tal punto que debe cuidar mucho en donde pisa si quiere permanecer fuera de ellas y seguir pagando su mantenimiento. Por regla general, la gente cultivada no deja de enseñar a sus hijos a leer, a escribir y a rezar sus oraciones, y precisamente por ello se siente ofendida ante la intrusión de un inspector escolar en sus hogares; pero después de todo no tiene tanta importancia, e incluso me atrevería a decir que nos viene bien preocuparnos; de hecho, un filósofo que conozco declara que la gente que no se preocupa de vez en cuando ni tiene razones para ello no sirve para nada. A los ojos de la ley todos somos pecadores, y todo hombre es considerado culpable hasta que se pruebe que es inocente.

Minora ha tenido que estar tanto con las niñas que, después de pasar unos días intentando en vano quitarse de en medio, pareció resignarse y tomárselo con filosofía, comenzando a verlas como un buen tema, y convirtiéndolas en personajes de un capítulo de su libro. De manera que se dedicó a seguirles los pasos allí adonde fueran, observándolas cuando se levantaban y cuando se acostaban, manteniendo con ellas, siempre que podía, inteligentes conversaciones, acompañándolas al jardín para estudiar su comportamiento cuando se deslizaban en trineo arrastradas por un gran perro y, generalmente, convirtiendo sus vidas en un agobio constante. Así estuvo tres días, al cabo de los cuales se encerró para escribir el resultado en la máquina de escribir del Hombre Airado, a quien se la pide prestada siempre que sus notas para un capítulo han alcanzado el estado de madurez necesario para el proceso que ella describe como «darle forma». Todo lo escribe a máquina, incluso sus cartas personales.

—No olvide poner algo sobre la rodilla de la madre —le dijo Irais—; no se puede escribir correctamente sobre los niños sin mencionar eso.

—Oh, por supuesto que lo mencionaré —respondió Minora.

—Y sobre los deditos rosados de los pies —añadí yo—. Siempre hay deditos de los pies, y su color no es otro que rosado.

—Ya tengo eso en alguna parte —dijo Minora repasando sus notas.

—Aunque la verdad es que los niños no son una especialidad alemana —dijo Irais—, y no veo por qué tendría que mencionarlos en un libro sobre viajes por Alemania. Las niñas de Elizabeth tienen todas el número de brazos y piernas acostumbrado, y son exactamente iguales que las niñas inglesas.

—Oh, pero no es posible que sean *exactamente* iguales —dijo Minora con cara de preocupación—. Debe marcar diferencias vivir aquí, en este lugar, y comer esas cosas tan raras, y no tener nunca un médico disponible, y no caer nunca enfermos. Los niños que nunca han tenido el sarampión y esas cosas no pueden ser iguales que los demás niños; deben de tenerlo metido dentro de su sistema y, por alguna razón, no pueden expulsarlo. Y un niño criado a base de pollo y budín de arroz tiene que ser diferente de un niño criado con

Spickgans y salchichas de hígado. Y de hecho *son* diferentes; no podría precisar de qué modo, pero estoy segura de que lo son; y me da la impresión de que si los describo detalladamente a partir de los materiales que he ido recolectando en estos tres días, es posible que llegue a dar con las claves de la diferencia.

—¿Y por qué molestarse en las claves de la diferencia? —preguntó Irais—. Yo escribiría una cosita poniendo las típicas cosas sobre niños, como las rodillas de la madre o los deditos, y le daría un tono bastante conmovedor.

—Pero no es algo que me resulte fácil hacer —dijo Minora con tono de queja—; tengo tan poca experiencia con los niños.

—Entonces ¿por qué molestarse en escribirlo? —preguntó esa persona sensible que es Elizabeth.

—Tengo tan poca experiencia como usted —dijo Irais— porque no tengo hijos; pero a no ser que aspire a ser de una originalidad deslumbrante, nada resulta más fácil que escribir escenas sobre ellos. Creo que podría escribir una docena en una hora.

Entonces Irais se sentó frente al escritorio, agarró una carta sin terminar y se pasó cinco minutos escribiendo.

—Ahí tiene —dijo lanzándole la página a Minora—, se la puede quedar; con piececitos rosados incluidos.

Minora se puso las gafas y leyó en voz alta: «Cuando mi bebé cierra sus ojitos y canta sus himnos antes de acostarse, mi añeja y abatida alma se llena de gozo. Toda suerte de recuerdos se agolpan en mi cabeza —recuerdos de mi madre y de mí misma—, ¡cuántos años hace de ello!... Del dulce desamparo que sentía cuando me llevaba medio dormida y desnuda a la cuna sin despertarme; de los ángeles en los que creía; de los niños que venían directamente del cielo y que, mientras fueran buenos, permanecían bajo la sombra de sus blancas alas: todas esas tonterías tan poéticas que se aprenden, como las aprende ahora mi niña sentada en la rodilla de su madre. Ella no es consciente de la belleza de las maravillosas historias que se le cuentan, y se queda mirando con los ojos abiertos, con ojos celestiales, mientras su madre habla del cielo de donde acaba de llegar hace poco, y se siente aliviada al ser interrumpida por la hora del pan con leche. A los dos años todavía no entiende lo de los ángeles, pero sí entiende el pan y la leche; a los cinco tiene vagas nociones acerca de ellos y prefiere el pan y la leche; a los diez tanto el pan como la leche y los ángeles han sido abandonados en el parvulario, y ya ha averiguado que se trata de lujos que no se puede permitir todos los días. En años posteriores puede verse inclinada a no aceptar verdades de segunda mano, a insistir en pensar por ella misma, a ser más modesta en sus pretensiones de desprenderse de falsas tradiciones, a ser incansable en sus esfuerzos por vivir de acuerdo a altos ideales morales, y a ser fuerte, y pura, y buena...»

—Como el té —puntualizó Irais.

«...y, sin embargo, con todas sus virtudes, nunca llegará a alcanzar una milésima parte del encanto que poseía cuando cantaba, con los párpados cerrados, sus primeros himnos religiosos en las rodillas de su madre. Me encanta quedarme en su habitación a la hora de acostarse y sentarme junto a la ventana tras la que se pone el sol observando el misterio de mi hija quedándose dormida. Su madre la baña, pues es demasiado preciosa como para ser tocada por una niñera, y después se enrolla en una gran toalla, de donde sólo salen sus piececitos rosados; y cuando ya se le han puesto los polvos de talco, y está peinada, y metida en su camisoncito, con su pelo rizado y las orejas relucientes, se arrodilla

en el regazo de su madre, como un pequeño bulto fragante de carne rosada, y su rostro refleja la tranquilidad del rostro de su madre mientras repasa sus oraciones nocturnas por la compasión y la paz».

—¡Qué curioso! —dijo Minora cuando hubo terminado—. Eso era exactamente lo que yo quería decir.

—Oh, bueno, entonces me parece que le he ahorrado los problemas de componerlo; puede copiarlo si quiere.

—Pero ¿se le ha secado el alma, miss Minora? —le pregunté yo.

—Bueno, ya sabe, me da la impresión de que sería un buen toque —replicó—; hará que la gente crea realmente que el libro está escrito por un hombre. Como saben, pienso tomar el nombre de pluma de un hombre.

—Eso es precisamente lo que me imaginaba —dijo Irais—. Seguramente se llamará John Jones, o George Potts, o uno de esos nombres tan vistos, para resaltar su insobornable actitud hacia todas las debilidades femeninas, y nadie se dará ni cuenta.

Más tarde, cuando el vacilante sonido de las teclas de la máquina de escribir de Minora llegaba desde la habitación de al lado, Irais me dijo:

—¿Sabes lo que creo, Elizabeth? Que tú y yo le estamos escribiendo el libro. Ella toma nota de todo lo que decimos. ¿Por qué se dedica a copiar lo que he escrito sobre la niña? Me pregunto por qué se supone que las rodillas de las madres son conmovedoras. Nunca aprendí nada subida en ellas, ¿y tú? Aunque hay que reconocer que en mi caso eran las de la madrastra, y nadie las elogia nunca.

—Mi madre siempre estaba ocupada asistiendo a fiestas —dije yo—; y la institutriz me hacía recitar las oraciones en francés.

—En cuanto a los baños y el polvo de talco —continuó Irais—, cuando yo era niña no estaban de moda. Nunca había cuartos de baño y menos aún bañeras; nos lavaban la cara y las manos, y había una palangana en el cuarto, y en verano nos bañaban allí y nos metían enseguida en la cama por miedo a que cogiéramos un resfriado. Mi madrastra no se preocupaba mucho; solía vestir trajes de color rosa llenos de encajes, y mientras mayor se hacía más bonitos eran sus vestidos. ¿Cuándo se marcha?

—¿Quién? ¿Minora? No se lo he preguntado.

—Pues ya lo haré yo. Es una pena que abandone su arte por tanto tiempo. Lleva aquí un tiempo desmesurado; cerca de tres semanas.

—Sí, porque vino el mismo día que tú llegaste —dejé caer yo encantada.

Irais se quedó en silencio. Espero que en ese momento se estuviera diciendo que no es peor abandonar el arte que abandonar a un esposo, sobre todo porque su esposo lleva todo este tiempo convaleciente, estirado en una cama, mientras ella pasa los días tan agradablemente conmigo. No le cuesta olvidar que tiene un hogar, o cualquier otra cosa que hacer en el mundo mejor que pasarse el día charlando conmigo, leyendo, cantando, riéndose de quien haya que reírse, besando a las niñas y criticando al Hombre Airado. Por supuesto que la quiero —es tan bonita que cualquiera con un par de ojos la querría— pero demasiado de lo mismo siempre es malo, y el mes que viene vamos a encalar los pasillos y las oficinas, y la gente que ha pasado por eso sabe en qué clase de sitio se convierte una casa cuando esto sucede. Irais no se encontrará la cena lista, ni esas suculentas ensaladas llenas de semillas de alcaravea que adora con tanta devoción. Tendré que empezar a acostumbrarla a la idea de volver a sus deberes preguntándole cada día sobre la salud de su

marido. A ella no le gusta mucho porque no es de los que van corriendo a abrirle la puerta cada vez que sale de la habitación; y aunque ella le haya pedido que lo haga y le repita lo mucho que le gustaría que lo hiciera, él sigue sin abrirle la puerta. Una vez estuvo en una casa en donde había un inglés con una especial debilidad por abrir puertas y mover sillas, y le impresionó tanto que desde entonces no ha dejado tranquilo a su marido, y cada vez que tiene que salir de una habitación se acuerda de sus deseos insatisfechos, de manera que una puerta abierta es para ella el símbolo de su fracaso matrimonial, y la sola visión de una puerta le hace preguntarse por qué habrá nacido; al menos eso es lo que me contó una vez en un arranque de sinceridad. Él es un hombre de baja estatura encantador e inofensivo, de agradable conversación, buen humor y muy divertido; pero cree que ya es demasiado mayor para empezar a practicar nuevos e incómodos hábitos, y padece ese horror a ser mejorado por su esposa que distingue a tantos hombres honrados, y que también comparte el Hombre Airado, quien se obstina en agarrar el vaso con la mano izquierda durante las comidas, porque si no lo hiciera (y no creo que le guste especialmente) sus amistades podrían decir que el matrimonio le ha mejorado, y tal cosa heriría mortalmente su orgullo. Esta costumbre siempre acaba provocando una discusión diaria entre una de las niñas y yo.

—Abril, coge el vaso con la mano derecha.

—Pero si papá no lo hace.

—Cuando tengas la edad de papá harás lo que quieras.

Esta escena se vio embellecida ayer por Minora cuando añadió admirablemente:

—Sólo tienes que pensar lo raro que sería si *todo el mundo* cogiera los vasos así.

Abril se quedó enormemente impresionada por la fuerza de tal proposición.

28 de enero

Hace mucho frío: quince helados grados Réaumur, pero el tiempo sigue siendo absolutamente delicioso y radiante, y una se siente dichosa y llena de energía y amistosa disposición hacia todo el mundo. Las dos jovencitas siguen aquí, pero el aire es tan vigoroso que hasta ellas han dejado de ser una carga para mí, y además ambas me han anunciado su próxima partida, de modo que finalmente podré organizar tranquilamente el encalado, y la casa podrá lucir muy pronto un delantal blanco para recibir a la primavera.

Minora ha pintado mi retrato y se lo va a entregar al Hombre Airado como un regalo de despedida; y el hecho de que le haya dejado hacerlo y de que me haya sentado mansamente durante horas es la prueba concluyente de que no soy vanidosa. Cuando Irais lo vio por primera vez se empezó a reír hasta que se le saltaron las lágrimas, y enseguida le encargó que le hiciera uno a ella para llevárselo consigo y regalárselo a su marido por su cumpleaños, que es a principios de febrero. De hecho, me da la impresión de que si no fuera por su cumpleaños se habría olvidado completamente de volver a su casa; pero por estos lugares los cumpleaños son grandes fiestas solemnes que nunca se dejan pasar sin ruido y siempre se celebran en presencia de un animado grupo de amistades (traídas de lejos y de cerca para que te digan lo bien que te conservas, y que nadie lo diría y que, de verdad, que es una maravilla), que se ponen alrededor de una especie de altar de sacrificio en donde se inmolan tus años como una ofrenda que se quema en honor de los dioses en forma de velas rosadas y blancas colocadas en un enorme pastel. El pastel se convierte así en el protagonista de la ocasión, y sobre la mesa, a su alrededor, se disponen los regalos que cada uno de los presentes se ve más o menos obligado a hacer. Como mi cumpleaños cae en invierno siempre me tocan mitones, libros de papel secante y marcos de fotografías, y si fuera en verano me tocarían marcos de fotografías y libros de papel secante y nada de mitones; pero cualquiera que sea el regalo y quienquiera que lo haya hecho, siempre se tiene que recibir con la más ruidosa gratitud y con las más escandalosas expresiones de alegría, y palabras tales como *entzückend*, *reizend*, *herrlich*, *wundervoll* y *süss* se repiten una y otra vez hasta que la pobre *Geburtstagskind* acaba por convencerse de que ya ha pasado otro año y que es mayor y más sabia, y que cada día está más harta de las tonterías y de las repeticiones sin sentido. Se alza entonces una bandera y se pasa la mañana celebrando los ritos, comiendo pastel, brindando a la salud de todos, haciendo discursos y aplaudiendo hasta la extenuación. Los rectores de las iglesias vecinas se pasan por la casa y, cuando nadie está mirando, las esposas se dedican a contar las velas del pastel; la señora encargada de la próxima *Schloss* se toma la molestia de mandar una maceta de flores y en averiguar mi edad en el *Gotha Almanac*; viene una comisión de las granjas, encabezada por el inspector jefe con las manos enfundadas en guantes blancos que se pone a invocar al cielo para que deje caer sus bendiciones sobre la cabeza de la gentil señora y las niñas están encantadas y se sientan en una esquina a probarse los mitones. Por la noche se ofrece una cena a las amistades y a las autoridades locales que es seguida con más brindis y discursos, y a la mañana siguiente, cuando bajo agradecida de que todo haya terminado tengo que enfrentarme con el altar que sigue en el mismo sitio lleno de migas del pastel y

de cera de las velas, pues parece que si se retira demasiado pronto se podría interpretar como una lamentable muestra de insensibilidad, deplorable en cualquiera, pero escandalosa y odiosa si se trata de una tierna mujer. Todos los cumpleaños se celebran de este modo, y hay pocas personas juiciosas que no se molesten en desplazarse cuando va llegando la hora del suyo; y me parece que comenzaré a imitarlos el año que viene; lo único que pasa es que los viajes al campo o a la costa no suelen ser muy agradables en diciembre y, cada vez que visite un pueblo, como seguramente me encontraré con conocidos, los pasteles van a empezar a brotar como champiñones del fecundo suelo de sus afectos.

Espero que a lo largo de estas páginas haya quedado clara la superioridad de Irais y de mí misma con respecto a las debilidades comunes de la humanidad; si hicieran falta más pruebas bastaría con saber que ambas, desafiando a la tradición, detestamos la celebración de los rituales del cumpleaños. Años atrás, cuando acababa de conocerla, y mucho antes de que nos casáramos, le mandé una pequeña palmatoria de bronce por su cumpleaños; y cuando, unos meses más tarde, llegó la hora del mío, ella me envió un cuaderno. Nunca escribí nada en él, y al año siguiente se lo regalé por su cumpleaños; me lo agradeció efusivamente, como se suele hacer en esos casos, y cuando llegó mi hora me regaló la palmatoria de bronce. Desde entonces disfrutamos alternativamente la posesión de ambos objetos y así saldamos la dichosa cuestión de una vez por todas con gran ahorro de problemas y de gastos. Nunca mencionamos nuestro trato excepto cuando llega su hora, momento en el que nos enviamos una carta de ferviente agradecimiento.

Este tiempo radiante, en el que el solo vivir es toda una dicha y en el que a una ni se le ocurre quedarse apoltronada frente a la chimenea, viene durando ya más de una semana. Montar en trineo y patinar han sido nuestras ocupaciones principales, sobre todo patinar, que aquí es particularmente fascinante ya que el lugar está cruzado por pequeños canales que comunican con el lago, y como todo se queda congelado como una piedra podemos patinar durante millas y más millas sin vernos obligadas a detenernos y dar la vuelta una y otra vez, lo cual siempre me ha parecido un procedimiento muy molesto e incluso mortificante. Irais patina de maravilla; la modestia es lo único que me impide afirmar lo mismo de mí misma, pero sí me gustaría señalar que todos los alemanes patinan bien, por la simple razón de que durante todos los años de sus vidas cuentan con tres o cuatro meses en que pueden practicar el patinaje tanto como quieran. A Minora le asombró y desconcertó descubrir que siempre se quedaba atrás y que llegaba a tomar el té con media hora de retraso. En algunos lugares las riberas de los canales son tan altas que nuestras cabezas aparecen al nivel de los campos, produciéndose, como bien anotaba Minora en su libro, la insólita visión de tres cabezas de mujeres que parecen pasar al ras del suelo y disfrutando tremendamente. Cuando las riberas son más bajas parecemos deslizamos deliciosamente sobre los ásperos campos arados con o sin piernas, dependiendo de las circunstancias. Antes de comenzar siempre fijo un lugar en donde nos esperará una taza de té y el trineo que nos llevará a casa; porque así como patinar contra el viento es detestable, patinar a favor del viento resulta delicioso, y la ingrata Naturaleza se dedica a soplar sin tener la más mínima consideración por nuestro bienestar.

Ayer mismo, para cambiar un poco, nos fuimos a hacer una excursión campestre a las costas del Báltico, que en estas fechas está congelado y, en el punto que nos queda más cerca, completamente deshabitado. Tengo debilidad por las excursiones, especialmente en invierno, cuando dejan de molestar los mosquitos y los hormigueros están inactivos; y de

todos mis numerosos destinos favoritos, éste en el Báltico es el más bello y el mejor. Como es un trayecto de tres horas, el Hombre Airado empieza a quejarse visiblemente cuando llega ese tiempo en el que sabe, por experiencia, que vamos a hacer esa excursión. Tiene que haber mucha nieve, escarcha helada y un cielo sin nubes y sin viento; y cuando al levantarme compruebo que se dan las condiciones adecuadas, tiene que pasar algo muy importante que me impida sacar un trineo y partir. Admito que resulta un día muy duro para los caballos; pero ¿para qué tener caballos si no es para que te lleven a donde quieras y cuando quieras? ¿Y por qué no van a tener los caballos días duros como los tiene cualquiera? El Hombre Airado detesta las excursiones y es incapaz de apreciar la naturaleza y los mares helados, y simplemente se aburre paseando por un bosque que no sea suyo; un nabo de su granja aparece ante sus ojos como más admirable que el pino más alto, derecho y rosado que alce su copa cubierta de nieve contra el sol poniente. Obsérvese la superioridad de la mujer, que aprecia ambos, y que tras haber contemplado el pino y haberse sentido feliz con su belleza, se vuelve a casa y se come tranquilamente el nabo. Él sólo ha ido una vez a las playas del Báltico, y nos hizo sentir tan insignificantes con su actitud de indiferencia que desde entonces no le he vuelto a invitar. Es un lugar imponente, un bosque sin fin que se extiende por la costa hasta donde alcanza la vista; y después de cruzar muchas millas de bosque se llega de repente al final de un paseo con un dosel de árboles que da al untuoso mar, con la velas naranjas de los lejanos barcos de pesca brillando a la luz del sol. Siempre que he estado allí he disfrutado de un tiempo calmado, sin viento, y el silencio es tan profundo que puedo oír los latidos de mi corazón. En verano lo único que se oye es el zumbido de los insectos y el repentino graznido de un grajo, y en el invierno el silencio es el silencio de la muerte.

Pero todo paraíso tiene su serpiente, y la de éste son los mosquitos, que infestan el lugar en verano, cuando las excursiones son más frecuentes, y que siempre consiguen que los invitados que traigo para que compartan mi secreto acaben perdiendo los nervios, perturbando la tranquilidad de estas tranquilas playas con sus aullidos y sus lamentos. Estos despreciables e irritantes insectos no parecen tener nada mejor que hacer que posarse en multitudes sobre la arena de la playa en espera de cualquier presa que les pueda enviar la Providencia; y tan pronto como aparece el carruaje se levanta una nube de ellos y se apresuran a recibirnos, llevándonos casi en volandas y no dejándonos hasta que nos marchamos. La visión repentina del mar desde la altura cubierta de musgo y de pinos en donde tenemos nuestra merienda campestre; el maravilloso fragmento de playa desierta con el bosque que llega hasta la orilla; las velas de colores en la distancia azul; la frescura, el brillo, la vastedad..., todo eso se pierde a los ojos de los excursionistas y sienten algo peor que la indiferencia debido a la constante necesidad en que se encuentran de luchar contra esas horribles criaturas. Es agradable ser la única persona que visita el lugar o que se lo muestra a otra gente, pero si fuera más visitado quizá los mosquitos estarían menos raquíticos y hambrientos, y más felices de recibirnos. De todos modos el lugar tiene la ventaja de ser el sitio perfecto para llevar a las visitas que se resisten a marcharse de casa después de haber estado demasiado tiempo, o que dejan mis libros en el jardín toda la noche o cuya presencia se ha convertido en un agobio difícil de soportar por más tiempo; entonces, una soleada mañana, cuando aparecen impecables, propongo de repente que vayamos a hacer una excursión al Báltico. La propuesta siempre es recibida con entusiasmo y con exclamaciones de sorpresa y felicidad.

—¡El Báltico! Nunca nos dijo que estuviera tan cerca. ¡Qué *divino* poder respirar aire fresco en un día como éste! ¡Sólo *pensarlo* te infunde vida! ¡Y qué *delicioso* poder ver el Báltico! ¡Oh, por favor, llévanos! —Y entonces las llevo.

Pero en un brillante día de invierno mi conciencia está tan clara como el mismo aire helado, y ayer por la mañana partimos con el más animado de los espíritus, hasta el punto de que incluso Minora se sentía dispuesta a reírse desenfrenadamente a la menor provocación. Tan sólo asomaban nuestros ojos entre las pieles y las bufandas de lana, necesarias si queríamos volver con las orejas y nariz en el mismo sitio que las teníamos cuando salimos, y en las dos primeras millas el júbilo que sentíamos al vernos con aquel extraño aspecto era hilarante. Menciono este hecho simplemente para demostrar el efecto que un día brillante de frío intenso y seco puede producir en cuerpos sanos y cuánto mejor es salir y disfrutar en días como esos antes que quedarse en casa enfurruñado. Al pasar por el pueblo vecino con aquel sonido de chasquidos de látigo y sonar de cascabeles se iban abriendo ventanas para vernos, y la única cosa viviente en las silenciosas y soleadas calles era una melancólica gallina con las plumas encrespadas que se nos quedó mirando con reprobación mientras pasábamos como una exhalación sobre la nieve crujiente.

—¡Oh, ave tonta! —exclamó Irais al pasar—. ¡Si te quedas ahí quieta vas a acabar en fiambre, y todo el mundo os prefiere calientes en esta época del año!

Y entonces nos pusimos a reír desenfrenadamente como si hubiera contado un chiste increíble, y antes de que nos diéramos cuenta nos encontramos fuera del pueblo y en mitad de los campos, y se podía ver mi casa y mi jardín a lo lejos brillando a la luz del sol; y frente a nosotras quedaba el bosque con sus vistas de pinares que se extienden hasta el infinito, y un trayecto de catorce millas a través de él antes de llegar al mar. Era un día de escarcha en agujas que caían de los árboles y el bosque era un bosque encantado que llevaba al país de las hadas, y a pesar de que Irais y yo habíamos ido en varias ocasiones y siempre nos pareció precioso, ayer, sin embargo, nos quedamos extasiadas en la arcada final que forman los árboles helados, sin habla ante la majestuosa belleza del lugar. El mar aparecía congelado hasta muy adentro, y a lo lejos se distinguía una intensa línea azul y un racimo de inmóviles velas naranjas; a nuestros pies teníamos una estrecha franja de arena amarillenta; a izquierda y derecha los límites del reluciente bosque; y nosotras allí, envueltas en un mundo de blancos reflejos diamantinos.

Minora rompió el silencio comentando que pensaba que Dresde era bonito, pero que aquello lo superaba con creces.

—La verdad —dijo Irais en un susurro, como si se encontrara en un recinto sagrado— es que no veo cómo se pueden comparar.

—Bueno, sí, hay que reconocer que Dresde es un lugar más cómodo, por supuesto —replicó Minora; ante lo cual las dos nos dimos la vuelta y pensamos que lo mejor que podíamos hacer para que se quedara callada era darle de comer, de manera que volvimos al trineo e hicimos que se desengancharan los caballos y se cubrieran, y se los llevaron hasta un claro del bosque mientras nosotras nos sentamos en el trineo a comer.

La jornada es muy dura para los caballos —casi treinta millas de ida y vuelta sin un establo a medio camino— pero están tan gordos y consentidos que no les puede hacer mucho daño probar de vez en cuando las amarguras de la vida. Calenté un poco de sopa en un aparato que tengo para tales ocasiones, lo cual nos ayudó a digerir la frialdad de los emparedados. Ésta es la única desventaja de las excursiones en invierno, la humedad de las

provisiones en un momento en el que precisamente lo que más deseas es algo muy caliente. Minora sacó con cuidado la nariz por entre las envolturas, se tomó una cucharada y volvió a cubrirla enseguida. Estaba nerviosa por miedo a que se le congelara, y la verdad me obliga a conceder que no tiene una mala nariz, y que hasta quedaría bien en cualquier otra; pero ella no sabe cómo llevarla, y existe un arte en el ángulo en que una mantiene la nariz, como en cualquier otra cosa, y lo cierto es que las narices se hicieron para algo más que sonarse.

Comer emparedados envuelta en inmensas pieles y con guantes de lana resulta una de las cosas más difíciles del mundo, y me da la impresión de que nos comimos tantos pelos de las pieles como de lo demás, atragantándonos en el proceso. Minora estaba molesta y acabó quitándose un guante para volver a ponérselo a toda prisa.

—Qué desagradable —comentó después de tragarse un mechón de pelos de las pieles.

—Se le enrollará en las tuberías y las mantendrá calientes —dijo Irais.

—¡Tuberías! —repitió Minora escandalizada ante tal vulgaridad.

—Me temo que no puedo ayudarle —dije yo mientras ella continuaba farfullando sofocada—; estamos todas en la misma situación y no veo cómo podemos arreglarlo.

—Supongo que existen cosas como los tenedores —soltó Minora.

—Es verdad —dije yo, sorprendida por la obviedad del remedio; ¿pero de que servían los tenedores si estaban a quince millas de distancia? De manera que Minora tuvo que seguir comiéndose los guantes.

Cuando terminamos, el sol ya se ponía bajo los árboles y las nubes comenzaban a pintar un rosa desvaído en el cielo. El viejo cochero recibió sus emparedados y su sopa, y mientras paseaba a los caballos de arriba abajo con un emparedado en una mano y las riendas en la otra, recogimos; o mejor dicho, recogí, porque las otras dos se quedaron mirando y dándome valiosos consejos.

Este cochero, de nombre Peter, que tiene setenta años y nació en la casa, ha llevado a los moradores durante más de cincuenta años, y le aprecio tanto como al reloj de sol; de hecho, no sé lo que haría sin él pues parece entender y aprobar mis gustos y deseos con enorme entusiasmo. Nunca le parece un viaje demasiado largo o difícil para los caballos cuando yo quiero hacerlo, ni imposible llegar a cualquier lugar adonde yo quiera ir, ni las carreteras o el tiempo tan difícil como para impedir que yo salga si ése es mi deseo. A todas mis sugerencias responde con la más dispuesta jovialidad y aplaca cualquier objeción que ponga el Hombre Airado, quien premia su presteza en agradarme hablando de él como un *alter Esel*. En las noches agradables de verano me encanta salir a pasear tarde y a solas por los bosques perfumados y, cuando he llegado a un lugar en la oscuridad, parar y permanecer sentada en silencio escuchando a los ruiseñores repetir sus melodías una y otra vez tras interludios de gorgoritos, o si no hay ruiseñores, escuchar el maravilloso silencio y dejar que su beatitud me invada el alma. Los ruiseñores de los bosques de por aquí cantan todos la misma melodía, y en la misma nota (mi bemol) . No sé si todos los ruiseñores lo hacen así o si se trata de una peculiaridad de esta región. Cuando lo han cantado una vez se aclaran la garganta un poco, vacilan y vuelven a cantarlo, y es la cancioncilla más preciosa del mundo. ¿Cómo podría yo disfrutar de tales paseos, con esas paradas, sin Peter? Está tan acostumbrado a ellas que ahora se detiene él mismo en el momento preciso sin que yo tenga que decirle nada, y está dispuesto a pasearme toda la noche si así lo deseo sin dar muestras de nada que no sea complacida voluntad en su

agradable rostro anciano. El Hombre Airado deplora tales gustos excéntricos, como él dice; pero ya ha renunciado a tratar de impedirme que me entregue a ellos porque, mientras él se lamenta en una parte de la casa yo ya me he escapado por una puerta del otro lado y estoy fuera antes de que pueda alcanzarme, y a la hora en que se da cuenta de que no me encuentra por ninguna parte yo ya he llegado y me he perdido entre las sombras del bosque.

El brillo de las perfecciones de Peter se ve empañado, sin embargo, por la mancha de que a medida que pasan los años, no sólo no puede contener a los caballos si ellos no quieren contenerse sino que además se queda dormido en el pescante cuando salimos demasiado pronto después de comer, y el año pasado ya me llevé dos sustos: una vez en invierno yendo con el trineo, y otra este verano, cuando los caballos se desbocaron frente a una bicicleta, saliéndose de la carretera y acabando en la cuneta de la *chausse* (calzada en alemán). El ciclista se aterrorizó tanto ante los caballos que se precipitó en la cuneta opuesta, y el carruaje quedó destrozado, y la bicicleta igual de destrozada, y todos nos quedamos consternados excepto Peter, que nunca pierde su amable sonrisa y que parecía tan tranquilo que cuando fui a reprenderle no pude desprender la lengua del paladar.

—Pues yo creo que después de una cosa así se le debería reprender a conciencia —dijo Minora, a quien le había estado contando esta historia mientras paseábamos por la amarillentas arenas de la playa y los caballos eran enganchados de nuevo al trineo; y entonces se quedó mirando nerviosa a Peter, cuyo rostro apacible se distinguía entre los arbustos—. ¿No deberíamos volver antes de que oscurezca? —preguntó.

El sol había desaparecido ya tras las copas de los pinos y sólo las nubecillas más altas estaban todavía teñidas de rosa; en el mar comenzaba a avanzar implacablemente la bruma y las velas de los barcos de pesca eran ahora de un color marrón apagado; una bandada de gansos salvajes cruzó frente al círculo de la luna con un cacareo estentóreo.

—¿Antes de que oscurezca? —repitió Irais—. Me da la impresión de que no va a ser posible. En el bosque ya debe estar oscuro, y vamos a disfrutar de un maravilloso viaje de vuelta a la luz de la luna.

—Pero seguro que es muy peligroso dejar que un hombre que se duerme conduzca el trineo —dijo Minora con aprensión.

—Pero si es un anciano adorable —dije yo.

—Sí, sí, si no lo discuto —respondió vacilante—; pero hay ancianitos adorables más despiertos que resultan más seguros en el pescante.

—Se está volviendo muy divertida, miss Minora —dijo Irais echándose a reír.

—Pero hoy no va en un pescante porque vamos en trineo —dije yo—, y que yo sepa nunca se ha dormido yendo de pie detrás de nosotros.

Pero Minora no se calmaba y empezó a murmurar no sé qué cosa sobre que no le veía la gracia a aquella temeridad, lo que demuestra hasta qué punto estaba asustada, pues resultó un comentario bastante grosero.

Peter, sin embargo, se comportó maravillosamente en el camino de vuelta, y tanto Irais como yo tratamos de disfrutar lo más posible del viaje, con los colores gloriosos del cielo de poniente relumbrando en nuestros rostros de vez en cuando por entre las copas de los árboles al pasar por un largo paseo abovedado, y más tarde con las miríadas de estrellas sobre la estrecha franja de cielo que teníamos sobre nuestras cabezas. Hacía un frío cortante y Minora seguía en silencio y sin ningunas ganas de reírse con nosotras como seis horas antes.

—¿Se lo ha pasado bien, miss Minora? —preguntó Irais cuando salíamos del bosque y enfilábamos la *chausse* con las luces del pueblo vecino brillando en la distancia.

—¿A cuantos grados de temperatura se supone que estamos ahora? —fue la respuesta de Minora a la pregunta.

—¿Grados?... ¿De frío? ¿Oh, querida, tiene frío? —exclamó Irais con aire de preocupación.

—Bueno, no es que haga calor precisamente, ¿verdad? —dijo Minora con cierto tono malhumorado; y entonces Irais me pellizcó.

—Bueno, pero tiene que pensar en el frío que pasaría si no llevara dentro esas pieles que se comió antes con el almuerzo.

—Y el capítulo tan bonito que podrá escribir sobre el Báltico —dije yo—. De lo que sí estoy convencida es de que es la primera inglesa que llega hasta esta parte del mundo.

—¿No hay un poema en inglés —preguntó Irais— sobre ser el primero en irrumpir en...?

—«En el silencioso mar» —terminó Minora precipitadamente—. Pero no se puede citar eso fuera de contexto, ¿sabe?

—Pero si no iba a hacerlo —dijo Irais humildemente—, tan sólo me había detenido a tomar aliento. Tengo que respirar porque si no me puedo morir.

Al pasar al pie de la colina en donde está la *Schloss* de mi vigorosa vecina sus luces brillaron sobre nuestros rostros; ella está orgullosa de esta colina, y con toda razón, pues es la única que se alza en toda la comarca.

—¿Ha ido alguna vez ahí? —preguntó Minora señalando con la cabeza en dirección a la casa.

—Alguna vez. Es una mujer muy ocupada, y si fuera a menudo sentiría que estoy estorbando.

—Sería interesante observar otro interior de la Alemania del norte —dijo Minora—; y le estaría muy agradecida si me llevara.

—Pero no puedo presentarme así como así, sin avisar, con una jovencita desconocida —objeté yo—; y además no tenemos una relación tan estrecha que justifique que vaya a verla con todas mis visitas.

—¿Para qué quiere ver otro interior? —preguntó Irais—. Yo le puedo decir cómo es; porque si va, nadie le va a hablar, y si hiciera preguntas y empezara a tomar notas, la buena señora se le quedaría mirando sin salir de su asombro y pensaría que Elizabeth le había traído a una lunática a la que había sacado a tomar el aire. *No todo el mundo* tiene la paciencia de Elizabeth —añadió Irais, ansiosa por tomarse la revancha de tantas cosas.

—Haría lo que fuera por usted, miss Minora —dije yo—, todo menos eso.

—Si fuéramos —dijo Irais—, nos sentaría con gran ceremonia a Elizabeth y a mí en un sofá detrás de una gran mesa ovalada con un mantelito de ganchillo en el medio... Porque tiene un mantel de ganchillo en medio, ¿no? —Yo asentí—. Y usted se sentaría en una de las sillas rojas, rechonchas, de capitoné y con borlas que hay al otro lado de la mesa, frente al sofá. Porque son rojas, ¿no, Elizabeth? —Volví a asentir—. El suelo está pintado de amarillo y no hay más alfombra que la que está frente al sofá. El papel pintado es de color chocolate, casi negro; y eso es para que tras muchos años de uso no se vea la suciedad y no tener que cambiarlo. La suciedad es como la maldad, ¿sabe, miss Minora? No importa que esté ahí; sólo nos avergonzamos cuando se hace tan evidente que puede dar que hablar

a los demás. Colocadas a intervalos contra la pared hay sillas, y cómodas con lámparas, y en un rincón hay una enorme estufa blanca de hierro, ¿o es de cerámica de mayólica? —preguntó volviéndose hacia mí.

—No, es blanca.

—Hay un sinfín de ventanas enormes dispuestas a dejar pasar el aire y el sol, pero están tan cuidadosamente cubiertas con cortinas marrones de encaje, recubriendo otras de tela gruesa, que parecería que vivieran frente a una fila de casas tras cuyas ventanas asomaran ojos ansiosos por espiar, mientras que lo que realmente hay son campos, árboles y pájaros. No hay chimenea encendida, ni luz del sol, ni libros, ni flores; pero lo que sí hay es un reconfortante olor a repollo que se cuele bajo la puerta y que, en su debida época, se mezcla con el olor de las burbujas de jabón.

—¿Cuándo ha estado allí? —preguntó Minora.

—¿Que cuándo he estado allí? Sería mejor decir cuándo no he estado allí. Me he pasado toda la vida en un sitio así.

Desde el fondo de las pieles y bufandas los ojos de Minora se volvieron hacia mí llenos de duda, y después hacia Irais; tiene los ojos grandes, con largas pestañas negras, y si bien es innegable que cada ojo es precioso por sí mismo, no acaban de encajar en el conjunto.

—Lo único que aprenderá allí —continuó Irais— será la importancia de las esquinas del sofá en Alemania. Si fuéramos las tres juntas, a mí me sentarían en la esquina derecha del sofá, pues es el lugar de honor, y yo soy la mayor de las invitadas desconocidas; Elizabeth sería invitada a sentarse en el extremo izquierdo, que sigue en importancia; la anfitriona se sentaría junto a nosotras en un sillón; y usted, como persona sin importancia, se sentaría en donde pudiera, o la pondrían en una silla frente a nosotras, con la enorme mesa separándonos para indicar el inmenso abismo social que separa a la mujer casada de una simple virgen. Los extremos de un sofá sirven así para posibilitar sutiles distinciones que de otro modo no podrían hacerse. Si el mundo se viniera abajo, provocaría menos escándalo que si usted, miss Minora, por cualquier razón, decidiera sentarse en la esquina derecha de un sofá. Al situarla en una silla al otro extremo de la mesa se la identifica de inmediato en la escala de precedencia y se define su posición social o, mejor dicho, su absoluta falta de posición social. —Y elevando levemente la nariz hacia el cielo, añadió—: Anote este encabezamiento para su próximo capítulo.

—¿Que anote qué? —preguntó Minora con impaciencia.

—Pues está claro: «El sutil significado de los sofás» —replicó Irais—. Si usted —continuó mientras Minora seguía sin mostrar el más mínimo interés por la sugerencia— apareciera sin avisar, la mala suerte que persigue a los inocentes haría que probablemente llegara en el día de la colada, y la ocupada señora de la casa la dejaría esperando en la fría habitación tanto tiempo mientras se cambiaba de traje, que usted empezaría a temer que estaban dejando que se muriera de hambre y necesidad; y cuando por fin apareciera, la severidad de su sonrisa de bienvenida le mostraría la furia que le reconcomía el corazón.

—Pero ¿qué tiene que ver la señora de la casa con la colada?

—¿Que qué tiene que ver con la colada? Oh, mi dulce inocente... Perdóneme por la familiaridad, pero tal ignorancia de las costumbres de la vida en el campo resulta conmovedora en alguien que está escribiendo un libro sobre el tema.

—Bueno, estoy segura de que soy muy ignorante al respecto —dijo Minora con

altivez.

—Las temporadas de la colada —explicó Irais— son épocas del año establecidas por la *Hausfrau* y son sagradas. Tienen lugar únicamente cada dos o tres meses, y mientras duran toda la casa está patas arriba, no se presta atención a nada más, el marido y los hijos son abandonados a la indiferencia, y nadie osa acercarse o interferir con las labores de la señora de la casa en esos días sino bajo su propio riesgo.

—No querrá decir —dijo Minora— que aquí sólo lavan la ropa cuatro veces al año.

—Sí, eso es exactamente lo que quiero decir —replicó Irais.

—Bien, pues me parece asqueroso —dijo Minora dando énfasis a sus palabras.

Irais alzó sus finas y delicadas cejas.

—Entonces tiene que evitar casarse con un alemán —dijo.

—Pero ¿por qué lo hacen? —prosiguió Minora.

—Pues para lavar la ropa blanca, supongo.

—Sí, sí, pero ¿por qué lo hacen tan pocas veces al año? —insistió.

—Se trata de un signo exterior y visible que indica vastas posesiones en forma de ropa blanca. Si lavara la ropa cada semana, como se hace en Inglaterra, la gente pensaría que es alguien que sólo tiene la ropa blanca justa para ese intervalo de tiempo, y sería objeto de desprecio.

—Pero al menos sería un objeto limpio —exclamó Minora— y mi casa no estaría llena de suciedad acumulada.

Ambas guardamos silencio: no había nada que decir.

—Su Inglaterra debe de ser el país de la felicidad —comentó al rato Irais con un suspiro, imaginando posiblemente la beatífica visión de un país lleno de lavanderas y de ágiles caballeros que se apresuraban a abrir puertas.

—Por lo menos es un país *limpio* —respondió Minora.

—Pues yo no quiero volver a vivir allí —dije yo, pues como estábamos llegando a la casa me vinieron a la memoria las nieblas y los paraguas, y contemplé la antigua fachada del ala oeste y sentí que lo que quería era vivir y morir aquí y que nunca hubo una mujer más feliz que Elizabeth.

18 de abril

He estado tan ocupada desde que se marcharon Irais y Minora que apenas puedo creer que ha llegado la primavera, y el jardín se apresura a ponerse sus enaguas verdes y floreadas; por el momento se trata sólo de las enaguas, pues aunque el monte bajo ya es un país de las hadas cubierto de pequeños brotes verdes, los árboles están todavía desnudos.

Febrero se fue antes de que me diera cuenta de que había llegado, pues estuve muy atareada con los viveros, y haciendo que los sembraran con petunias, verbenas y variedades de nicotiana; y sin embargo, al menos treinta de los viveros se han dedicado esta vez únicamente a verduras, pues hace poco me he enterado de que puede resultar interesante cultivar verduras, que además tienen sólidas virtudes que no poseen las flores, y es posible que hasta me haga cargo de los árboles frutales y del huerto para la cocina. De manera que me he empleado a fondo con toda la pasión de mi inexperiencia y se me han pasado las tardes de febrero enfrascada en libros de jardinería, y los días en tratar de aplicar los conocimientos recién adquiridos. ¿Quién dice que febrero es un mes aburrido, triste y que pasa lentamente en el campo? En mi caso ha pasado de lo más rápido y alegre, y los días templados me permitieron proseguir maravillosamente con las labores de remover y abonar la tierra, y llenar mi habitación de campanillas de invierno. Mientras más aprendo mayor es mi consideración y respeto por toda clase de abonos, y a estas alturas, a pesar de que acabamos de empezar el año, ya me he gastado una parte considerable de mi dinero de bolsillo en abonos artificiales. El Hombre Airado dice que es la primera vez que ve a una mujer joven gastándose el dinero en esas cosas; yo le comenté que debe de ser agradable tener una esposa tan original; y él replicó que la palabra original me quedaba pequeña, y que tal vez me vendría mejor la palabra excéntrica. Pues muy bien, supongo que soy una excéntrica ya que lo dice mi marido; pero si mis excentricidades son de tal naturaleza práctica que a la postre resultan en las coliflores más grandes y en la lechuga de Prusia más tierna, entonces él tendría que ser el primero en alzarse para llamarme bienaventurada.

He encargado que me manden de Inglaterra semillas de habas, pues aquí no se cultivan y la gente las sustituye por pepinos hervidos; pero los pepinos hervidos son detestables y no veo por qué no se podrían cultivar habas aquí. Las habas y las raíces de primulas son las dos contribuciones inglesas a mi jardín. La última vez que vine de Inglaterra me traje raíces de primulas en una caja de latón y estoy deseando ver si consienten en vivir aquí. Cierto es que no existen en la patria alemana, de modo que tengo que deducir que el invierno acaba con ellas pues no hay duda de que si crecieran unas flores tan preciosas no habrían pasado desapercibidas. Irais está muy interesada en el experimento; lee tantos libros ingleses y ha oído tanto sobre las primulas, y tiene tal confusión en la cabeza con confederaciones, sufragistas y Disraelis, que dice que está deseando ver esa misteriosa flor política y me ha hecho prometerle que la voy a telegrafiar en cuanto aparezca para venir a verlas. Pero ya no saldrán este año, y tan sólo espero que esos días fríos no las hayan mandado al Paraíso de las flores. Me temo que la primera impresión que han tenido de Alemania ha sido escalofriante.

Irais me escribe una vez a la semana y me pregunta por el jardín y por las niñas, y

anuncia su intención de volver tan pronto como se marchen los numerosos familiares que la visitan, «lo cual no harán», me escribió el otro día, «hasta que el frío de las primeras heladas los aleje de aquí, desapareciendo entonces como dalias tardías (de las dobles, por supuesto, pues las dalias simples son demasiado bellas como para ser comparadas con los familiares). Tengo toda clase de primos, tíos y tías, que están aquí desde el cumpleaños de mi marido. No son siempre los mismos, pero llego a estar tan confundida que nunca sé cuándo se va uno y llega otro. Tras el desayuno mi marido sale a supervisar las cosechas y me deja a merced de esta gente. Ojalá tuviera cosechas que supervisar; aunque sólo fuera una, pues me pasaría allí desde la mañana hasta la noche sin quitarle la vista con tal de no quedarme en casa y tener que soportar a enigmáticas tías soltándome unas cuantas verdades. ¿Conoces a mi tía Bertha? Ésta, especialmente, se pasa el día proponiéndome oscuras preguntas para que busque la solución. Siempre me quedo exhausta y preocupada tratando de adivinar las respuestas, que se supone que son verdades que me conviene saber. "¿Por qué llevas flequillo?", pregunta, dejándome de lo más intrigada acerca de los motivos de por qué lo llevo y por qué querrá saberlo, o pensando si ella lo sabrá y sólo quiere ver si le daré la respuesta correcta. "Pues te puedo asegurar que no lo sé, tía", le respondo yo pacientemente después de pensarlo durante mucho rato; "quizás lo sepa mi criada. ¿Quieres que la llame?". Y entonces me informa de que llevo flequillo para esconder una arruga muy fea que, según dice, tengo en mitad de la frente y que indica un carácter apático e insatisfecho. Bueno, pues si ya lo sabía, ¿por qué me lo pregunta? Siempre que estoy con ellos me acosan con adivinanzas por el estilo y eso hace que lleve una vida de perro. Oh, querida; los familiares son como las medicinas, útiles y, a veces, hasta agradables si se toman en pequeñas cantidades y muy de vez en cuando, pero terriblemente nocivas en conjunto, razón por la cual la gente sensata las evita».

Con Minora sólo me he comunicado una vez desde su partida, momento que aprovechó para agradecerme la estancia tan agradable, y me dijo que me mandaría una botella de linimento desde Inglaterra para los cardenales cuando me caiga patinando; que era algo maravilloso y que estaba segura de que me gustaría; y que costaría dos marcos y que le mandara la cantidad en sellos. Lo pensé mucho tiempo. ¿Se trataba de una última broma con la que pretendía vengarse por habernos burlado de ella? ¿Estaba personalmente interesada en la venta de linimento? ¿O se trataba simplemente de su particular modo de mostrar agradecimiento por mi hospitalidad? En cuanto a los cardenales, nadie que patine medianamente bien considera el patinaje como un deporte que produzca cardenales, y si hubieron cardenales se los llevó todos Minora; aunque ahora recuerdo que en una ocasión se volvió justo en el momento en que yo me caí por primera y última vez y su dicha sólo pudo ser levemente disimulada mediante su excesiva solicitud y simpatía. Le mandé los sellos, recibí la botella y así dejé que desapareciera definitivamente de mi vida; ejercí con ella de buena samaritana exclusivamente por la petición de mi amiga, pero hasta la mejor de las samaritanas se siente ofendida si le ofrecen linimento para uso propio.

¿Pero a qué perder el tiempo pensando en Minora en época de Pascua, que es el auténtico comienzo del año a pesar de lo que digan los calendarios? Ella pertenece al invierno que ha pasado, a la oscuridad que ha terminado, y no forma parte ni tiene que ver con la vida que me espera en los próximos seis meses. ¡Oh, me pondría a bailar y a cantar de alegría por la primavera que ahora comienza! ¡Qué resurrección de belleza se produce en mi jardín, y de luminosa esperanza en mi corazón! Me he pasado todo este radiante día de

Pascua de resurrección al aire libre, primero sentada entre las anémonas y las celidonias, y más tarde paseando con las niñas por el Hirschwald para ver lo que había hecho allí la primavera; y la tarde ha sido tan calurosa que nos pasamos mucho tiempo tendidas en la hierba, con los ojos entornados hacia arriba, mirando, a través de las ramas desnudas de los abedules plateados, las algodonosas nubecillas blancas suspendidas en el azul. Tomamos el té sobre el césped, al sol, y cuando empezó a hacerse tarde y las niñas se fueron a la cama, y todas las pequeñas anémonas se cerraron para pasar la noche, yo me quedé vagando por los verdes senderos con el corazón henchido de la más feliz gratitud. Es una lección de humildad verse rodeada de tal exuberancia de belleza y perfección derrochada *anónimamente*, y pensar en la mezquindad infinita de esa caridad que ejercemos de mala gana y hasta qué punto nos molesta si no nos la agradecen rápida y adecuadamente. Todos los días espero sinceramente merecerme un poco más la bendición que me depara mi jardín, y poder crecer con benevolencia, paciencia y dicha, como las alegres flores que tanto amo.